

14-B
4435 (14)

— Colección SHALOM —

Juan Edmundo Vecchi

RASGOS DE ESPIRITUALIDAD SALESIANA

Profundización de algunos temas
fundamentales

EJERCICIOS ESPIRITUALES

EDITORIAL CCS

L 417511
7

Página web de Editorial CCS: www.editorialccs.com

© Juan Edmundo Vecchi

© 2000 EDITORIAL CCS, Alcalá, 166 / 28028 MADRID

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Diseño de portada: Concepción Hernanz

Fotografía de portada: José Luis Mena

ISBN: 84-8316-356-X

Depósito legal: M-31769-2000

Fotocomposición: M&A, Becerril de la Sierra (Madrid)

Imprime: FRANJOGRAF, S.L. (Madrid)

ÍNDICE

Presentación: <i>Ejercicios Espirituales 2000</i>	7
I. La vida en el Espíritu	17
II. Don Bosco: tipo y modelo de nuestra espiritualidad	33
III. La caridad pastoral	51
IV. La comunidad: lugar, signo y escuela de espiritualidad salesiana	67
V. La espiritualidad salesiana en lo cotidiano	93
VI. La espiritualidad salesiana en la praxis pastoral: el Sistema Preventivo	119
VII. Educadores	141
VIII. Evangelizadores	155
IX. Reconciliados y ministros de la Reconciliación	173
X. La expresión madura de la caridad pastoral: la paternidad	191
XI. Buen servidor de Cristo	213
XII. Iconos evangélicos marianos de la espiritualidad salesiana.....	231
XIII. Una oración: una síntesis	261

PRESENTACIÓN

Ejercicios espirituales 2000

Sitúo estos nuestros Ejercicios en el contexto de tres acontecimientos muy significativos.

El primero es el Jubileo en curso. El Jubileo nos llama a una conversión personal y nos indica claramente las condiciones y los caminos para *evangelizar el mundo* que entra en el tercer milenio: secular, tecnológico, pluralista, libre, unificado y dividido.

El punto central de reflexión es el valor que pueden tener Cristo y la fe en nuestra situación actual; y, por tanto, la conciencia de la propia originalidad que los cristianos deben adquirir, la transparencia de su testimonio, su presencia-fermento en el mundo. Es una invitación a redescubrir nuestra vocación en un mundo que tiene necesidad de signos, de ver y de tocar.

En el ámbito más restringido de la *Vida consagrada* ha habido una profundización y una toma de conciencia —y éste es el segundo acontecimiento— sobre la aportación específica de la consagración religiosa a la comu-

nión eclesial y a la cultura. De los religiosos se espera un mensaje y una propuesta de espiritualidad. En este nuestro tiempo en el que abundan tantas formas de religiosidad y de búsqueda de sentido, su misión consiste en ofrecer ejemplos e itinerarios de vida espiritual cristiana.

Se ha reflexionado mucho sobre lo específico del cristiano en el actual contexto secular y del consagrado que se propone seguir radicalmente a Cristo. La conclusión es que no son los signos externos, ni el trabajo apostólico o profesional, lo que caracteriza al religioso en el mundo, sino el tipo de existencia que se propone realizar, construida sobre el reconocimiento de la presencia y de la acción de Dios.

En la Congregación se celebró el CG24. Las inspectorías oyeron hablar de él a los que habían tomado parte en el Capítulo. Después recibieron el documento. Es de suponer que no sólo lo hayan leído, sino que lo hayan estudiado en las comunidades y en reuniones de directores. Hoy han llegado al momento tal vez más importante en el proceso de asimilación y de aplicación: los Capítulos inspectoriales.

El CG24 se propone emplear mejor nuestras fuerzas que Dios nos va dando para ampliar el trabajo educativo y pastoral. Pero esto exige una condición: una mayor calidad religiosa, apostólica y formativa en cada salesiano y en las comunidades. Hay que disipar un equívoco: que la posibilidad de animar a los seculares dependa sólo de nuestra habilidad de coordinación y de organización. El CG24 la hace depender de nuestra capacidad de comunicar «mística» y entusiasmo por la misión educativa, y de compartir la espiritualidad salesiana.

A estas circunstancias: nueva evangelización y renovación de la vida consagrada, *añado otra* que os afecta de

forma muy personal. Vuestra vida está hoy caracterizada por un hecho: *estáis llamados a animar una porción, aunque sea mínima, de la Congregación*, con repercusiones sobre una inspectoría y más remotamente sobre el ámbito nacional. A vosotros el Señor os confía *la responsabilidad de transmitir una orientación fructífera para la vida de la Congregación* en esta parte del mundo.

La Exhortación *Vita Consecrata* nos ha habituado a contemplar iconos bíblicos. Para nuestros Ejercicios nos viene bien uno: el de la Transfiguración, una página inagotable con dos vertientes: la contemplación de Cristo como Mesías, Hijo de Dios y Redentor a través de la pasión y la muerte; y la experiencia de fe y de seguimiento de los apóstoles y de todos los creyentes.

En la historia personal de Cristo, la Transfiguración acontece hacia el final de la predicación y antes de afrontar la pasión. En la historia de los discípulos está colocada como el paso de una adhesión humana y de simpatía por Él, a la fe robusta que será puesta a prueba con la muerte de Jesús. Es un momento singular de iluminación (unido a la primera llamada para seguir a Jesús), y a todos los otros gestos con los que Él fue confirmando su invitación.

¿En qué consiste este momento de gracia? En primer lugar, en gozar de una especial intimidad con Jesús. Hablan de esta confianza particular el gesto de Jesús, que entre todos los apóstoles escoge a tres, la soledad en la que acontece el hecho, la oración y el lugar mismo: la cima de un monte.

En la intimidad, los apóstoles tienen una visión convincente de Jesús a la luz de la experiencia religiosa del propio pueblo, representada por Moisés y Elías, y de lo que ellos mismos habían visto. Es una iluminación y una gracia que viene del Padre.

Se sienten arrebatados, atraídos, poseídos por este misterio: «*¡Qué bien se está aquí!*». Quedémonos aquí para siempre. Es un situarse definitivamente en la vida. Después de haber experimentado lo que significa conocer y seguir a Cristo, brota como consecuencia el deseo, el propósito y el gusto de estar con Él.

Los apóstoles tienen, además, una confirmación superior de que esta atracción es auténtica y llena de valor real, y no de pura fantasía o de solo sentimiento: es, pues, una indicación definitiva para el futuro: «*Éste es mi hijo predilecto: ¡escuchadlo!*».

Reciben de este modo una clave, una iluminación, para afrontar la vida cotidiana donde el Jesús glorioso se esconde bajo las apariencias comunes e incluso se pierde bajo rostros desfigurados y vidas deformadas.

«Los discípulos que han gozado de la intimidad del Maestro, envueltos momentáneamente por el esplendor de la vida trinitaria —se lee en la Exhortación *Vita Consecrata*— vuelven de repente a la realidad cotidiana, donde no ven más que a Jesús solo, en la humildad de la naturaleza humana, y son invitados a descender para vivir con Él las exigencias del designio de Dios...»¹.

Los Ejercicios son para nosotros lo que fue para los apóstoles la Transfiguración: una invitación a contemplar de nuevo a Cristo, a gustar su palabra y su misterio, para lanzarnos luego al trabajo, sabiendo descubrir en todas partes su rostro.

Más que una gracia, o tal vez como parte de ella, los Ejercicios presentan y contienen una interpelación. En la

¹ JUAN PABLO II, *Vita Consecrata* 14.

literatura del Movimiento Místico Hebreo de la Europa Oriental del siglo XIII se lee este relato. Un rabino había sido encarcelado en San Petersburgo. Un día, mientras esperaba para comparecer ante el tribunal, el comandante de los guardias, que se había hecho su amigo, entró en su celda y se puso a conversar con él.

—«¿No os parece extraño —le dijo— que Dios Omnisciente pregunte a Adán: '¿Dónde estás?'».

—«¿Tú crees —contestó el rabino— que la Escritura abraza todos los tiempos, todas las generaciones y todos los individuos? Pues bien —concluyó—, en todo tiempo Dios interpela a todo hombre y le dice: '¿Dónde estás?'. De los días y de los años señalados para ti, ya han pasado muchos: mientras tanto, en tu vida y en tu mundo, ¿dónde estás? Dios dice por ejemplo: 'Ya llevas cuarenta y seis años de vida. ¿Dónde te encuentras?'».

Al oír el número exacto de sus años, el comandante logró calmarse, dificultad, puso su mano sobre el hombro del rabino y dijo: «¡Es usted fenomenal!». Pero el corazón le temblaba.

Tal vez a alguno esta frase le suene como una acusación o una condena; en realidad el Señor nos llama a la prudencia y la responsabilidad, a una forma de vida vigilante para que podamos aprovechar y gozar la riqueza que tal vida contiene.

Nuestra reflexión

Las consideraciones precedentes nos conducen a una opción: *nuestra reflexión va a ser sobre la espiritualidad salesiana*. Podemos decir los motivos.

Uno es que los Ejercicios nos deben llevar a reflexionar siempre sobre los puntos fundamentales de nuestra vida. Profundizar nuestra espiritualidad significa comprender mejor la gracia que se nos ha dado, el proyecto de vida al que hemos sido llamados y la ruta de santificación que tenemos a nuestra disposición.

Otro motivo proviene del camino que está recorriendo nuestra Congregación. Desde 1972 a 1996, siguiendo las orientaciones del Concilio Vaticano II y frente a los nuevos desafíos que tiene que superar la evangelización, la Congregación ha tratado de reflexionar sobre su propia vida y su propia acción apostólica.

La primera fase de este camino fue de preponderancia doctrinal. Se trataba de renovar la mentalidad, de comprender actualmente la vida salesiana de acuerdo con la nueva conciencia de la Iglesia. Los temas puestos en el centro de la reflexión eran: diálogo, participación, comunión eclesial; significado y práctica de la pobreza, de la castidad y de la obediencia, en un mundo dominado por el bienestar y por la libertad; y autoridad religiosa, en tiempos de democracia y de individualismo.

Siguió luego otra fase, en la que se buscó la renovación de las estructuras de la vida religiosa y del trabajo pastoral. Esta etapa abunda en propuestas para la evangelización de los jóvenes, para el proyecto pastoral, para las nuevas formas de presencia, para responder mejor a los nuevos desafíos de la educación.

A lo largo de todo este recorrido, no han faltado llamadas a nuestra vida espiritual. Pero la exigencia de ésta apareció más fuertemente cuando pudimos palpar que las ideas, aun siendo necesarias, no bastan; que el trabajo

pastoral, aun cuando se cumpla con inteligencia, no es suficiente para darnos el sentido de nuestra identidad.

Hoy el acento se pone en nuestra experiencia de Dios, en nuestra interioridad apostólica, en la gracia de unidad, por emplear expresiones que se leen con frecuencia en los documentos. Al salesiano se le pide que traduzca ideas y proyectos en un estilo de vida personal y comunitaria que haga transparentar, de forma comprensible, lo que somos: discípulos de Cristo; un estilo de vida que haga plantearse interrogantes, que sugiera, atraiga y casi contagie.

Este nuestro recorrido trae a la mente otros semejantes, que han tenido cabida en tiempos precedentes de la Iglesia. Frente a nuevos desafíos, para los que ya no es adecuado el bagaje precedente de ideas y costumbres, *han aparecido cinco reacciones* que están relacionadas entre sí, pero que tienen acentuaciones diversas: la adaptación a las presiones mundanas, la reflexión sobre las verdades de la fe, el esfuerzo por reubicarse hoy pastoralmente, la modificación de las estructuras y normas y las experiencias de vida espiritual.

Pronto se ve que la primera de estas líneas, es decir, el ceder a las corrientes que conducen hacia una vida más acomodada, se agota en seguida. Tiene algo de bueno, pero en la sustancia es contraria a la radicalidad evangélica.

Las otras cuatro, la reflexión de fe, la renovación pastoral, la reforma de las estructuras y la experiencia espiritual, en cambio, convergen y se integran. El cauce más profundo es precisamente el de la experiencia de vida en el Espíritu. Han sido «los espirituales» (no los espiritualistas) quienes han producido la renovación en cada época.

ca. Basta pensar en San Bernardo, en Santa Teresa, en Gregorio VII.

Entre nosotros esto mismo se ha visto con mayor fuerza cuando se ha meditado sobre nuestra misión de educar a los jóvenes en la fe. La condición para poder hacerlo es que los salesianos vivan esta fe como una gracia y un tesoro.

En relación con este tema viene a propósito un comentario.

En los Ejercicios no se trata de acumular conocimientos. *El ideal no es la cantidad de ideas, sino la profundización que anima a asumir lo que nos ha impresionado.* Es el consejo de San Ignacio de tratar no sólo de conocer, sino de comprender y meditar: *«porque no el mucho saber harta y satisface al ánimo, mas el sentir y gustar de las cosas internamente»*². *«Por lo que, en el punto en el cual hallare lo que quiero, ahí me reposaré, sin tener ansia de pasar adelante hasta que me satisfaga»*³.

En las biografías de algunos santos se lee que tomaron una orientación en su vida después de haber captado en profundidad el sentido de una sentencia evangélica, un pequeño fragmento o una migaja, comprendida, interiorizada y vivida. Efectivamente, en el fragmento se encuentra la calidad del todo. El lema de Don Bosco, *«Da mihi animas»*, puede ser un ejemplo.

La palabra *«ejercicios»* nos dice también que no se trata de aplazar los resultados para el futuro, sino de *practicar, en estos días, lo que se va descubriendo* y que se que-

² IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, Anotación 2.

³ *Ibid.*, anot. 76.

rría asegurar para la propia vida. San Ignacio compara los Ejercicios Espirituales a los ejercicios físicos. «*Como el pasear, caminar y correr son ejercicios corporales, de la misma manera, todo modo de preparar y disponer el ánima para quitar de sí todas las afecciones desordenadas y, después de quitadas, para buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida para la salud del ánima, se llaman Ejercicios Espirituales*»⁴.

Es bueno, pues, escuchar y adherirse interiormente a lo que se escucha; pero no es suficiente, como no es suficiente en la gimnasia escuchar al instructor o admirar lo que él hace. La recomendación es *ser «activos»*, dedicar las propias fuerzas al ejercicio de la oración, a la meditación y al examen de la vida.

Dispongámonos, pues, a oír la interpelación: «*¿Dónde estás?*»; a vivir un momento de intimidad y de iluminación y a entrar de lleno en él con todas nuestras facultades.

Que el Señor nos asista y nos dé su ayuda para lograrlo.

⁴ Ibid., anot. 1.

I. LA VIDA EN EL ESPÍRITU

1. ¿Una moda o un signo?

La reflexión sobre la vida consagrada se ha inspirado a lo largo de su historia en diversos motivos: asegurar la salvación del alma, huir del mundo, imitar a Jesucristo en su estilo de vida, buscar la perfección cristiana, dedicarse totalmente al Reino.

Los documentos que prepararon el Sínodo privilegiaron dos referencias: el carisma y la consagración. Se deduce de la formulación del tema: «*La vida consagrada, carismas en la Iglesia por el mundo*». Los religiosos son «carismáticos». Tienen un don para la vida de la Iglesia y para su servicio al mundo. Lo expresan, no a través del ejercicio de la autoridad, sino a través del testimonio y de su libre entrega.

Y este don lo tienen porque han sido «consagrados» por una presencia particular del Espíritu y su vida se desarrolla bajo su inspiración y su energía.

La conciencia de la presencia del Espíritu se ha manifestado de forma llamativa en este último tiempo de la Iglesia. Lo prueban el movimiento de renovación en el Espíritu, los numerosos grupos carismáticos y las alusiones en casi todos los documentos del Magisterio.

Juan Pablo II recoge y desarrolla esta conciencia en la encíclica «*Dominum et vivificantem*». Es una visión de la

historia humana en camino hacia su realización, movida por una energía y una iluminación que obran desde dentro de la conciencia de los hombres: el Espíritu. Se diría que es una lectura «espiritual» de la historia, como otros han dado una interpretación «económica», psicológica», «cultural». Lo declara en el n. 2: «*De este modo la Iglesia responde también a ciertos deseos profundos, que trata de vislumbrar en el corazón de los hombres de hoy: un nuevo descubrimiento de Dios en su realidad trascendente de Espíritu infinito...; la necesidad de adorarlo 'en espíritu y verdad'; la esperanza de encontrar en él el secreto del amor y la fuerza de una 'creación nueva'*»⁵.

Los «deseos profundos», de que habla el texto, corresponden a las condiciones en que se desenvuelve la existencia cristiana hoy.

Hay en primer lugar por parte del hombre, y nosotros lo vemos en los jóvenes, la búsqueda de sentido para la propia vida. Al mismo tiempo, le resulta difícil percibir a Dios a partir de lo que es material, exterior a la persona. La naturaleza ha sido desacralizada por el conocimiento científico y por la técnica. Ofrece recursos que aprovechar y fenómenos que estudiar, pero no provoca interrogantes trascendentes. La historia y las tradiciones han sido relativizadas. Las instituciones sociales y religiosas han perdido su autoridad absoluta. El ambiente secularizado no ofrece signos, razones ni estímulos para plantear la vida en un sentido que tome en consideración la presencia de Dios y nuestro destino final.

La experiencia religiosa se encuentra socialmente marginada. Por eso, la persona busca huellas de Dios en su ex-

⁵ JUAN PABLO II, *Dominum et vivificantem*, 2; cf. Rm 8,22; Gal 6,15.

perencia interior, en lo que resuena en su mente y en su corazón. Dios está en su interior como pensamiento, conciencia, corazón, realidad psicológica y ontológica. «El corazón del hombre es el lugar recóndito del encuentro salvífico con el Espíritu Santo, con el Dios escondido, y precisamente aquí el Espíritu Santo se convierte en un *«surtidor de agua que salta hasta la vida eterna (Jn 4,14)»*⁶.

Estamos en tiempos de primacía de la conciencia en las opciones que se refieren a la propia vida. De ella deben surgir respuestas proporcionadas a los grandes desafíos morales de nuestro tiempo: la manipulación de la vida, el uso de la comunicación, la justa distribución de los bienes, el respeto a la dignidad de toda persona, el respeto a la naturaleza y al ambiente.

Hablar de espiritualidad es hablar de vida según el Espíritu y al servicio del Espíritu en el contexto actual. Lo cual quiere decir tres cosas: reconocer y confesar a Dios presente en la humanidad, inspirar la propia vida en la caridad, afirmar en la historia la preeminencia de la persona y de sus valores. De hecho, en esto se descubre la acción del Espíritu.

2. Qué hace el Espíritu Santo

El Espíritu da el sentido de Dios. Establece una misteriosa comunicación entre Dios y el hombre y entre éste y Dios. Todo lo que en el mundo orienta hacia Dios, todo lo que explícita o implícitamente invoca la presencia o la intervención de Dios, todo lo que mueve a la búsqueda de Dios, tiene al Espíritu como promotor oculto.

⁶ JUAN PABLO II, *Ibid.*, 67.

El Espíritu hace percibir lo divino, aun sólo como «misterio» que no se llega a interpretar. Produce una especie de sintonía con la presencia y la acción de Dios. Y más profundamente todavía hace sentir la relación que tenemos con Dios como criaturas y como hijos: «*Los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios*»⁷.

Quien percibe el mundo sin Dios, no está guiado por el Espíritu. Quien percibe a Dios sin el mundo, tampoco él está guiado por el Espíritu. Quien, mirando el mundo, se abre a la adoración, o incluso sólo al interrogante sobre Dios, está movido por el Espíritu. Por eso la fe proclama y confiesa que Dios es creador y Padre. El Espíritu es la luz que ilumina la relación que hay entre la persona, el mundo y Dios.

Pero más aún, el Espíritu se hace sentir en la historia humana, en la pequeña historia de una ciudad o de un barrio, en la gran historia de los pueblos y de la humanidad. Esta reflexión mueve hoy a la Iglesia a descubrir las «semillas de la Palabra» en las culturas, para comprender qué camino posible recorren los pueblos hacia la salvación.

Lo dice bien un texto de la «*Redemptoris Missio*: «Su presencia y acción son universales, sin límite alguno ni de espacio ni de tiempo... Está en el origen mismo de la pregunta existencial y religiosa del hombre, la cual surge no sólo de situaciones contingentes, sino de la estructura misma de su ser»... Él «se halla en el origen de los nobles ideales y de las iniciativas de bien de la humanidad en camino»⁸.

⁷ Rm 8,14.

⁸ JUAN PABLO II, *Redemptoris Missio*, 28.

Así pues, la mirada del creyente lee como presencia del Espíritu la búsqueda religiosa aunque todavía sea confusa, el deseo de dignidad, las iniciativas nobles.

Esto se ve claramente en la historia del pueblo elegido, que es paradigma de la historia de todos los pueblos. Hay un momento en el que Dios se revela personalmente, manifestando su nombre, su relación con el género humano y su proyecto. Esta revelación de un Dios personal, benévolo con los hombres, diverso de los elementos del mundo, es, en el desarrollo humano, un acontecimiento superior, en cuanto a sus consecuencias, a los más grandes descubrimientos técnicos. Ha provocado un salto cualitativo en la conciencia del hombre, que se ha liberado así de la dependencia de los astros y elementos materiales, ha superado el miedo de lo desconocido y se ha sentido protegido por Dios. El Espíritu da a la inteligencia el poder comprender el alcance y el significado de las palabras y de los hechos con los que Dios se manifiesta y sugiere, como respuesta, esa relación con Dios que llamamos fe.

Jesús, a aquellos que eran capaces de aceptar el milagro de los panes, pero no descubrían su significado, les dice: *«El Espíritu es quien da la vida; la carne no sirve de nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida»*⁹. Quien se queda en la materialidad de los hechos trágicos o maravillosos no está guiado por el Espíritu; quien comprende su sentido está inspirado por Él.

Sobre la base de esta fe, el Espíritu va inspirando una sabiduría, una forma de pensar y de vivir que da la fisonomía a una comunidad humana, capaz de organizar to-

⁹ Jn 6,63.

da la existencia privada y pública alrededor de la alianza con Dios: es el pueblo de Israel. Éste experimenta al Espíritu como energía que desde dentro transforma a los hombres y los hace capaces de gestos excepcionales para liberar al pueblo o para confirmarlo en su vocación y dignidad. El Espíritu se manifiesta como inspiración, poder, fuente de vida, presencia libre de condicionamientos, que actúa de manera imprevisible. Su energía se describe con las imágenes del viento, por su origen misterioso, y del fuego, por su poder incontenible. Lo contrario del Espíritu no es la materia o el cuerpo, sino la inercia, la ineficacia histórica, la esterilidad, la muerte, la esclavitud. Lo decimos en el Credo: «*Creo en el Espíritu...Señor y dador de vida*».

Hay tres líneas de acción en las que obra el Espíritu como «potencia» que mueve: la línea mesiánica o de salvación que impulsa a algunas personas a empresas de liberación; podemos pensar en el éxodo, en Gedeón o en Sansón, de los que se dice que fueron «*impulsados por el Espíritu de Dios*». La línea profética, de la palabra iluminadora y educadora la representan los profetas y los sabios que mantuvieron viva la esperanza de la gente e iluminaron el sentido de los hechos históricos. La línea sacerdotal, que favoreció la experiencia religiosa, el culto, la oración, el servicio y la realidad material del templo.

Así el Espíritu, que nos abre a la comunicación con Dios, nos inspira también cómo debemos vivir en el mundo, y nos da la fuerza para realizar un tipo de existencia.

3. Jesús, acontecimiento del Espíritu

Pero si es verdad que el Espíritu Santo obra en todas partes, lo es también que quien ha conocido y acogido a Cristo es consciente de su presencia y logra interpretar sus signos.

La obra del Espíritu Santo, efectivamente, llega a su culmen en la persona de Cristo. Los evangelistas interpretan toda su existencia como un acontecimiento del Espíritu. Lo presentan como «el hombre espiritual», en contraposición al hombre «mortal o carnal».

El Espíritu interviene incluso en las potencias generativas de María para formar el cuerpo y el alma de Jesús en el momento mismo de su concepción. «*El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra*»¹⁰. La humanidad de Jesús es, pues, construida por el Espíritu para hacer de él el hombre espiritual totalmente abierto a Dios y totalmente al servicio de los hombres.

Antes del nacimiento y en su preparación, el Espíritu llena e ilumina a los testigos de la Encarnación. Cuanto más se esconde al mundo este acontecimiento, tanto más lo revela el Espíritu a quienes participan en él de cerca e inspira su confesión: Isabel, Zacarías, María, Simeón. Así también hoy el descubrir el misterio de la Encarnación en las personas y en los acontecimientos históricos es obra del Espíritu.

En el Bautismo el Espíritu hace público que Jesús es el Hijo de Dios: «*Mientras Jesús, recibido el bautismo, estaba en oración, se abrió el cielo, bajó el Espíritu Santo so-*

¹⁰ Lc 1,35.

*bre Él en forma de paloma, y vino una voz del cielo: Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto»*¹¹. Él, pues, hace aflorar la conciencia divina en la naturaleza humana de Jesús.

El mismo Espíritu le lleva al desierto, el lugar de la experiencia de Dios, de la alianza, de la prueba, de la fe. Allí supera las tentaciones típicas del hombre y del pueblo de Dios: el perderse yendo detrás de las necesidades inmediatas y programar la vida independientemente de Dios, el querer poner a Dios al propio servicio, el adorar o hacerse dependiente de deseos humanos o poderes mundanos.

Su misión comienza por impulso del Espíritu. La lleva adelante con la energía del Espíritu: *«El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungió. Me ha enviado para dar la Buena Noticia a los pobres...»*¹². Con la fuerza del Espíritu expulsa a los demonios¹³. Pero, sobre todo, en el Espíritu nacen sus palabras y sus sentimientos: *«En aquel mismo instante, lleno de la alegría del Espíritu Santo, exclamó Jesús: - Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y a los entendidos, y las has revelado a la gente sencilla»*¹⁴.

El Espíritu es el don de la resurrección. Los discípulos viven toda la aventura de la predicación del Evangelio y la fundación de las comunidades seguros de su presencia. La perciben también de manera inmediata como certeza, energía interior, capacidad convincente. Él los constituye testigos eficaces y anunciadores llenos de valor.

¹¹ Cf. Lc 3,21.

¹² Lc 4,18.

¹³ Cf. Lc 11,20.

¹⁴ Lc 10,21.

Es el Espíritu de la palabra. Los discípulos no tienen ya necesidad de la presencia física del Señor. El Espíritu les recordará lo que Jesús ha enseñado. Pero no será el Espíritu de la memoria literal. Les hará comprender el anuncio de Jesús de forma nueva a la luz de los nuevos acontecimientos y situaciones. Los ayudará a sacar de aquel anuncio nuevas riquezas y significados. Y esto, con el fin de que el Evangelio sea no un texto venerable, pero arqueológico, sino una luz para el presente. No será sólo el Espíritu del recuerdo y de la nueva comprensión, sino también el Espíritu de la invención. Él os sugerirá lo que debáis decir.

El Espíritu de la palabra es también el Espíritu de la misión. Él lanza a los discípulos hacia el mundo pagano, incluso precediéndolos. En los Hechos de los Apóstoles se cuenta el episodio del centurión Cornelio, llamado por muchos el Pentecostés de los paganos. El Espíritu Santo se adelanta a Pedro en la casa de este soldado. Pedro duda si debe ir a su casa y comer los alimentos prohibidos a un judío. Pero, después de una visión y después de haber visto al Espíritu Santo caer sobre los que escuchaban su discurso, tiene que rendirse. Para justificarse ante su comunidad judía, dice: *«¿Se puede negar el agua del bautismo a los que han recibido el Espíritu Santo igual que nosotros?»*¹⁵. *«Pues si Dios les ha dado a ellos el mismo don que a nosotros por haber creído en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo para oponerme a Dios?»*¹⁶. Así, la Iglesia «prudente» que titubeaba en separarse del judaísmo y temía abrirse al mundo, se vio forzada a dar el paso.

¹⁵ Hch 10,47.

¹⁶ Hch 11,17.

Es también el Espíritu de la comunión. Él inspira los nuevos ministerios cuando los apóstoles por sí solos no llegan a satisfacer todas las demandas de la comunidad. Nacen así los diáconos y los presbíteros. Él enriquece con carismas nuevos a las comunidades. Las mueve a darse signos que distinguirán a los discípulos de Jesús: la oración, la fracción del pan, la escucha de la Palabra, el amor fraterno, el compartir los bienes. Les da el poder no sólo jurídico, sino profundamente transformante, de reconciliar al hombre con Dios y con los demás: «*Recibid el Espíritu Santo: a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados...*»¹⁷.

Así la Iglesia viene a ser no una organización religiosa, como existían tantas, que custodia ritos y palabras sagradas, sino la conciencia de la historia de la salvación y una fuerza nueva enviada para transformar el mundo mediante el amor.

Nosotros somos testigos de que esta presencia continúa todavía hoy. Puede ser descrita con acontecimientos actuales. Nos hemos fijado en el pasado porque el tiempo y la experiencia evangélica son ejemplares. Podemos pensar en el Concilio Vaticano, en los Sínodos, en los movimientos eclesiales, en la vida religiosa, en la presencia de la santidad, en la novedad de la fe.

El hoy lo sintetiza bien la *Lumen Gentium* con estas palabras: «El Espíritu habita en la Iglesia y en el corazón de los fieles como en un templo. Él guía la Iglesia a toda la verdad (cf. Jn 16,13), la unifica en comunión y ministerio, la provee y gobierna con diversos dones jerárquicos y carismáticos y la embellece con sus frutos (cf. Ef 4,11-12; 1

¹⁷ Jn 20,22.

Cor 12,4; Gal 5,22). Con la fuerza del Evangelio rejuvenece la Iglesia, la renueva incesantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo... Así toda la Iglesia aparece como un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»¹⁸.

4. Espiritualidad: vivir según el Espíritu

Pero acaso el tema de la nueva existencia, a la que da origen el Espíritu en la persona, es lo que ha tenido mayor desarrollo en la reflexión cristiana. San Pablo lo explica a través de la inhabitación: «*Vosotros no estáis bajo el dominio de la carne, sino del Espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros*»¹⁹.

Se trata de una auténtica nueva personalidad construida, unificada y estructurada en el creyente de manera totalmente original. El Espíritu crea en él una nueva conciencia: la de hijo de Dios, que se ha manifestado en Jesús y que emerge también a nivel psicológico. Jesús, en el momento de mayor aparente soledad, dijo: «*Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu*»²⁰. Por esto se ha afirmado que Cristo nunca se sintió huérfano. Abandonado de todos se sintió acogido por el Padre. Así el creyente que desarrolla esta conciencia, en cualquier circunstancia siente y expresa su confianza en Dios.

El Espíritu Santo engendra en el creyente también una nueva inteligencia; es la inteligencia de la fe, que es capaz de percibir el misterio de Dios y de descubrir el

¹⁸ *Lumen Gentium*, 4.

¹⁹ Rm 8,8.

²⁰ Lc 23,46.

sentido que tienen el mundo y los acontecimientos de la historia. Muchas veces la fe ha sido considerada como una sabiduría que viene del Espíritu. Quien ve la propia vida y la historia sin Dios no está animado por el Espíritu. Quien descubre a Dios en la historia propia y en la de la humanidad se ve guiado por el Espíritu, porque Dios se ha manifestado en el acontecimiento principal de la historia, el de Jesús.

El Espíritu sugiere una nueva relación humana, por encima de la nacionalidad, raza, cultura, religión, situación económica: es el amor, participación del amor de Dios; por lo cual *«no hay ya griegos y bárbaros, creyentes y paganos, varones y mujeres... sino que todos son una única criatura»*²¹. Es la superación de las discriminaciones, del espíritu de conquista, del sentido de superioridad.

El Espíritu nos enseña un lenguaje nuevo que nos consiente dirigirnos a Dios expresando los sentimientos filiales y nos inspira lo que debemos decir. Él nos da el vocabulario para el anuncio y nos abre a su comprensión. Por esto se habla tanto del Espíritu en el contexto de la evangelización²².

En una palabra, el Espíritu recrea la estructura interior de la persona: le da el sentido de su identidad, la posibilidad de obrar en el mundo con el estilo de las bienaventuranzas, de esperar la gran manifestación por la cual toda la creación alcanzará su condición perfecta²³.

Pero aún no está dicho todo. Quien ha nacido del Espíritu está llamado a desarrollarse según un proyecto de

²¹ Cf. Gal 3,28.

²² Cf. PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi*, 75.

²³ Cf. Rm 8,19-22.

vida. No ha recibido sólo algunas cualidades estáticas, como si fuesen joyas o regalos de cumpleaños. Posee, en cambio, una especie de código genético según el cual él va creciendo.

La existencia cristiana, como toda vida, tiene una ley interna: la del desarrollo. En el bautismo se recibe su semilla: a la muerte se tiene el resultado final. Lo que está comprendido entre estos términos se confía a nuestra voluntad y capacidad de crecer, como sucede con nuestra inteligencia y con nuestra personalidad. Hay un estado germinal, hay una madurez: «*Hermanos, no pude hablaros como a hombres de espíritu, sino como a gente débil, como a cristianos todavía en la infancia. Por eso, os alimenté con leche, no con comida, porque no estabais para más*»²⁴. San Pablo habla de niños y de adultos, de imperfectos y perfectos, de ignorantes y sabios, de carnales y espirituales.

Pasamos de la inmadurez al estado adulto por la iluminación progresiva y la adhesión a la verdad. Éstas nos ayudan a ver el sentido de nuestra vida y del mundo, cada vez con mayor convicción, a la luz de la venida de Cristo. Está luego la purificación de las dependencias y esclavitudes, egoísmos, pasiones destructoras, hasta alcanzar la libertad interior. Y todavía nos lleva a la madurez el esfuerzo de conformar nuestra vida con la de Cristo, insertándonos en su misterio. El *Directorio Catequístico General*, refiriéndose al creyente, dice que la finalidad de la iniciación cristiana es educar en el pensamiento de Cristo, en ver la historia como Él, en escoger y amar como Él, en esperar como enseña Él, en vivir como Él la comunión

²⁴ 1 Cor 1,1-2.

con el Padre. Es, con otras palabras, lo que expresaba San Pablo: «*No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí*»²⁵.

El resultado es el hombre espiritual. En el lenguaje cristiano, «espiritual» tiene un significado peculiar. No se opone a materia, como piensan los filósofos, sino a carne. No quiere, pues, decir inmaterial, sino empapado de Dios y ordenado a Él, sea cual sea su naturaleza física. Espiritual no es, pues, aquel que reniega, huye o ignora su parte corpórea, sino aquel que asume y ordena todo en la caridad; en efecto, es la caridad que se ha difundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado, envolviendo la totalidad de la persona, cuerpo y conciencia.

Es instructivo escuchar a San Pablo las manifestaciones de la fase infantil de nuestra vida en el Espíritu o del nivel «carnal» de nuestra mentalidad. Una es la incapacidad de aceptar el Evangelio en la totalidad de sus exigencias y en su originalidad. San Pablo llama inmaduros a los corintios porque se pierden detrás de la elocuencia humana y las explicaciones complicadas y no captan la sabiduría sencilla inspirada por Dios, que se encuentra en el acontecimiento de Cristo²⁶.

Es signo del estado infantil el verse arrastrado por motivos humanos, como los celos y el deseo de sobresalir en la comunidad con carismas vistosos. Como lo es también el pensar que la libertad consiste en realizar los propios intereses, o el no ser capaces de superar los conflictos aun con sacrificio por nuestra parte. Sobre todo, lo es la ines-

²⁵ Gal 2,20.

²⁶ cf. 1 Cor 2,1 ss.

tabilidad y la volubilidad de la fe, no anclada firmemente en la palabra de Dios, que se deja arrastrar o por las modas seculares, o por las fantasías religiosas o por doctrinas pasajeras.

Hay también páginas incomparables sobre la madurez de la persona en el Espíritu, que es purificación del mal y superación de lo que es imperfecto; pero también desarrollo máximo de las potencialidades que hay en nosotros. Signos de la madurez son, en primer lugar, la seguridad o evidencia del amor que Dios tiene para con nosotros y, por tanto, la paz y la serenidad interior por las que sabemos que *«ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles ni criatura alguna podrá separarnos del amor de Cristo»*²⁷.

Está también la generosidad por la que uno no se limita a lo que nos obliga la ley, sino que nos damos con libertad y alegría. Está el compromiso radical y total con el Evangelio. Está el amor a los hermanos como regla para obrar en toda circunstancia, por encima de cálculos y convenciones, por encima de nuestros derechos y del mismo culto.

Cuando estos dinamismos y actitudes crecen, se alcanza la estatura de Cristo. El Espíritu da unidad a los pensamientos, a los afectos, a los deseos, a las acciones. Y se manifiestan en la persona sus frutos maduros: el amor, la alegría, la paciencia, la benevolencia, la bondad, la fidelidad, la mansedumbre, el dominio de sí²⁸.

²⁷ cf. Rm 8,38-39.

²⁸ cf. Gal 5,22-23.

5. Para nuestra reflexión

Cuanto hemos expuesto nos sugiere algunas líneas de meditación personal.

- La primera es tratar de ver nuestra vida de cristianos y de religiosos en esta corriente de energía que viene de Dios y que, desde la conciencia de las personas, orienta a la humanidad hacia una mejoría y hacia la comunión con Dios.
- Tratemos, por lo tanto, de interpretar la historia, la pequeña de nuestro contexto y la grande del país y del mundo, con la clave del Espíritu: en sus aspiraciones, en sus intentos nobles, en sus pequeños pasos.
- Pensemos en nuestra misión de educadores al servicio de este crecimiento en el Espíritu. Las Constituciones de las FMA afirman que la asistencia será vista como una colaboración con el Espíritu que trabaja en el corazón de cada persona²⁹.
- Y, finalmente, adoremos al Espíritu en aquellos en quienes se va manifestando la conciencia de ser hijos de Dios, que llevan el nombre de Dios escrito en sus frentes³⁰ y en el corazón y que representan el punto más alto de la humanidad.

²⁹ Cf. *Const.*FMA 67.

³⁰ Cf. Ap 7,13.

II. DON BOSCO, TIPO Y MODELO DE NUESTRA ESPIRITUALIDAD

Don Bosco, nuestro modelo

Const. 21

1. El Señor nos ha dado a Don Bosco

como padre y maestro.

Lo estudiamos e imitamos,
admirando en él:

2. Una espléndida armonía entre naturaleza y gracia

- profundamente hombre
- rico en las virtudes de su pueblo
- estaba abierto a las realidades terrenas
- profundamente hombre de Dios
- lleno de los dones del Espíritu Santo
- vivía «como si viera al Invisible».

3. Ambos aspectos se fusionaron en

un proyecto de vida fuertemente unitario: el servicio a los jóvenes.

Lo realizó:

- con firmeza y constancia
- entre obstáculos y fatigas
- con la sensibilidad de un corazón generoso

*«No dio un paso, ni pronunció palabra,
ni acometió empresa que no tuviera por
objeto la salvación de la juventud».*

4. Lo único que realmente le interesó fueron las almas.

1. Una atención necesaria

Hemos hablado de la consagración por el don del Espíritu. Lo típico de la vida religiosa es que se concentra en Dios. De Él quiere ser experiencia, transparencia y anuncio.

Hay muchas formas de consagración, mediante las cuales el Espíritu pone en comunicación a los hombres con Dios. La historia es compleja: tiene necesidad de muchos signos adecuados a las diversas situaciones. La persona, por otra parte, tiene infinitas posibilidades de expresión. Hay dones o gracias diferentes, diría San Pablo³¹. Juntos hacen que la Iglesia esté preparada para actuar en cualquier contexto y condición. Algunos, atraídos por el misterio de Dios, se retiran a la soledad y se entregan al estudio y a la oración. Los anacoretas, impresionados por la fugacidad de la vida presente y por los bienes de la vida eterna, se encerraron en celdas. Otros, en cambio, sienten el amor de Dios como impulso para intervenir en la historia, para salvar al hombre.

El Espíritu obra en todas estas personas y, a través de ellas, en la humanidad. Da así origen a diversos tipos o personalidades cristianas. Los tipos no dependen de la voluntad humana, ni provienen de una doctrina religiosa pensada en un simple despacho. Despuntan en la comunidad cristiana como las plantas en el terreno fértil. Para describirlas es mejor relatar cómo surgieron y cómo se desarrollaron, que proponer su doctrina espiritual. Por esto, las biografías de los santos constituyeron desde los comienzos un elemento de la catequesis.

Cómo y por qué el Espíritu consagra a un salesiano/a se nos ha revelado históricamente en Don Bosco. Con-

³¹ Cf. Rm 12,6.

templar su figura es importante para que descubramos nuestro código genético. Como se desarrolló en él, se desarrollará también en nosotros.

De la figura espiritual de Don Bosco hay muchas presentaciones: breves, medianas y largas. Don Caviglia trató de resumir los rasgos espirituales y morales de Don Bosco en una síntesis de 150 páginas. Hay representaciones artísticas (cuadros y esculturas) que tratan de captar lo más sobresaliente de su personalidad. Cada salesiano/a lleva dentro de sí una imagen de Don Bosco, que ha ido modelando a lo largo de los años, a través de experiencias, lecturas, meditaciones, opciones. A veces, estas imágenes personales engrandecen en demasía un dato según las propias preferencias y dejan en la sombra otros que la historia documenta. Algunos, por ejemplo, han agigantado su figura de amigo de los jóvenes y casi no lo conocen como «Fundador de un movimiento espiritual».

La relación entre estos dos tipos de imágenes, unas con pretensión de objetividad y otras personales, es dinámica: las unas enriquecen y corrigen a las otras.

Hay una semejanza de Don Bosco «consagrado, apóstol, hombre espiritual» que las hace converger y las funde, porque ha sido producto de la comunidad y constituye un patrimonio comunitario. La encontramos en el *segundo capítulo de las Constituciones de los Salesianos*, que trata de describir en forma orgánica el espíritu salesiano: un capítulo con numerosas citas de Don Bosco y frecuentes alusiones a sus actitudes.

Como conclusión y casi como síntesis se intenta presentar su figura en veinte líneas³².

³² Cf. *Const.* SDB 21.

La forma misma del artículo es singular: tiene algo de himno o de salmo. Sus frases están medidas casi con un metro poético. Las ideas se presentan con expresiones a veces contrapuestas, a veces paralelas o en un *crescendo* estudiado. La estructura del todo está pensada de modo que, a intervalos calculados, se suceden dos motivos: la riqueza múltiple de la personalidad y su extraordinaria unidad.

En sus pocas líneas aparecen casi todos los protagonistas de la historia salesiana: el Señor, Don Bosco, los jóvenes, su gente. Hay también un sucederse de realizaciones: la formación de la propia personalidad, el proyecto de vida, el servicio a los jóvenes, la búsqueda de las almas, la fundación de una Familia apostólica.

Esto no es fruto de esfuerzo o de habilidad literarios. Si lo fuese, se notaría su carácter artificioso. Es, en cambio, el resultado de la fascinación, de la atracción que Don Bosco ejerce sobre los salesianos/as. En el origen de este texto hay, efectivamente, una larga contemplación comunitaria. Formulado una primera vez, fue revisado tres veces consecutivas, en un período de doce años, por doscientas personas, cuantos eran los miembros de los Capítulos Generales. Ésta es, pues, la imagen de Don Bosco que las Congregaciones tienen en la conciencia comunitaria. Ella nos ofrece algunos núcleos para meditar sobre su espiritualidad.

2. Nuestra relación con Don Bosco

El primero de estos núcleos se refiere a la relación singular de cada uno de nosotros con Don Bosco: «*El Señor nos ha dado a Don Bosco como Padre y Maestro*». El

encuentro con él ha sido providencial y determinante para toda nuestra vida espiritual. Podemos recordar cómo ha sucedido realmente y la gracia que ha representado para nosotros el contacto sucesivo con él, cuánto nos ha enriquecido con proyectos, sentimientos, ideales y relaciones, a través de las diversas fases de nuestra existencia: como candidatos a la vida salesiana, como novicios, en todo el camino formativo sucesivo y en las reflexiones que hemos hecho siendo ya adultos.

Su compañía interior ha sido siempre inspiradora. Si hoy renunciásemos a todo lo que hemos recogido de él, poco quedaría de nuestra actual vida espiritual. Ha sido, pues, verdaderamente el don de Dios para nuestra existencia. Es verdad que si no hubiera sido él, habría habido otros. Pero la vida no está hecha de futuribles, sino de hechos reales. Por eso, en la expresión que estamos comentando, el pronombre «nos» no tiene un sentido colectivo, sino distributivo: a cada uno de nosotros, de forma personal, se nos ha dado la gracia del encuentro y del conocimiento de Don Bosco.

«*Como Padre y Maestro*»: nuestra relación con él es de hijos y discípulos. Don Bosco ha tenido y tiene todavía admiradores, *fans*, colaboradores, amigos. También Cristo tuvo oyentes, seguidores, amigos, discípulos y apóstoles. Cada una de estas palabras indica una relación diversa. Nosotros no somos sólo admiradores, colaboradores y amigos.

El término que define su relación con nosotros es «*Padre*». Sería un error pensar que se trata de una expresión sólo afectuosa, devocional o retórica.

Se dirige a algo que va más allá de su bondad y de nuestro afecto. Dice que él es el iniciador, el fundador

que nos transmite aquella experiencia espiritual que es el carisma salesiano. Está colocado históricamente en el momento y lugar de su nacimiento. Nos engendra en el seguimiento de Cristo para los jóvenes. Padre, *Abbá*, es una denominación tradicional en la vida religiosa para designar al que descubre el carisma y hace crecer en él.

«Padre» nos recuerda también su capacidad de hacer sentir la paternidad de Dios para con los jóvenes pobres: después de la experiencia con ellos, la paternidad se convirtió en un tema de su sistema educativo y de su estilo de autoridad. «Los directores y los asistentes como padres amorosos hablen, sirvan de guía en toda circunstancia». Nos recuerda que, para los salesianos/as de ayer y de hoy, él ha preferido a todos los títulos el de Padre: «*Llamadme siempre Padre y seré feliz*»³³. Y nos hace pensar también en el tipo de relación que sus seguidores conservaron de él: más que jefe, fundador, *leader* carismático, lo conocemos como Padre: «*Sea cualquiera la parte del globo donde os encontréis, no os olvidéis de que aquí, en Italia, tenéis un Padre que os ama en el Señor*»³⁴.

Se podría todavía seguir adelante, examinando su responsabilidad paterna. «Del padre lo tuvo todo: el amor tierno y fuerte hacia los hijos de adopción, la resistencia a las fatigas y al dolor, el profundo sentido de responsabilidad del padre de familia y la entrega sin límites, que tiene su correspondiente sólo en el amor materno» (Don Caviglia).

Al lado de la figura del Padre se coloca la alusión al magisterio: «*Maestro*». Más bien que referirse a la autoridad de imponer una doctrina, apunta al arte de enseñar,

³³ Carta de 1884, *MBe* XVII, p. 156.

³⁴ Cf. *MBe* XI, p. 330.

de hacerse comprender, de hablar con el lenguaje del corazón, de comunicar con la vida. Alude al hecho de que nosotros lo hemos seguido dejándonos guiar de su experiencia y, a través de él, hemos querido seguir a Jesús Maestro. El magisterio es un motivo o tema que aparece muchas veces en sus recomendaciones y comentarios. En el primer sueño aparece la figura de la Maestra. En su testamento dice de Jesús: «Él será siempre nuestro maestro, nuestro guía, nuestro modelo...». Va unido al tema de la sabiduría, que es central en su pedagogía, en su mentalidad y en su vida espiritual.

Padre y Maestro es una expresión que proviene del oficio litúrgico. Y el artículo parece más un texto litúrgico, una meditación sapiencial, que una norma jurídica o un párrafo doctrinal.

Nuestra reacción y nuestra actitud frente a este don de Dios son: «*Lo estudiamos e imitamos admirando...*». Nuestras posibilidades de maduración están ya vinculadas a la relación vital con él. En efecto, nos estamos desarrollando espiritualmente en el ámbito y con las sustancias de su carisma, de su comunidad, de su misión.

Se dice «*admirando*»: el nuestro no es un estudio científico y crítico, aunque éste no quede descartado; sino un acercamiento y un encuentro frecuente y afectuoso. Admirar es el verbo de la contemplación, de quien se queda mirando porque se siente atraído. Logramos comprenderlo por amor y connaturalidad, más que por los análisis y el examen riguroso de datos históricos.

Pero esto comporta, de cualquier modo, un compromiso: «*estudiarlo*». Hay hoy algunas dificultades serias para un conocimiento útil de Don Bosco. Una es la distancia cronológica, pero sobre todo cultural, que se va

interponiendo entre nosotros y él. El peligro es el olvido o la imposibilidad de interpretarlo. Entre las generaciones que nos han precedido y el tiempo de Don Bosco había todavía una semejanza de estilo de vida. Las diferencias eran limitadas. Hoy, para comprender el significado verdadero de lo que él pensó y obró, hay que colocarse mentalmente en su contexto y colocarle a él en el nuestro. Hay, además, las dificultades de los escasos tiempos comunitarios para comunicar. Tales tiempos eran antes numerosos y regulares: Buenas Noches, conferencias, lecturas. La transmisión «oral» tenía incidencia. Hoy la vida nos dispersa mucho más y las pocas palabras que logramos decir se pierden en un mar de imágenes y mensajes.

Al mismo tiempo, como factor favorable, hay hoy una auténtica «cultura salesiana»: una meditación sobre la vida y sobre el carisma de los fundadores y de su Familia religiosa acumulada a través de las generaciones. Particularmente en los últimos tiempos se ha hecho un gran esfuerzo por parte de los dos Institutos sobre tres líneas: la *espiritual*, y son prueba de ello las Actas de los Capítulos Generales, las cartas de los Rectores Mayores y de las Madres Generales; la *histórica*, y es signo de ella la fundación de un Instituto Histórico y la organización del archivo central y la voluntad de estudiar la historia de las Congregaciones en todas las partes del mundo; y la *pedagógica*: la abundante bibliografía sobre el Sistema Preventivo demuestra el afecto con que los salesianos miran esta herencia. Se están recogiendo todos los títulos de libros y artículos que se refieren a Don Bosco, a Madre Mazzarello y a su carisma. Hoy son cerca de 30.000. El estudio resulta ser, además de un camino de vida espiritual, una condición para poderlo comunicar y transmitir

con fidelidad y riqueza. Por eso ha entrado en los programas en todas las fases de la formación.

3. La fisonomía espiritual de Don Bosco

Un segundo núcleo que meditar es el tipo de persona y de cristiano, la personalidad de Don Bosco: «Una espléndida armonía entre naturaleza y gracia».

Es preciso, ante todo, captar la fuerza del adjetivo «espléndida». No se trata de una armonía modesta, normal, que se confunde en lo común. Es algo que impresiona fuertemente..., como un panorama extraordinario, un cuadro particularmente logrado, una música vibrante. No son pocos los estudiosos que se han expresado en el mismo sentido. «Uno de los hombres más completos que haya conocido la historia» (Joergensen). «Agustín, Francisco, Catalina de Siena, Don Bosco deben ser citados entre las cumbres de la humanidad» (Hertling).

«Nos vimos de cerca esta figura, en una larga visión, en una prolongada conversación: una magnífica figura que no lograba esconder su inmensa e insondable humildad;... una figura muy superior y arrebatadora; una figura completa, una de esas almas que, en cualquier camino que hubiere emprendido, habría dejado firmes huellas de su paso, dado lo magníficamente que estaba dotado para la vida»³⁵.

«El apóstol Pablo, Agustín de Hipona, Francisco de Asís, Vicente de Paúl y Juan Bosco fueron evidentemente criaturas de excepción en el plano de sus recursos y cualidades humanas"»(Wackenheim).

³⁵ PÍO XI, *MBe* XIX, p. 75.

Nuestra finalidad no es tejer un elogio o panegírico, sino descubrir el «tipo» de persona y de espiritualidad: armonía entre instinto profundo de vida y apertura a Dios, pasión por todo cuanto es humano y profundidad espiritual. «Acuerdo o armonía», dice más que unidad. Ésta se obtiene a veces uniendo las partes, a veces sacrificando aspectos: da la imagen de algo logrado. Armonía dice plenitud que va resultando esplendente en el juego de las tensiones: ninguna quedaba mortificada en favor de la otra o de la tranquilidad. Su naturaleza humana, tierna y afectuosa, sensible a la amistad, fue el signo transparente de la experiencia de Dios. Ésta, a su vez, produjo una finura cada vez mayor de humanidad.

Tal armonía aparece en su persona: ternura y austeridad, inteligencia y practicidad, rectitud y astucia, santidad y soltura en el mundo. Aparece también en su espiritualidad: trabajo y contemplación, Dios y el prójimo, caridad y profesionalidad, obediencia y libertad. Aparece también en su pedagogía: disciplina y familiaridad, racionabilidad y espontaneidad, exigencia y bondad.

Son las mismas tensiones que nosotros sentimos. Por esto, en los últimos tiempos se ha subrayado con frecuencia su característica principal: *la gracia de la unidad*.

Unido a este punto del acuerdo armonía-unidad, hay otro núcleo: las dimensiones fundamentales de su personalidad, expresadas de forma perfectamente paralela. «*Profundamente hombre y hombre de Dios, rico en las virtudes de su pueblo, abierto a las realidades terrenas, vivía como si viera al Invisible*».

La primera cosa que llamaba la atención era su humanidad. Era la manifestación de su santidad, mientras

ésta aparecía como el esplendor de su humanidad. «Todo en Don Bosco es humano y todo irradia misteriosamente una luz sobrenatural».

La humanidad se manifestaba en una capacidad de afecto intenso y personal. Ésta llegó a ser su forma habitual de relación; nunca formalista, burocrática, administrativa, siempre cercana y envolviendo a la persona en una atmósfera de estima. Se observa esto en el Oratorio, pero también en las audiencias, en los viajes, por los caminos. Su temperamento lo llevaba a encariñarse, pero ésa fue su forma de imitar a Cristo. Siendo muchacho, había cazado un mirlo y lo había metido en una jaula. Lo cuidaba y le daba de comer como se hace con un amigo. Un día el gato se acercó a la jaula y lo mató. Desconsolado se echó a llorar. Su madre le dijo: —Pero ¿por qué lloras? Hay tantos pájaros en el bosque. —Pero todos los demás no valían para él lo que aquel con el que se había encariñado. En aquella oportunidad, hizo el propósito de no pegar nunca más el corazón a ninguna criatura³⁶. Da gusto reconocer que Juan Bosco no llegó a cumplir nunca tal propósito.

Esta forma de relacionarse personalmente y con intensidad de afecto constituyó el secreto de su praxis educativa. Hay una colección de anécdotas que lo recuerdan, desde la frase dicha a Gastini: «Soy un pobre sacerdote, pero te quiero tanto que, si un día tuviese sólo un pedazo de pan, lo partiría contigo», hasta el conmovedor recuerdo de Don Albera: «Debo decir que Don Bosco nos quería como nadie, de una manera única: ejercía sobre nosotros una atracción irresistible. Yo me sentía como prisionero de una fuerza afectiva que se apoderaba de

³⁶ Cf. *MBe* I, p. 111.

mis pensamientos, palabras y obras. Me sentía querido como nunca me había querido nadie, algo especial, por encima de todo cariño. Nos envolvía a todos por completo una atmósfera de alegría y de felicidad. Tenía Don Bosco un enorme poder de atracción que obraba en nuestros corazones juveniles como un imán del que era imposible desprenderse y, aunque lo hubiéramos podido, no lo hubiéramos hecho ni por todo el oro del mundo; tanta era la felicidad que se cernía sobre nosotros. Y en él era la cosa más natural, nada estudiada y sin esfuerzo. Y no podía ser de otro modo, porque, de cada una de sus palabras y obras, brotaba la santidad de la unión con Dios, que es caridad perfecta. Y nos atraía hacia sí mediante la plenitud del amor sobrenatural que le abrasaba el corazón. De esta singular atracción brotaba esa acción que conquistaba nuestros corazones. Los múltiples dones naturales que tenía se habían trocado en sobrenaturales por la santidad de su vida»³⁷.

Al afecto, como rasgo de humanidad, hay que añadir su capacidad de amistad. ¡Cuántas y tan diversas tuvo desde los primeros años de su vida, en la juventud y en la edad madura! La alegría de compartir, de estar y trabajar juntos, es una característica de su temperamento. Amigo de su hermano José, con el que compartía entretenimientos y confidencias; amigo de los muchachos del barrio, a los que contaba historias y preparaba diversiones (hoy recordados con un hermoso monumento en el Colle Don Bosco); amigo de los compañeros de Chieri, con los que fundó la *Sociedad de la Alegría*; amigo del co-

³⁷ P. BROCARD, *Don Bosco profundamente hombre, profundamente santo*, Editorial CCS, Madrid, 1988, p. 45-46.

lega Comollo, con el que estableció un pacto para más allá de la muerte; amigo de los muchachos judíos, discriminados; especialmente de uno de ellos, Jacob Leví, apodado Jonás, a quien recordará con estas palabras: «Era de hermosísimo aspecto, cantaba con una voz preciosa. Jugaba bien al billar. Yo le tenía gran cariño, y él, a su vez, sentía por mí una gran amistad. Rato libre que tenía, venía a pasarlo conmigo en mi aposento; nos entreteníamos cantando, tocando el piano, leyendo y relatando mil historias»³⁸.

Este rasgo continúa en la madurez, y en ella cultiva la amistad con sacerdotes, religiosos, cooperadores y jóvenes, escritores, perseguidos, políticos, autoridades. Lo dejará documentado en una serie de recomendaciones de este tenor: «Haz de modo que todos aquellos con quienes hables se hagan amigos tuyos»³⁹. La amistad será un tema de su pedagogía. Para probarlo basta recordar el capítulo sobre la amistad entre Domingo Savio y Camilo Gavio⁴⁰.

Otra vertiente de su humanidad es recordada con la expresión: «rico en las virtudes de su pueblo, estaba abierto a las realidades terrenas». Cuáles son las virtudes de su pueblo no interesa mucho detallarlo. Hay un libro que lleva este título y trata de definirlo⁴¹. Entran en ellas ciertamente la magnanimidad en los proyectos, el idealismo y el sentido práctico, la tenacidad y al mismo tiem-

³⁸ J. BOSCO, *Memorias del Oratorio*, en *Obras Fundamentales*, BAC, Madrid 1979, p. 377.

³⁹ *MBe X*, p. 957.

⁴⁰ Cf. J. BOSCO, *Vida del joven Domingo Savio*, en *Obras Fundamentales*, BAC, Madrid 1979, cap. XVIII, p. 185-188.

⁴¹ Cf. N. CERRATO, *Don Bosco e le virtù della sua gente*, LAS, Roma 1985.

po la flexibilidad, la capacidad de trabajo y empresa y el sentido del realismo.

Alguno lo ha definido: lúcido en el proyectar, fuerte en el querer, lento en el deliberar, moderado en el proceder. Lo reconocía él mismo: «*Don Bosco no es un hombre a quien le guste quedarse a la mitad del camino, cuando ha comenzado una iniciativa*».

Este estilo se puede ver en todas sus empresas: el Oratorio comienza con poco, lo que era posible, pero en seguida y sin titubeos: al principio recoge sólo a algunos muchachos, pero no cesa de crecer. El aumento suscita nuevos proyectos que alcanzan las dimensiones soñadas. Así sucedió con las misiones. Comienza con una intuición. Se preparan algunos hombres. Pacientemente y durante años se buscan contactos útiles. Se prepara lo mejor posible lo que se puede prever, pero muchas cosas permanecen inciertas. De todos modos, se parte lo mismo. Lo mismo sucederá con las otras instituciones educativas. La organización de las escuelas profesionales ocuparon toda la vida de Don Bosco y su «modelo» maduró en el curso de veinte años.

Es oportuno hacer un comentario: la santidad hace universales algunos valores vividos por una comunidad, o en un contexto particular ya largamente fermentado por el cristianismo. Ciertamente algo del Piamonte y de Italia por medio de Don Bosco pasó al mundo, como a la comunidad cristiana pasó algo del judaísmo y de la cultura griega y latina.

Pero esta rica humanidad, sensible, concreta, práctica, capaz de mezclarse con los problemas de su tiempo era el resultado final de una generosa respuesta a la gracia: «*Hombre de Dios y lleno de los dones del Espíritu Santo*». Ésta era una dimensión oculta en parte por su tem-

peramento. En efecto, si bien Don Bosco fuese inclinado a comunicar sus propios sentimientos en su relación con el interlocutor, no lo era igualmente para manifestar su experiencia interior. Los escritos y las cartas dejan transparentar poco de sus sentimientos profundos.

Don Bosco no ha dejado una *«Historia del alma»*, como Sta. Teresita o Juan XXIII. Ha dejado la historia del Oratorio. No escribió un *«Diario espiritual»*, sino un cuaderno de experiencias pedagógicas. Esto hace pensar en nuestro estilo espiritual, hecho de sobriedad en la expresión de las emociones y sentimientos, y de una introspección moderada.

Pero la profundidad espiritual en parte estaba oculta también bajo su estilo de acción. *«Demasiado obstinado y pícaro, demasiado ávido de dinero y pronto a hablar o a hacer hablar de sí»*, lo encontraba un cardenal (Card. Ferrieri). Era puesta en discusión a causa del desorden aparente y de los límites reales de su obra educativa, que debía ayudar a crecer a los muchachos pobres y no presentaba, en consecuencia, los «méritos» de la obra educativa ejemplar. *«Si Don Bosco tuviese realmente espíritu de piedad, debería impedir ciertos desórdenes en su casa»*, dijo otro cardenal mal impresionado por la espontaneidad no totalmente regulada de Valdocco.

Y, sin embargo, se manifestaba clarísimamente sobre todo a través de la fe en Dios y la caridad hacia el prójimo. *«He estudiado muchos procesos: pero no he encontrado uno tan rebosante de lo sobrenatural»* (Card. Vives).

«Para encontrar una figura de las mismas proporciones, hace falta repasar siglos de historia de la Iglesia y llegar a los santos fundadores de las grandes órdenes religiosas» (Card. Schuster).

Otro aspecto de su dimensión espiritual es la *riqueza de los dones del Espíritu*: la prudencia, la fortaleza, la sabiduría. Todos ellos se refieren a la acción, a la lectura de los signos, a comprender a los hombres y los acontecimientos.

Pero, sobre todo, se subraya un rasgo: «*Vivía como si viera al Invisible*». La expresión está tomada de la carta a los Hebreos. El escritor sagrado describe la fe de los patriarcas, que vivieron en la precariedad, sosteniendo duras pruebas con la sólida esperanza de que se cumplirían las promesas de Dios. Al llegar a Moisés, se recuerdan sus empresas y las dificultades que comportaban. Y se afirma que logró realizarlo todo porque «*caminaba por este mundo como si viera al Invisible*». Literalmente: «*Por la fe, salió de Egipto sin temer la ira del Rey. Se mantuvo firme como si viera al Invisible*»⁴². Es una aproximación que se puede aplicar bien a Don Bosco, hombre de grandes sueños por la salvación de los jóvenes de la miseria material o moral y por la difusión del Evangelio. Describe bien su manera de colocarse frente a las cosas de este mundo y a los acontecimientos históricos como si viera la presencia de Dios que obra en ellos. Está en la línea de la lectura litúrgica que subraya su fe y su magnanimidad.

4. El proyecto de vida

Un último núcleo para nuestra meditación: el punto de fusión de toda su vitalidad natural y las inspiraciones de la gracia: «*un proyecto de vida fuertemente unitario: el servicio de los jóvenes*». El texto le dedica un amplio comentario, con un *crescendo* de expresiones que evidencia

⁴² Heb 11,27.

el esfuerzo de Don Bosco para realizarlo, *las dificultades* superadas para hacer esta entrega total y el pleno empleo de sus energías físicas, intelectuales y espirituales. El proyecto, y no ya el «sueño», asumido «*con la sensibilidad de un corazón generoso*» y llevado adelante con firmeza y constancia, acabó por modelar su personalidad, y llegó a ser el lugar histórico de su maduración como santo original.

Nuestras Constituciones dirán que nuestra consagración comprende simultáneamente la vida comunitaria, el seguimiento de Cristo y la misión juvenil. Pero es ésta la que da a toda la vida su tono concreto⁴³. Lo que nos distingue y nos plasma. Y el lugar donde se exigen y donde se ejercitan las virtudes del salesiano/a, donde él está obligado a reproducir la espléndida armonía entre humanidad y sentido de Dios.

5. Conclusión

Es difícil comprender la espiritualidad salesiana y progresar en ella como personas y como comunidad, si no nos acercamos constantemente a su fuente y origen. Un peligro no imaginario es interpretarla según nuestras tendencias espontáneas.

En la vida de las comunidades el amor a Don Bosco hasta ahora se ha expresado sin rubor y es garantía de unidad y entusiasmo pastoral. Esto forma parte de nuestro espíritu. Don Stella ha escrito un volumen sobre la formación de la imagen de Don Bosco como persona fascinante para los jóvenes y aceptada en el mundo, que es

⁴³ Cf. *Const. SDB* 3.

sensible a la promoción de los más modestos. Entre los elementos característicos de nuestro espíritu se encuentra, pues, el amor filial a Don Bosco, acompañado de sentimientos de adhesión y de admiración; mientras que la distancia y la frialdad han producido efectos negativos.

Pero ahora se nos va imponiendo un cambio de lenguaje y de actitudes: se pasa del relato ingenuo y laudatorio al conocimiento profundizado, a la colocación de los hechos y dichos en su contexto, al esfuerzo de repensar su significado en nuestra situación y cultura. Y esto requiere igual afecto y atención y un mayor discernimiento paciente e iluminado.

III. LA CARIDAD PASTORAL

En la reflexión anterior hemos visto qué «tipo» de persona espiritual es Don Bosco: profundamente hombre y totalmente abierto a Dios; cómo la armonía entre estas dos dimensiones se fue construyendo en un proyecto de vida asumido con decisión: el servicio a los jóvenes. Lo revela el mismo comentario: «*No dio un paso, ni pronunció palabra, ni acometió empresa que no tuviera por objeto la salvación de la juventud*»⁴⁴.

Pero si se examina su proyecto para los jóvenes, se ve que tiene un «corazón», un elemento que le da sentido y originalidad: «*lo único que realmente le interesó fueron las almas*»⁴⁵.

Hay, además, una explicación ulterior y más puntual de la unidad de su vida: quería, con su dedicación a los jóvenes, comunicarles la experiencia de Dios. La suya era no sólo generosidad, sino caridad pastoral. Ésta se cataloga como «*centro y síntesis*» del espíritu salesiano⁴⁶.

«*Centro y síntesis*» es una afirmación muy seria. Es más fácil enumerar varios rasgos, incluso fundamentales de nuestra espiritualidad, sin tener que establecer entre ellos una relación o una jerarquía, que seleccionar uno

⁴⁴ *Const.* SDB 21.

⁴⁵ *Ib.* 21.

⁴⁶ *Const.* SDB 10 y *Const* FMA. 80.

como principal. En este caso, se requiere entrar en el alma de Don Bosco o del salesiano/a y descubrir lo que explica su estilo.

Para comprender qué incluye la caridad pastoral, demos tres pasos: reflexionemos antes sobre la caridad, luego sobre la especificación pastoral y, finalmente, sobre la caridad pastoral salesiana.

1. La caridad

Una expresión de San Francisco de Sales dice: «*La persona es la perfección del universo; el amor es la perfección de la persona; la caridad es la perfección del amor*»⁴⁷.

Es una visión universal que coloca en escala ascendente cuatro modos de existir: el ser, el ser persona, el amor como forma superior a cualquier otra forma de conciencia y de relación humana y la caridad como expresión máxima del amor.

El amor representa el punto más sublime de la maduración de cualquier persona, cristiana o no. El esfuerzo educativo se propone llevar a la persona a ser capaz de darse, a un amor de benevolencia.

Los psicólogos, y no sólo Jesucristo, dicen que la personalidad completa y feliz es aquella que es capaz de generosidad y desinterés; y previenen contra un amor que sea sólo de concupiscencia, es decir por la propia satisfacción de ser amado. Diversas formas de neurosis o de perturbación de la personalidad provienen de estar cen-

⁴⁷ Cf. SAN FRANCISCO DE SALES, *Tratado del amor de Dios*, vol. II, libro X, c.1.

trados en sí mismos. Y las respectivas terapias tienden todas a abrir y descentralizar la persona hacia los demás.

La caridad es, además, la propuesta principal en toda espiritualidad: no es sólo el primero y principal mandamiento; y el programa principal para el camino espiritual; sino también la fuente de energía para progresar. Sobre ella hay una abundante reflexión especialmente en San Pablo⁴⁸ y San Juan⁴⁹.

Tomemos sólo algunos núcleos.

El encenderse de la caridad en nosotros es un misterio y una gracia; no proviene de iniciativa humana, sino que es participación de la vida divina y efecto de la presencia del Espíritu. No podríamos amar a Dios si Él no nos hubiese amado primero, haciéndonoslo sentir y dándonos el gusto y la inteligencia para corresponder a él. No podríamos ni siquiera amar al prójimo y ver en él la imagen de Dios, si nouviésemos la experiencia personal del amor de Dios.

«El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que nos ha dado»⁵⁰. Por otra parte, tampoco el amor humano tiene explicación racional, y por eso se dice que es ciego. Nadie logra determinar con exactitud por qué una persona se enamora de otra.

Por esta su naturaleza, de ser participación de la vida divina y comunión misteriosa con Dios, la caridad crea en nosotros la capacidad de descubrir y sentir a Dios: la religión sin la caridad aleja de Dios. El amor auténtico, aun sólo humano, lleva a los que están alejados hacia la

⁴⁸ Cf. 2 Cor 12,13-14.

⁴⁹ Cf. 1 Jn 4.

⁵⁰ Rm 5,5.

fe y los ambientes religiosos. La parábola del buen samaritano ilustra la relación religión-caridad con ventaja para esta última.

Lo resumirá San Juan: *«Queridos hermanos: Amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor»*⁵¹. El significado del verbo «conocer» es «hacer experiencia», más que tener nociones exactas: quien ama hace una cierta experiencia de Dios.

Puesto que la caridad es la facultad que nos permite conocer a Dios por experiencia, es también la que nos capacita para gozarlo: *«Ahora vemos como en un espejo de adivinar; entonces veremos cara a cara. Mi conocer es ahora inmaduro, entonces podré conocer a Dios como Dios me conoce...»*⁵².

Por eso, no es sólo una virtud particular, sino la forma y la sustancia de todas las virtudes y de todo lo que construye la persona: *«Ya podría yo hablar las lenguas de los hombres y de los ángeles...ya podría tener el don de predicción... podría tener fe como para mover montañas... podría repartir en limosnas todo lo que tengo...; pero, si no tengo amor, de nada me sirve»*⁵³.

Por eso, la caridad y lo que procede de ella son realidades que perduran, resisten al tiempo, son definitivas: *«La caridad no acaba nunca. Desaparecerán las profecías. Cesarán las lenguas. Desaparecerá la ciencia. Cuando venga lo perfecto, desaparecerá lo imperfecto»*⁵⁴. Esto se aplica

⁵¹ 1 Jn 4,7-8.

⁵² 1 Cor 13,12.

⁵³ Ibid. 13,1-3.

⁵⁴ Ibid. 13,8-10.

no sólo a la vida, sino a nuestra historia. Lo que se edifica sobre el amor permanece y va construyendo nuestra persona, nuestra comunidad, nuestra sociedad; mientras que lo que se basa en el odio y el egoísmo se consume.

Por eso la caridad es el más grande y la raíz de todos los carismas, a través de los cuales se construye y obra la Iglesia. Precisamente después de haber explicado la finalidad y el uso de los diversos carismas, San Pablo introduce el discurso sobre la caridad con estas palabras: «*Aspirad a los carismas superiores, y aún os voy a mostrar un camino más excelente*»⁵⁵.

Es el carisma principal, aun cuando se manifiesta con gestos cotidianos y no presenta nada de extraordinario o fastuoso: «*La caridad es paciente, es servicial; no es envidiosa, no presume, no se engríe; no es mal educada, no busca su interés, no se irrita; no tiene en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta*»⁵⁶.

También para Don Bosco y para Madre Mazzarello, como para todos los santos, la caridad es algo central. Es la insistencia principal de su vida. Conviene saberlo y decirlo. De hecho, de vez en cuando, algún salesiano/a hace experiencia, descubre la importancia de la caridad en un movimiento eclesial, después de muchos años de vida en la Congregación. Parece como si antes no hubiera oído hablar de ella con eficacia y no la hubiera podido vivir con intensidad.

En el sueño de los diamantes —que es una parábola del espíritu salesiano— la caridad está colocada delante y

⁵⁵ Ibid. 12,31

⁵⁶ Ibid. 13,4-6

precisamente sobre el corazón del personaje: «*Tres de aquellos diamantes estaban sobre el pecho... en aquel que se encontraba sobre el corazón estaba escrito: CARIDAD*»⁵⁷. Se sabe que, en este sueño o parábola, lo que está colocado delante es la parte fundamental de nuestro espíritu.

Además, la caridad ha sido recomendada por nuestros fundadores de mil formas: como base de la vida de comunidad, como principio pedagógico, como fuente de la piedad, condición del equilibrio y de la felicidad personal, práctica de virtudes específicas, como la amistad, la buena educación, la renuncia a intereses propios.

También en nuestras Constituciones aprender a amar es la finalidad de la vida religiosa misma: «*Un camino que conduce al amor*»⁵⁸. El conjunto de prácticas y disciplinas, de normas y enseñanzas espirituales querrían lograr una sola cosa: hacernos capaces de acoger a los demás y ponernos a su servicio con generosidad.

2. La caridad pastoral

La caridad tiene muchas manifestaciones: el amor materno, el amor conyugal, la beneficencia, la comprensión. En la historia de la santidad las expresiones cubren todos los ámbitos de la vida humana.

Los salesianos y las FMA hablan de una *caridad «pastoral»*.

Esta expresión se encuentra muchas veces en sus Constituciones, documentos y discursos. Qué significa

⁵⁷ MBe XV, pp. 166-171 (sueño sobre el futuro de la Congregación).

⁵⁸ Const. SDB 196.

caridad pastoral lo dice bien el Concilio cuando, refiriéndose a los que se dedican a la educación en la fe, dice: «*Son dotados de la gracia sacramental, con la que, orando, ofreciendo el sacrificio y predicando... puedan cumplir perfectamente el cargo de la caridad pastoral. No teman entregar su vida por las ovejas y, hechos modelo para la grey, estimulen a la Iglesia, con su ejemplo, a una santidad cada día mayor*»⁵⁹.

La palabra quiere indicar una forma de caridad. Hace remontarse mentalmente a la figura de Jesús Buen Pastor⁶⁰. No sólo a las modalidades de su obrar: bondad, búsqueda de quien se ha perdido, diálogo, perdón; sino también y, sobre todo, a la sustancia de su ministerio: revelar a Dios a todo hombre y mujer.

Es más que evidente la diferencia con otras formas de caridad que dirigen la atención preferencial a necesidades particulares de las personas: salud, alimento, trabajo.

El elemento típico de la caridad pastoral es el anuncio del Evangelio, la educación en la fe, la formación de la comunidad cristiana, la fermentación evangélica del ambiente. Pide, pues, disponibilidad total y entrega por la salvación del hombre, como ha sido presentada por Jesús: de todos los hombres, de cada hombre, de uno solo. Don Bosco y, detrás de él, los salesianos expresan esta caridad con una frase: «*Da mihi animas, caetera tolle*».

Los grandes Institutos y las grandes corrientes de espiritualidad han condensado el corazón del propio carisma en una frase sintética: «*A la mayor gloria de Dios*», dicen los jesuitas; «*Paz y bien*» es el saludo de los franciscanos;

⁵⁹ *Lumen Gentium* 41.

⁶⁰ Cf. Jn 10.

«Reza y trabaja» es el programa de los benedictinos; «Contemplar y transmitir a los demás las cosas contempladas» es la norma de los dominicos.

Los testigos de la primera hora y la reflexión sucesiva de la Congregación han llegado a la convicción de que la expresión que resume la espiritualidad salesiana es precisamente el «*da mihi animas*».

Ciertamente la expresión se encuentra con frecuencia en los labios de Don Bosco y ha influido sobre su fisonomía espiritual. Es la máxima que impresionó a Domingo Savio en el despacho de Don Bosco todavía joven sacerdote (34 años) y lo movió a un comentario que se hizo famoso: «*Ya entiendo; aquí no se trata de hacer negocio con dinero, sino de salvar almas; yo espero que también la mía entrará en este comercio*»⁶¹. Para este muchacho quedó claro que Don Bosco no le ofrecía sólo instrucción y casa, sino sobre todo una oportunidad de crecimiento espiritual.

La expresión ha sido recogida en la liturgia: «*Suscita también en nosotros la misma caridad apostólica, que nos impulse a buscar la salvación de los hermanos para servirte a ti, único y sumo bien*».

Era justo que así fuese, dado que Don Bosco la había tenido como intención permanente en la fundación de las asociaciones: «*El fin de esta sociedad, si se atiende a sus miembros, no es más que una invitación a unirse en espíritu entre sí, impulsados por aquellas palabras de San Agustín: *divinorum divinissimum est in lucrum animarum operari**»⁶².

⁶¹ JUAN BOSCO, *Vida del joven Domingo Savio*, en *Obras Fundamentales*, BAC, Madrid 1979, p. 147.

⁶² MBe VII, p. 527.

Leemos en la historia: «El 26 de enero de 1854 por la noche nos reunimos en el aposento de Don Bosco y se nos propuso hacer, con la ayuda del Señor y de San Francisco de Sales, *una experiencia de ejercicio práctico de caridad...* Desde aquella noche se llamó Salesianos a los que se propusieron y se propongan tal ejercicio»⁶³.

Después de Don Bosco, todos los Rectores Mayores, como testigos autorizados, han reafirmado la misma convicción. Es interesante el hecho de que todos se han preocupado de repetirlo con una convergencia que no deja lugar a dudas.

Don Rua pudo afirmar en los procesos: «*Dejó que otros acumulasen tesoros... y corriesen tras los honores; Don Bosco no tuvo realmente en el corazón más que las almas: dijo con los hechos, no solamente con las palabras: Da mihi animas, caetera tolle.*

También Don Albera, que tuvo un prolongado contacto con Don Bosco, afirma: '*La idea que estimuló toda su vida fue la de trabajar por las almas hasta la total inmolación de sí mismo... Salvar las almas... fue, puede decirse, la única razón de su existencia*'⁶⁴. Más incisivamente, acaso porque apunta a las motivaciones profundas del obrar de Don Bosco, Don Felipe Rinaldi ve en su lema: *Da mihi animas*, el secreto de su amor, la fuerza, el ardor de su caridad.

Respecto al pensamiento actual, después de la reflexión sobre la vida salesiana a la luz del Concilio, así se expresa el Rector Mayor, Don Egidio Viganò: «*Mi con-*

⁶³ MBe V, p. 21.

⁶⁴ P. BROCARD, *Don Bosco, profundamente hombre, profundamente santo*, Editorial CCS, Madrid 1988, p. 103.

vicción es que no existe ninguna expresión sintética que califique mejor el espíritu salesiano que la que escogió el mismo Don Bosco: Da mihi animas, caetera tolle. Nos señala una ardiente unión con Dios que nos hace penetrar en el misterio de su vida trinitaria, manifestada históricamente en las misiones del Hijo y del Espíritu cual Amor infinito ad hominum salutem intentus»⁶⁵.

¿De dónde viene y qué significado preciso puede tener hoy esta expresión o lema? Digo hoy, cuando la palabra «alma» no expresa y no evoca lo que representaba en épocas precedentes.

La expresión se encuentra en Génesis, cap. 14. Cuatro reyes aliados hacen la guerra a otros cinco, entre los cuales está el de Sodoma. Durante el saqueo de la ciudad cae prisionero también Lot, sobrino de Abrahán, con su familia. Abrahán recibe la noticia. Parte con su tribu, después de haber armado a sus hombres. Derrota a los saqueadores, recupera el botín y rescata a las personas. Entonces el rey de Sodoma, agradecido, le dice: «*Dame las personas, lo demás para ti*». La presencia de Melquisedec, sacerdote de quien no se conoce su origen, da un particular sentido religioso y mesiánico al trozo bíblico, sobre todo por la bendición que pronuncia sobre Abrahán. Así, pues, una situación poco «espiritual». Pero en la petición del rey hay un elemento: la clara distinción entre personas y «lo demás», las cosas.

Don Bosco da a la expresión una interpretación personal, dentro de la visión religioso-cultural del siglo pasado. «*Alma*» indica el elemento espiritual del hombre,

⁶⁵ P. BROCARD, o.c., p. 104-105.

centro de su libertad y razón de su dignidad, espacio de su apertura a Dios.

El nexo de los dos significados, el bíblico y el que le dio Don Bosco, acercado a nuestra cultura indica opciones muy concretas.

En primer lugar, el amor, la caridad pastoral toma en consideración a la persona y se dirige a ella: a toda la persona; antes y, sobre todo, le interesa la persona, desarrollar sus recursos. Dar «cosas» viene después; el prestar un servicio está en función del crecimiento de la conciencia y del sentido de la propia dignidad.

Además, la caridad, que mira sobre todo a la persona, está guiada por una «visión» de ella. La persona no vive sólo de pan; tiene necesidades inmediatas, pero también aspiraciones infinitas. Desea bienes materiales, pero también valores espirituales. Según la expresión de Agustín, *«está hecha para Dios, sedienta de Él»*.

Por eso, la salvación, que la caridad pastoral busca y ofrece, es la plena y definitiva. Todo lo demás está ordenado a ella: la beneficencia a la educación; ésta, a la iniciación religiosa; la iniciación religiosa, a la vida de gracia y a la comunión con Dios.

En otras palabras, se puede decir que en nuestra educación o promoción damos la primacía a la dimensión religiosa. No por proselitismo, sino porque estamos convencidos de que ella constituye la fuente más profunda del crecimiento de la persona. En un tiempo de secularismo, esta orientación no es fácil realizarla.

La máxima contiene también una indicación de método: en la formación o regeneración de la persona hay que fortalecer y reavivar sus energías espirituales, su

conciencia moral, su apertura a Dios, el pensamiento de su destino eterno. La pedagogía de Don Bosco es una pedagogía del alma, de lo sobrenatural. Cuando se llega a tocar este punto, comienza el verdadero trabajo de educación. Lo demás es propedéutico o preparatorio.

Don Bosco lo afirma con claridad en la biografía de Miguel Magone. Éste pasa de la calle al Oratorio. Se siente contento y es, humanamente hablando, un buen muchacho: es espontáneo y sincero, juega, estudia, se hace amigos. Le falta una cosa: comprender la vida de gracia, la relación con Dios, y emprenderla. Es religiosamente ignorante o distraído. Tiene una crisis de llanto cuando se compara con los compañeros y nota que le falta esto. Entonces Don Bosco habla con él. Desde aquel momento comienza el camino educativo descrito en la biografía: de la toma de conciencia y de la asunción de la propia dimensión religioso-cristiana.

Hay, pues, una opción y una ascesis para quien actúa movido por la caridad pastoral: «*Caetera tolle*», «Deja todo lo demás». Se debe renunciar a muchas cosas para salvar la cosa principal; se pueden confiar a otros e incluso descuidar muchas otras actividades con tal de tener tiempo y disponibilidad para abrir a los jóvenes a Dios. Y esto no sólo en la vida personal, sino también en los programas y en las obras apostólicas.

«Quien recorre la vida de Don Bosco, siguiendo sus esquemas mentales y explorando las huellas de su pensamiento encuentra una matriz: la salvación en la Iglesia católica, única depositaria de los medios de salvación. Él siente cómo el desafío de la juventud abandonada, pobre, vagabunda, despierta en él la urgencia educativa de promover la inserción de estos jóvenes en el mundo y en la Iglesia

mediante métodos de dulzura y caridad; pero con una tensión que tiene su origen en el deseo de la salvación eterna del joven»⁶⁶.

3. Las expresiones de la caridad pastoral

La caridad pastoral tiene sus expresiones originales como las tiene la caridad fraterna, o la que se practica atendiendo a los enfermos terminales. Puede manifestarse en impulsos espontáneos y generosos. Pero lo más común es que debe comprometerse a largo plazo en una obra paciente y cotidiana para hacer crecer a las personas y animar a las comunidades.

Más bien que una actitud de bondad o algún gesto de simpatía, es una praxis: una forma constante de obrar con competencia en un ámbito, semejante a la praxis política, social, médica. Todas comportan una acción coherente, pensada y planeada. Esto requiere de nosotros algunas actitudes y algunas capacidades permanentes. Y es esto lo que acaba por modelar la fisonomía espiritual de la persona.

La caridad pastoral requiere de nosotros, en primer lugar, un «corazón» pastoral: el deseo, el arrojo, el deseo de trabajar, el hallar gusto en las empresas pastorales, el estar dispuesto, el darse como quien goza, el considerar proporcionadas todas las fatigas, el sentirse atraído por los que tienen mayor necesidad, el superar fácilmente pequeñas frustraciones, el no desertar, el hacer frente a peligros y dificultades como si fuesen cosas de nada. Su

⁶⁶ P. STELLA, *Don Bosco nella storia della religiosità cattolica*, vol. II, PAS-VERLAG, Zürich, 1969, p. 13.

opuesto es la indiferencia, la pereza pastoral, el andar hacia los momentos y deberes pastorales como hacia un sufrimiento o una obligación que hay que despachar con la mayor rapidez posible.

Pero, además del «corazón», dicha caridad exige y desarrolla el sentido pastoral. El sentido pastoral es como el sentido artístico o de los negocios. Es casi una intuición, un modo de colocarse rápidamente frente a una situación. Visitando nuestras obras escolares u oratorianas, se percibe en seguida si la comunidad tiene el «sentido» pastoral de la orientación de las actividades y el tono de las relaciones: en algunas aparece, en primer plano, el sentido económico, el organizativo o el disciplinar.

Ese sentido pastoral consiste en saber juzgar las cosas desde el punto de vista de la salvación de la persona; en orientarse bien en la lectura de los acontecimientos, en tener criterios, claves o puntos de referencia válidos para pensar y plantear una actividad, de tal modo que las personas crezcan humanamente y logren hacerse conscientes de la presencia de Dios Padre en su existencia.

Hay, además, la capacidad pastoral: es una preparación profesional específica, que la caridad pastoral requiere, por la que hemos aprendido y nos perfeccionamos en el motivar, instruir, santificar y animar. Nos hacemos capaces de comprender un contexto, de elaborar un proyecto que responda a sus urgencias y de realizarlo, teniendo en cuenta también el elemento invisible e imponderable que existe siempre en el trabajo pastoral.

Por último, hace falta añadir también la creatividad pastoral: es la actitud mental y práctica que lleva a encontrar soluciones originales a problemas y situaciones nuevas. Don Bosco concibió un proyecto para los mucha-

chos de la calle, mientras las parroquias seguían con el catecismo «regular». En seguida, cuando se dio cuenta de que los muchachos no estaban preparados para el trabajo, ni protegidos en él, pensó en una solución «pequeña» y «casera» que luego fue creando: los contratos de trabajo, los talleres, las escuelas profesionales. Y así para otras necesidades, como la casa, la instrucción.

Don Ceria indica este rasgo como característico del espíritu salesiano: *«El primer rasgo, el que salta más a la vista de todos es una prodigiosa actividad tanto colectiva como individual»*⁶⁷. El mismo rasgo ha sido recogido en las Constituciones: *«La caridad pastoral... caracterizada por aquel dinamismo juvenil que tan fuerte aparecía en nuestro Fundador y en los orígenes de nuestra Sociedad»*⁶⁸.

4. Líneas de reflexión

A modo de síntesis tomamos lo que ha sido la pauta de nuestra reflexión.

- La nuestra es una espiritualidad apostólica: se expresa y crece en el trabajo pastoral.
- A fin de que el apostolado constituya «espiritualidad» y no sea consumo de energías, con posible desgaste, debe tener un alma: es la caridad. Ésta da facilidad, confianza, alegría en el trabajo pastoral.
- La caridad realiza la unidad en la vida del salesiano. Compone las tensiones que surgen entre acción

⁶⁷ E. CERIA, *Annali della Società Salesiana*, vol. I, SEI, Turín 1941, LXVII, p. 722.

⁶⁸ *Const. SDB* 10 y 19.

y oración, entre vida comunitaria y misión, entre educación y pastoral, entre profesionalidad y apostolado.

- Todo el esfuerzo de nuestra vida espiritual consiste en reavivarla, purificarla, intensificarla: *Ama et fac quod vis.*

IV. LA COMUNIDAD: LUGAR, SIGNO Y ESCUELA DE LA ESPIRITUALIDAD SALESIANA

1. Urgencia de una vida «fraterna»

El lugar de nuestra experiencia de consagrados y de nuestro compromiso cotidiano de educadores es la Comunidad: la religiosa, la educativa y la humana más amplia a la que dedicamos nuestros cuidados. Cuando funciona la comunidad, todo lo demás funciona. Cuando nos hemos «educado» para la comunidad y en la comunidad, el beneficio repercute en la consagración y en la misión.

La Exhortación Apostólica *«Vita Consecrata»* dedica a la fraternidad y a la vida de comunidad la segunda de sus tres partes y hace ver su carácter indispensable. *«La vida fraterna tiene un papel fundamental en el camino espiritual de las personas consagradas, sea para su renovación constante, sea para el cumplimiento de su misión en el mundo. Exhorto, por tanto, a los consagrados y consagradas a cultivarla con tesón. Siguiendo el ejemplo de los primeros cristianos de Jerusalén, que eran asiduos en la escucha de las enseñanzas de los Apóstoles, en la oración común, en la participación en la Eucaristía, y en el compartir los bienes de la naturaleza y de la gracia (cf. Hch 2,42-47)»*⁶⁹.

⁶⁹ JUAN PABLO II, *Vita Consecrata* 45.

Todas las formas de vida religiosa, pues, tienen en la comunidad un elemento indispensable. Pero cada una la realiza de forma propia y diversa. Se dice que las diversas formas de comunidad se inspiran en tres modelos evangélicos.

- ❑ El primer modelo es **Nazaret, la Sagrada Familia**: el acento va colocado sobre las relaciones recíprocas de amor, intensas, basadas en el sentido de Dios, como las que se daban entre María, José y Jesús.
- ❑ El segundo es la **comunidad de los creyentes**, la descrita en los Hechos de los Apóstoles⁷⁰: se acentúan la oración común, el poner todo en común, el testimonio de los valores evangélicos.
- ❑ El tercer modelo es la **comunidad de Jesús con los apóstoles**: subraya el estar con Jesús predicador del Reino y el servicio con Él a la gente.

Nuestra vida comunitaria se inspira, sobre todo, en el modelo vivido por Jesús con los apóstoles: es una comunidad para el Reino, para el Evangelio, para el servicio a la gente.

La misión, en efecto, da a toda nuestra vida su tono concreto y su orientación. Las nuestras son comunidades en misión y para la misión, sin minimizar por ello ningún aspecto de la fraternidad. Si cayese el sentido de la misión, en nuestro caso, la misma fraternidad perdería brillo y fuerza.

Por otra parte, no es la nuestra una misión de tipo de inserción individual, según la cual se vuelve a la comunidad sólo para rezar y descansar, o cada cierto tiempo, si-

⁷⁰ Cf. Hch 2,44-47; 4,32-35.

no que se comparte la vida: «*vivir y trabajar juntos es para nosotros una exigencia de nuestra vocación*»⁷¹. La misión salesiana es comunitaria por su naturaleza. Las Constituciones lo dicen con gran claridad, con la fuerza de una definición: «*es confiada a la comunidad*»⁷².

Esto porque la metodología misma del Sistema Preventivo requiere un ambiente de familia y, por lo mismo, una red de relaciones. Nosotros no somos preceptores de individuos particulares, ni educadores aislados: obramos en y a través de una comunidad y tratamos de crear ambientes juveniles amplios.

También el conjunto de los contenidos y de las experiencias que el Sistema Preventivo reconoce como adecuados al crecimiento humano y de la fe, requiere una sinergia convergente de intervenciones que no pueden ser realizadas por una sola persona.

Añadamos todavía que los jóvenes deben ser guiados a la madurez en las relaciones y a la vida social con todo lo que ésta implica, y que el camino de fe que proponemos tiene como objetivo el llevar a los jóvenes hacia una experiencia de Iglesia y, por tanto, de comunidad cristiana, que debe ser vivida según sus dimensiones características.

Los dos últimos Capítulos Generales han formulado una serie de propuestas interesantes, que se refieren a la educación de los jóvenes en la fe y a la comunicación del espíritu salesiano a los seculares. Suponen la realización de otras orientaciones igualmente interesantes: la formación de la comunidad educativo-pastoral, la animación

⁷¹ *Const. SDB* 49.

⁷² *Ibid.* 44.

de ésta por parte del grupo de salesianos, un proyecto educativo pastoral que ponga en el centro el crecimiento de los jóvenes en la fe.

Leyendo con atención estas orientaciones se descubre que su realización se apoya en un factor que se supone sólido y funcional: la comunidad salesiana.

La comunidad está llamada a leer los desafíos que vienen de los jóvenes. A la comunidad se le pide pensar el camino que se debe proponer para que su fe madure. La comunidad debería vivir y comunicar una espiritualidad, sin la cual serían inútiles los esfuerzos para poner a los jóvenes en contacto con el misterio de Jesús y los propósitos para reunir a los seglares.

La comunidad es omnipresente en las propuestas, aunque no siempre constituye explícitamente el tema del diálogo. Se le habla a ella, más que de ella.

¿A qué comunidad se refiere el texto: a la comunidad local, a la inspectorial, a la mundial? Se habla de los tres niveles, que obran juntos y de manera intercomunicante, como indican los artículos 58 y 59 de las Constituciones.

Pero examinando mejor las deliberaciones, se ve que el punto focal, aquel del que se parte y al que se vuelve, es la comunidad local y la inspectorial. A la comunidad local se le confían las funciones más numerosas y más determinantes. A la inspectorial le compete asegurar las condiciones para que las comunidades locales funcionen, proyectar la misión en el territorio, animar, apoyando, estimulando y creando un círculo de comunicación enriquecedor entre las comunidades locales.

La preocupación central no es la salud o la actualización del organismo total de la Congregación, como cuan-

do se discutió sobre la naturaleza de la misión salesiana, sobre la vida religiosa, o sobre las estructuras de gobierno. Lo que se enfoca seriamente hoy es la capacidad de reacción, la vitalidad de lo que podemos llamar las células y los órganos de este gran cuerpo: las comunidades locales y, en función de ellas, las inspectoriales.

No es difícil comprender las razones de todo esto. Son esas comunidades las que están en contacto con los jóvenes y con la gente. Son ellas las que sienten en la propia carne las dificultades para ayudarlos a hacer un camino de fe. Son ellas las que deben pensar con qué iniciativas deben responder. En la comunidad local, pues, se pueden probar las indicaciones operativas y valorar si son válidas y practicables en nuestras condiciones actuales.

Hay otra razón. Sólo comprometiendo a las comunidades locales se puede comprometer a todos, o al menos al mayor número de hermanos, en el esfuerzo de repensar una pedagogía de la fe y una nueva dinámica comunitaria. Se sabe que, a niveles inspectoriales y mundiales, son pocos los hermanos comprometidos, aunque sus iniciativas puedan ser de gran importancia e incidencia.

2. La comunidad fraterna hoy

En los últimos tiempos se ha reflexionado mucho sobre la comunidad consagrada, a dos niveles:

- la evolución interna, es decir, las nuevas exigencias, condiciones de vida y posibilidad de expresión que se manifiestan en la comunidad como consecuencia de la cultura en que se vive, de la renovación eclesial y de las actuales sensibilidades de la persona;

- la extensión de la comunión hacia fuera: es una nueva dimensión muy subrayada hoy, después de la profundización de la Iglesia como misterio de comunión.

El primer aspecto lo desarrolla extensamente el documento «*La vida fraterna en comunidad*», de 1994. Al segundo dedica muchos números la Exhortación Apostólica *Vita Consecrata*.

En la presente reflexión haremos algunas consideraciones relativas al primer aspecto.

El análisis de la vida interna de la comunidad religiosa hoy no es simple. Son muchos los aspectos que hay que considerar atentamente y resolverlos con criterios de fe, pero también de forma practicable: el servicio de la autoridad, la correspondencia y participación, las relaciones interpersonales, la relación vida-trabajo o comunidad religiosa-gestión de la obra, el equilibrio entre proyecto comunitario y carisma personal, el ámbito de la *privacy*, la comunicación entre las generaciones.

No es fácil afrontarlos todos en una sola conversación, porque requieren profundizaciones diferenciadas. Por otra parte, para desarrollarlos con madurez no basta un estudio teórico. En la comunidad se entremezclan personas muy diversas. A veces el «grupo» debe encontrar el propio equilibrio en un proceso de reflexión común, más bien que en consejos generales. Se requieren actitudes generosas y esfuerzos pacientes, por los cuales quien tiene, sabe o puede más, suple, a veces, limitaciones inevitables de otros: es el esfuerzo del amor que se adecua, acompaña, es paciente, ofrece posibilidades, espera el momento personal favorable, orienta. Los conocimientos humanos y los acercamientos religiosos son

útiles, pero no todos se pueden considerar soluciones de aplicación general. La profesión de amor fraterno está en la base de todo.

Algunos cambios han modificado ciertamente la vida de la comunidad y lo harán en el futuro.

En primer lugar, *la composición* : disminuye el número de hermanos o hermanas por comunidad y en algunos casos se está llegando al límite. Además de tratarse de un número exiguo, los hermanos pertenecen, muchas veces, a diversas generaciones; es más, a veces, es preponderante la presencia de personas más bien entradas en años. Esto, obviamente, no es malo, sobre todo si se vive en forma positiva: como posibilidad de mayor responsabilidad para cada uno, por lo que se refiere al número reducido; y como testimonio de afecto y de solidaridad entre las generaciones en una vida vivida según el carisma, en el caso de la presencia preponderante de los ancianos. Ciertamente esta composición requiere nueva capacidad de relaciones y actitudes particulares.

Un segundo cambio se refiere a la *relación entre comunidad y obra apostólica*. Ahora no se tiene ya la responsabilidad exclusiva de la obra, ni carga sobre los hombros de todos los miembros de la comunidad religiosa la responsabilidad de la obra; cada vez con mayor frecuencia hay algunos o muchos comprometidos y otros que disfrutan ya de descanso. Se siente la desproporción entre personal religioso y dimensión de la obra. Ésta había sido construida cuando se disponía de muchos hermanos. Hay, por consecuencia, abundante intercambio entre religiosos, aún activos, y seculares que cubren responsabilidades en las obras y, en muchos casos, sobrecargados de funciones que alejan de la comunidad a los hermanos.

Un tercer cambio es la *mayor inserción* de la comunidad en la dinámica de la Iglesia y una mayor apertura al contexto. La vida consagrada es vista no como un «retirarse», sino como un integrarse con una aportación y para una misión. Por consiguiente, hay un multiplicarse de relaciones e intercambios con el mundo de fuera. El tiempo para la comunidad es menor y la comunidad está menos recogida y protegida, más penetrada por la complejidad de la vida y por los estímulos del ambiente.

Pero el cambio más importante que ha tenido lugar se refiere al *paso de la insistencia sobre la vida en común, a aquella sobre la vida fraterna en comunidad*.

Pienso que los dos términos, vida común y vida fraterna en comunidad, dan inmediatamente la idea y se distingue fácilmente su diversidad. Vida en común quiere decir hacer las mismas cosas al mismo tiempo (reunirse, rezar, comer, trabajar, etc.). Para la vida común era importante el «todos juntos»: a la misma hora y en el mismo lugar. Vida fraterna en comunidad quiere decir acogida de cada persona en su legítima originalidad, calidad de las relaciones interpersonales, participación activa de todos en la vida del grupo. Hoy miramos más a la unión de las personas, a la fraternidad de las relaciones, a la ayuda y apoyo recíproco, a la convergencia de los proyectos. Esto corresponde a la condición cultural y a la nueva conciencia de las personas, que requiere reconocimiento, valoración y función activa.

El documento *La vida fraterna en comunidad* habla de la evolución que ha tenido lugar en el primer momento de la renovación conciliar: demasiada apertura a la espontaneidad y a la improvisación.

Después de haber descrito esta evolución, afirma que hay que encontrar un equilibrio: no mera comunión de espíritus, de modo que se desvaloricen las manifestaciones de la vida común; no tanta insistencia legal sobre la vida común, hasta poner en segundo orden los aspectos más sustanciales de la fraternidad en Cristo: «*Amaos los unos a los otros. En esto conocerán que sois mis discípulos*»⁷³.

Así pues, las dos cosas deben ir equilibradas, ordenadas: las instrumentales a las principales. «*Es claro que la 'vida fraterna' no se realizará automáticamente por la observancia de las normas que regulan la vida común; pero es evidente que la vida común tiene la finalidad de favorecer intensamente la vida fraterna*»⁷⁴.

Nuestras Constituciones nos ayudan a comprender y a realizar este equilibrio. Nos dicen que tenemos momentos en común: pero éstos tienden a crear entre nosotros una relación madura, abierta a la comunicación, colaboración, participación, a la acogida de las personas tales y como son.

La buena ordenación y el equilibrio de los dos elementos realiza el deseo y la exigencia de formar comunidades nuevas según la medida de las condiciones y aspiraciones de la persona, como piensan las FMA, al afirmar que las nuevas comunidades, sean pequeñas, medianas o grandes, si deben animar obras tradicionales, o si están insertas de forma más viva entre la gente, deben procurar ser capaces de ayudar a las personas a crecer humana y religiosamente, y de expresar con mayor trans-

⁷³ Jn 13,34-35.

⁷⁴ CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CON-SAGRADA Y PARA LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA, 1994, *La vida fraterna en comunidad*, n. 3.

parencia lo que creen y comunican, manifestando también valores religiosos y siendo aptas para suscitar el deseo de pertenecer a ellas, es decir comunidades con capacidades vocacionales.

Esto, como hemos dicho, brota de una visión de fe. Nosotros estamos convencidos de que los hermanos reunidos en el nombre del Señor gozan de su presencia: «*Donde dos o tres se hallan reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*»⁷⁵. Igualmente estamos convencidos de que vivir como hermanos en el nombre del Señor es el secreto de la eficacia en la evangelización.

Además de la visión de fe, que debe ser siempre profundizada, el querer formar una verdadera familia entre adultos tiene necesidad de una nueva forma de concebir y realizar las relaciones personales: encontrar las bases sobre las cuales plantearlas, las formas de renovarlas antes de que se desgasten definitivamente, y de hacerlas satisfactorias para cada uno.

Teniendo cuenta del tiempo a disposición para esta reflexión, creo que los *dos términos* son *urgentes* en la vida fraterna: el de las relaciones y el de la comunicación. Son como grandes energías de comunidad que recogen a su alrededor y hacen posibles otras a las que damos gran importancia, como la corresponsabilidad, la programación, el discernimiento y cosas semejantes.

3.1. Relaciones interpersonales

Las relaciones interpersonales son una de las pruebas o parámetros de la madurez de la persona; tal vez, inclu-

⁷⁵ Mt 18,20.

so, el principal indicador donde se reflejan las cualidades y los límites de las personas. Por eso, hoy dedicamos una atención particular a ellas en la formación; y no sólo bajo el punto de vista formal, sino mirando al aspecto sustancial e interior. De ellas dependen en gran parte para una persona la posibilidad de vida serena con los hermanos y también la de una acción pastoral fecunda.

La *Optatam Totius*, hablando de los candidatos al sacerdocio, dice que se debe exigir en ellos una cierta madurez humana⁷⁶. Y enuncia los rasgos o señales.

- ❑ Entre ellos se coloca en primer lugar la *estabilidad de espíritu*, que da seguridad frente a los cambios o variaciones imprevistas e inmotivadas, en el humor, en las orientaciones, en las convicciones y proyectos de vida, en los criterios de valoración. Experiencias de personas inestables las hemos tenido todos, particularmente entre adolescentes. Y esto, o sea, el hecho de que abunden entre adolescentes, quiere decir algo.
- ❑ Se habla luego de la *capacidad para juzgar* con prudencia acontecimientos y personas: la madurez del juicio que sabe tener en cuenta todos los aspectos de una cuestión según su importancia, se pone en guardia contra el excesivo influjo de la propia subjetividad y evita ser precipitado; sobre todo, se coloca en la perspectiva del bien de las personas, del amor y del Reino.
- ❑ En tercer lugar se citan *las relaciones*: la aptitud para establecer relaciones profundas y oblativas; capacidad de duración, de valoración de las personas, es decir, de generosidad desinteresada y abierta al bien del otro, fundadas en motivaciones no egoístas.

⁷⁶ Cf. *Optatam Totius*, n. 11.

Sobre estas relaciones hay algunas especificaciones que no se deben perder. Se habla, en efecto, de:

- *relaciones duraderas y fieles*, capaces de superar también las pruebas. Éstas en las relaciones se dan siempre. Las tienen también las parejas. Nosotros, como pastores y consejeros, a menudo hemos debido advertirles que después de un tiempo feliz surgen también las dificultades; que hay que aprender a superar el cansancio, la rutina; que las relaciones hay que reavivarlas y renovarlas porque se desgastan y se agotan. Las pruebas suceden también entre los amigos. Hemos visto tantas veces a muchachos y muchachas que fueron amiguísimos durante cierto tiempo, volverse después recíprocamente antipáticos o antagonistas. Hay que aprender a estar dispuestos a superarlas. Como en el amor, el primer impulso puede ser de simpatía espontánea. La fidelidad, en cambio, es virtud.
- Pero se insiste en que sean *interiores y profundas*, no sólo funcionales para el trabajo, sino capaces de madurar en amistades. No tenemos amistad con todos. Aun dentro de la fraternidad religiosa, la afinidad de puntos de vista y, más en general, la incomprensible dimensión de la afectividad, que es la legítima simpatía, conducen a diversos grados de amistad. Esta situación, es decir, que somos hermanos de todos y «amigos» de quien nos es posible, se acepta sin escándalo, como algo que ayuda a la persona y a la comunidad. Dos artículos de las Constituciones de los SDB⁷⁷ dicen que la fraternidad debe ser capaz de dejar espacio a la amistad abierta a todos, que se expresa luego en grados y medidas diversos según los temperamen-

⁷⁷ Cf. *Const.* SDB 51 y 110.

tos, antecedentes, afinidades, circunstancias de colaboración o trabajo juntos, experiencias espirituales compartidas.

Es una valoración corriente entre los observadores de grupos y comunidades que la mayor parte de las dificultades internas que parecen ser de trabajo o de ideas, en el fondo son problemas de relación interpersonal, que tienen el trabajo o las ideas como campo de choque. Se trata de personalidades que tienden a imponerse, a centrar todo en sí mismas; por otra parte está el que se siente nada, o poco, reconocido o valorado. Y esto no siempre lo advierten los interesados. Con pocas palabras se dice «relaciones mal planteadas» entre los individuos y entre el individuo y el grupo.

Por ejemplo, para hablar de hechos concretos: a veces hay esperanzas logradas y luego frustradas; puede tenerlas quien llega a la comunidad con ciertas previsiones y promesas y luego constata con amargura que la comunidad no responde a tales esperanzas, acaso porque eran excesivas por parte de quien se inserta en la comunidad.

Hay también esperanzas de la comunidad, o en ella de personas particulares respecto de quien viene; y aun en este caso las cosas luego no siempre van como se esperaba. Un director piensa que quien llega podría servirle para algún objetivo particular, o también de apoyo en la animación de la comunidad; en cambio, puede suceder que el recién llegado no logre encontrarse bien en aquello para lo que se esperaba de él.

No hay que olvidar, además, la fuerza de la primera impresión, que puede crear dificultades si no es relativizada, reajustada y superada. Hay en las comunidades, a veces, bloques ya formados que no facilitan el ingreso de

un nuevo miembro. Quien entra allí debe adaptarse y acaso encuadrarse necesariamente en una cierta mentalidad, en una cierta forma de obrar y en un cierto estilo de relaciones. Hay en estos grupos la tendencia a defenderse y a condicionar. Y es tanto más dificultoso cuanto los que forman el grupo se presentan como personas dignas de respeto por su edad, ciencia o función. Esto se nota luego en el diálogo, en la vida cotidiana y hasta en las asambleas o reuniones comunitarias.

Puede haber también, por parte de quien sufre el condicionamiento, el propósito de no abrirse: «¡Yo me encierro en mí, no me expongo!». Todo esto no siempre comporta culpabilidad subjetiva. A veces, quien se pone en determinadas actitudes lo hace por motivo de «conciencia». Es más bien el conjunto humano, de las personas, lo que se le escapa; es decir, no comprende qué significa objetivamente semejante actitud para él mismo, para el otro y para el grupo.

Relaciones mal planteadas, decía. Añado: no resueltas positivamente en ocasión de conflictos. Por ejemplo, cuando por cualquier causa la persona cree haber sufrido una falta de atención, o no se ha sentido escuchada y comprendida, o quien le ha hablado no ha sido claro acerca de las cosas sobre las que se esperaba claridad, o no lo ha apoyado, o no ha dado suficiente espacio de tiempo a la maduración de su decisión.

Todas ellas son causa de situaciones conflictivas, declaradas o silenciadas, resueltas o removidas. Pueden suceder a todos, incluso a los más incapaces de provocarlas, o más dispuestos a evitarlas. En todo caso, la relación debe recomponerse si se quiere una solución conforme a la Palabra del Señor.

Lo he experimentado muchas veces como Vicario. Debiendo tratar, efectivamente, situaciones muy difíciles, frente a una persona encerrada en sus propias posiciones y razones, debía armarme de mucha calma y darle posibilidad de exponer, de divagar, de volver sobre el tema; se necesita tiempo para lograr decir a otro la verdad de ciertas cosas, pero más aún para esclarecerlas a sí mismo y para deshacer por sí mismo las argumentaciones construidas sólo para defenderse. Se debe entonces, con calma, estimular actitudes críticas; y trasladar el discurso a otro momento posterior.

Los conflictos no bien resueltos o no solucionados oportunamente, a los que no ha seguido la reconciliación (volver a empezar, explicarse, devolver confianza o, si la situación lo aconseja, llegar al humorismo), actúan dentro de la persona, bloqueando el proceso de maduración y creando dificultades en la misma entrega serena y alegre a la misión y a Dios. La tristeza y el malestar son dañinos en todo sentido.

Las amarguras interiores desgastan; por eso, un gran ministerio de caridad es ayudar a disolverlas, a clarificar las causas, a asumirlas como límites personales y a afrontarlas con calma, sin permanecer fijos en ellas. ¡Cuántos hermanos y hermanas encontramos inamovibles en un conflicto sufrido y no resuelto! La reconciliación es verdaderamente señal de prudencia y fuente de paz.

Por otra parte, nadie puede esperar (¡esto vale para todos!) que no tiene otra cosa que hacer que recibirlo todo de la comunidad, como si ésta estuviese perfectamente hecha antes o independientemente de él y se le ofreciese como un nido cálido ya preparado. La comunidad es el resultado, además de la gracia de Dios, de los esfuerzos de todos para crear un clima y una red de rela-

ciones. Quien se echa atrás o se queda fuera, permanece privado de los bienes que circulan en la comunidad.

Probablemente cada uno obtiene de la comunidad una respuesta conforme a los «signos» que ha dado. Si da, recibe; si se demuestra deseoso de ayuda, es sostenido; si hace esfuerzos por integrarse, viene acogido. ¡Y lo contrario!

La línea, por consiguiente, es ésta: educar a cada uno continuamente y por diversos caminos para la vida de relación, también con una palabra, un apoyo, una muestra de animación.

Al mismo tiempo, hay que suplir las carencias que algunos muestran, con una mayor capacidad de donación por nuestra parte, yendo a su encuentro, buscando muchas ocasiones con quien no se muestra disponible. En las comunidades hay muchas veces límites de comunicación, timideces, excesivo respeto, que frenan la familiaridad. Benditos los hermanos o las hermanas que, frente a este límite, están dispuestos a poner de su parte un poco más de conversación, de alegría, de cercanía, con el fin de que el nivel de la vida de la comunidad, en lo que se refiere al afecto recíproco y al ambiente familiar, no se rebaje.

Es necesario, además, animar las relaciones. Es un aspecto de la «caridad» del director y del inspector con la que ellos construyen la unión de la comunidad. También los que tienen dificultades logran superarse y crecen, si se les ofrecen oportunidades y facilidades para expresarse sin ansiedad por su parte y sin condenas por parte de los demás.

Las Actas del CG24 de los SDB hablan de una espiritualidad relacional⁷⁸; espiritualidad, es decir, una caridad

⁷⁸ Cf. CG24, nn. 91-93.

que presta atención, se preocupa, se hace capaz y disponible en el crear, subsanar, restablecer y multiplicar las relaciones. Es «pastoral» dicha caridad, cuando se ejercita en el ministerio de dirigir y orientar una comunidad eclesial.

3.2. La comunicación

Unida a la cuestión de las relaciones, está la de la comunicación: la disposición y la capacidad de comunicar y de comunicarse. No nos referimos a la expresiva, profesional o teatral de las estrellas de la TV; sino a aquella otra más de cada día, por la que ofrecemos con facilidad nuestra experiencia y recibimos la de los que viven con nosotros.

Valorarla en su justa medida, conocer sus leyes y sus dificultades, sin caer en tecnicismos, es importante para todos, pero, de modo particular, para los que deben crearle una plataforma adecuada. Ésta requiere:

- ❑ trazar las *direcciones* según las cuales debe fluir la comunicación que interesa: no sólo en vertical de quien tiene autoridad para con los otros y de éstos hacia él; sino circular y multidireccional, es decir, entre todos;
- ❑ asegurar una generosa *distribución* de las «funciones» activas en la comunicación: que no sean sólo algunos los que elaboran la comunicación y los otros sólo «destinatarios» aunque complacientes;
- ❑ encaminar hacia un *nivel* satisfactorio de comunicación: ¿qué argumentos comunicamos?, ¿hasta qué punto comprometemos nuestra persona en la comunicación?

Forman parte de la comunicación el diálogo abierto, la confrontación libre y serena en momentos estableci-

dos, la comunicación espontánea de sentimientos, ideas, proyectos y preferencias, la coordinación fluida de las corresponsabilidades, las evaluaciones comunes, el coloquio personal buscado, el diálogo espiritual.

Se advierte en seguida que los niveles de la comunicación son diversos.

- Hay un nivel que es de valor negativo, es decir bajo cero: es la ausencia, la *incomunicación* que puede llegar a una agresividad silenciosa: consiste en el olvido de la existencia del otro, aunque viva bajo el mismo techo y coma en la misma mesa: «¡Tú para mí como si no existieses!». Alguna vez lo hemos escuchado de labios de un hermano airado o enojado diciendo que no discutirá, que no volverá a tratar de ponerse de acuerdo ni de reconciliarse; se comportará con el hermano como si viviesen en dos mundos diversos. A menudo sucede sin declaración previa: negar la palabra, rehuir, limitarse a responder. Hay también una incomunicación menos dramática, aceptada, benévola. Pensad en tantas situaciones familiares de hoy, donde se vive, donde no hay agresiones, ni se interfiere en las ideas, gustos y proyectos; pero no se tiene ni siquiera la intención de poner en común lo que preocupa. La incomunicación, lo sabéis, es una de las taras de la era de la comunicación de masas. Se da incluso la contradicción de que los comunicadores de masas padecen incomunicación personal. Algún suicidio, algún «derrumbamiento» de personajes famosos lo demuestran.
- Hay, luego, un nivel de mínima positividad, sobre cero: es la *comunicación superficial*. Se habla de las cosas más banales, indiferentes o lejanas, como para no

permanecer callados; es siempre mejor que el silencio y la incomunicación, porque al menos se quiere estar juntos, en paz, no ser «descorteses», mantener alegre la compañía: se comentan el tiempo, los acontecimientos difundidos por la TV, personajes, deportes. Es una plataforma aceptable para una buena vecindad, al menos un primer paso. Pero vosotros sabéis que de estas cosas hablamos también con un «extraño», que se sienta a nuestro lado en el tren o en el avión.

- ❑ Entre nosotros se da, y podemos a veces no ir más allá, una *comunicación funcional* del trabajo: cómo lo hacemos, cómo conviene mejorarlo, distribuir tiempos, funciones, deberes. Es signo de corresponsabilidad y, en general, reviste una forma correcta. Pero hay el peligro de que acabe ahí nuestra relación con los hermanos y los jóvenes. Una de las correcciones más recurrentes sugeridas a las comunidades es que no se consideren a sí mismas, ni se dejen ver desde fuera, sólo como «equipos de trabajo».
- ❑ En el nivel más alto se coloca la *comunicación personal*, en la que compartimos la experiencia de nuestra vocación. Nos intercambiamos valoraciones, exigencias, intuiciones que se refieren a nuestra vida en Cristo y a nuestra forma de comprender el carisma. Es a lo que nos llama tantas veces la revisión de vida, la evaluación de nuestra comunidad, el intercambio en la oración, el discernimiento sobre proyectos o sucesos.

La actualidad ha hecho más necesaria la comunicación en las comunidades religiosas y ha modificado los criterios y las modalidades. La complejidad de la vida re-

quiere que nos confrontemos sobre tendencias, criterios y sucesos de familia y sobre hechos externos a ella: o logramos comprenderlos e interpretarlos, o nos quedamos para siempre fuera de la vida y del movimiento del mundo.

Por esto, hace falta crear la costumbre de valorar y de elaborar criterios comunes de valoración. A menudo esto requiere un camino que comporta ensayos y pruebas. Debemos estar dispuestos a expresarnos con sencillez, a mostrarnos siempre prontos a modificar juicios y posturas, aunque sólo sea en función de la convergencia fraterna y operativa: el hecho de aceptar un punto medio equilibrado es siempre una ayuda para la comunidad, mientras no queden perjudicados valores esenciales.

La comunicación es necesaria también a causa del pluralismo positivo de puntos de vista y de dones que hay en la comunidad: hay riquezas de inteligencia, de espíritu, de fantasía, de competencias prácticas que comunicar. Además, los temas sobre los cuales hay que comunicar con provecho para la vida consagrada son muchos: el proyecto apostólico, la experiencia espiritual, los desafíos de la misión, las orientaciones de las Congregaciones, las tendencias de la Iglesia.

La comunicación requiere *aprendizaje, práctica y también animación*. Decimos aprendizaje espiritual más que técnico. Cuando se comunica a ciertos niveles nos exponemos. Mi experiencia me dice que no todos tienen el valor de exponerse. Piensan: «*¡Quién sabe si yo hablo bien, si mis ideas serán aceptadas, si quedaré bien o mal, si me etiquetarán para siempre!*». Hace falta aprendizaje también para recibir la comunicación, sin prejuizar a la persona, sin colocarla en una posición definitiva sobre la base de lo que ha expresado.

Hay, además, un cierto pudor que superar, por el que no queremos hablar de nosotros; hay también la confianza en el otro que debe ser consolidada, que me asegura que él acogerá con madurez y positivamente lo que yo digo.

Además del aprendizaje se requiere práctica. La capacidad de comunicación, descuidada, se oxida. Se pierde el gusto y el entrenamiento. La práctica lleva a la comprensión de los diversos lenguajes adecuados a las situaciones, que van desde el silencio y los gestos, hasta la palabra escrita. Y todo ello inspirado en la caridad y no en el cálculo técnico. Recordad a Don Bosco, poniendo la mano sobre la cabeza, sonriendo, mirando, diciendo una palabra al oído, dando unas «buenas noches», discutiendo. Hasta la cara se modifica. *«A una cierta edad somos responsables de ello»*, decía un humorista. *«Aprende a sonreír»*, aconsejaban algunos de nuestros directores. Es el esfuerzo, tan típico del Sistema Preventivo, para hacer expresivo el afecto, liberarlo de una actitud genérica, o encerrada en una fría interioridad.

Hace falta, por tanto, aprendizaje y práctica por parte de cada uno, pero se requiere también animación por parte de quien dirige para crear el clima adecuado a una comunicación serena y desenvuelta. Dar oportunidad de comunicar; tener un estilo de dirección por el que es fácil expresar opiniones, pedir y provocar tales opiniones, gozar de la multiplicidad de las aportaciones, hacer comprender que la persona no será juzgada por lo que dice en un momento de confrontación.. Que no haya el temor de que si se manifiesta una idea o se expresa un parecer no grato sobre el trabajo o sobre la comunidad, o sobre la Congregación, resulte que esto se recuerde después, mientras con frecuencia es sencillamente un paso en el diálogo, una impresión que se quiere revisar.

Muchas veces yo mismo me siento movido a clarificarlo expresamente: «Esto que estoy diciendo —subrayo— es un pensamiento provisional que estoy tratando de elaborar; si vosotros tenéis otras perspectivas, decidlas; así, juntos, lo maduramos».

Un estilo de dirección, pues, se precisa; es también un ensanchamiento de la tolerancia, de la receptividad. Debemos habituarnos a escuchar ideas y perspectivas inesperadas e insólitas.

Os leo un texto para ayudaros a pensar: *«Algunas comunidades pueden quedar frenadas en su comunicación espontánea por los superiores, pero también por hermanos venerables con mucha autoridad en el lugar, que aceptan sólo su propia formación y su propia mentalidad; que aceptan sólo informaciones primarias, es decir las que se refieren a la salud y al trabajo, a la adquisición de cosas, etc. y no a las profundas que se refieren a la vida. Que piensan que debemos hablar sólo de cosas importantes o espirituales como las prácticas de piedad y el apostolado, como si el religioso/a agotase sus sentimientos y posibilidades en estos niveles oficiales».*

Se trata de superiores o demasiado *manager* o demasiado espiritualistas, mientras que la comunicación hoy es más diversificada y múltiple. Aceptarla quiere decir aceptar a la persona como es según su historia, su estado actual, sus competencias y el puesto que ocupa en la comunidad y en el trabajo.

4. Relaciones y comunicación para crecer

Relaciones y comunicación ayudan no sólo a sentirse bien, sino también a crecer; enriquecen desde el punto de vista cultural, psicológico y social y también espiritual.

Hay un crecimiento *cultural*, porque, escuchando a los demás, recibimos informaciones, puntos de vista, datos y lecturas de realidades variadas. Basta que penséis cómo se buscan y cuánto nos ayudan las relaciones y la comunicación con personas competentes. Las hay también entre los hermanos y las hermanas que viven en nuestras comunidades; es más, es probable que cada uno tenga alguna competencia que ofrecemos.

Hay un crecimiento *psicológico*, porque se desarrollan la afectividad, la capacidad de acogida de otras personas y mentalidades; se va uno haciendo más capaz de donación, de superar frustraciones y bloqueos interiores, fijaciones sobre nosotros mismos o sobre nuestro éxito.

Hay un crecimiento *social*, porque se refuerza la capacidad de inserción en grupos de trabajo, en equipos de participación y en ambientes diversos, con libertad y franqueza; se domina la ansiedad social, el primer sentimiento de extrañeza y malestar que nos asalta cuando nos encontramos en un contexto o grupo desconocido o poco familiar.

Finalmente, y en el vértice, se da un crecimiento *espiritual*, o complejo, porque las actitudes enunciadas antes se insertan en un esfuerzo de respuesta al Señor, de acuerdo con el carisma, y en una mejora para la realización de la misión.

Cuanto venimos diciendo se requiere y se practica también en la comunidad educativa. Hay allí un segundo y amplio campo de ejercicio de la caridad pastoral por lo que se refiere a relaciones y comunicación, con consecuencias determinantes sobre la educación y la evangelización. No nos detenemos en desarrollarla, sólo porque requeriría un capítulo entero.

Tomamos, en cambio, un aspecto de la comunidad religiosa que ha cambiado mucho precisamente por la importancia que todos saben que tienen las relaciones y la comunicación: la formación permanente.

Las primeras experiencias de formación permanente, realizadas lejos de la propia comunidad, producían efectos benéficos, como un repensamiento, una nueva síntesis, una actualización doctrinal, un nuevo entusiasmo vocacional; pero, cuando volvíamos de nuevo a la comunidad y a lo cotidiano, aquella visión renovada de la vida y del trabajo, entrevista en condiciones extraordinarias de tiempo y de ambiente, difícilmente se traducía en práctica. Los ritmos habituales tomaban la delantera y el contexto humano «ordinario» y común diluía las experiencias ejemplares de oración, de intercambio y de estudio. El curso de formación permanente se quedaba así «aislado» en el transcurrir de la vida.

Se pensó entonces perfeccionar el concepto y las iniciativas. Se introdujeron cuatro variaciones en el concepto de formación permanente: respecto del lugar, del tiempo, de la materia y de la metodología.

- El *lugar* preferencial de la formación permanente es la comunidad local. El lugar extraordinario es donde se dan los cursos largos. El más real es el primero, porque es allí donde se aprende a gestionar la vida y a reaccionar como religioso salesiano frente a lo cotidiano.
- El *tiempo* más apto y continuo para la formación permanente no es el aislado y libre, sino el marcado por el alternarse de trabajo, estudio, confrontación, encuentro con personas. La soledad es útil como recuperación y apoyo.

- La *materia o los contenidos*: es verdad que una exposición sistemática sobre la Iglesia, Jesucristo, la comunidad, ayuda porque motiva, ilumina y reorienta. Pero todo esto lo encuentras luego como distribuido y fragmentado y casi diluido en lo cotidiano. La comunidad en la que debes lograr leer en términos reales aquel tratado que te han explicado son aquellos cuatro o cinco hermanos o hermanas con los que vives codo a codo, que tienen sus ideas, están marcados por un pasado propio, tienen límites, aunque tienen también tanta riqueza que se debe saber descubrir y acoger. Igualmente se puede decir de la Eclesiología escuchada, de la Pastoral juvenil explicada, del Sistema Preventivo profundizado: son cuadros de referencia útiles porque quedan iluminados. Pero luego hay que colocarlos en la situación particular y concreta de una comunidad eclesial y en sus condiciones, en el campo de trabajo pastoral y en los jóvenes que en él encuentro, en el ambiente salesiano en el que el Sistema Preventivo sobre el que se ha reflexionado debe aplicarse. Ésta, es decir la manera concreta de aplicar visiones, cuadros de referencia o tratados, a casos particulares, es la materia propia de la formación permanente que tiene lugar en la comunidad local. Allí, la sometemos a reflexión y verificación, para ver cuál es nuestra respuesta actual a las exigencias de la vocación y del trabajo. Diría que la formación permanente recalca más el modelo del tirocinio bien hecho que el del estudiantado.
- Por último, pero vinculado con cuanto he dicho anteriormente, se debe aludir al *medio* o camino más eficaz para una formación continua: no son las lecciones que se reciben, sino la comunicación fraterna: escu-

charse con calma, relevar datos y sintetizar con cuidado, elaborar valoraciones y criterios, tomar orientaciones pensadas. Esto naturalmente debe ir apoyado y relanzado en los llamados «tiempos fuertes».

Relaciones y comunicación, pues, realizan procesos de formación y de crecimiento. En el presente no todos lo comprenden. No se culpa a nadie, porque, en la praxis formativa precedente, la comunicación no tenía ni el peso, ni las posibilidades actuales. Al mismo tiempo que no echamos la culpa a nadie, debemos saber crear y multiplicar oportunidades de comunicación, tratar la cuestión de las relaciones, ser conscientes de la plataforma que exigen y cuidarla como una práctica de la caridad pastoral hacia hermanos y comunidad.

V. LA ESPIRITUALIDAD SALESIANA EN LO COTIDIANO

La espiritualidad salesiana ha sido sintetizada en algunas fórmulas breves como las que usaba Don Bosco para los muchachos. Es una costumbre de familia: simplificar, unir, **ayudar a recordar**. La síntesis mística está recogida en el lema: *Da mihi animas*. La pedagógica de nuestra espiritualidad es: *razón, religión, cariño*. Se refiere no sólo a la relación con los jóvenes, sino a la forma de formarse del educador apóstol. La fórmula devocional es *Jesús Sacramentado, María Auxiliadora y el Papa*.

¿Cuál es el programa práctico, que se debe vivir todos los días y a largo plazo? **Trabajo, oración, templanza.**

Las tres palabras, populares, casi proletarias, corresponden a las tres dimensiones que VC indica como indispensables en toda espiritualidad: **la contemplativa, la apostólica, la ascética.**

Debemos ahondar el contenido tradicional y actual, para nuestro provecho y como «brújula» práctica para la animación comunitaria.

Veámoslas una por una.

1. Contemplativos en la acción

Según VC, de la contemplación tienen necesidad todos y siempre: los teólogos, para poder valorizar plenamente el alma sapiencial y espiritual de su ciencia; los que se dan a la oración, para que no olviden nunca que ver a Dios significa descender del monte con un rostro tan radiante que obligue a cubrirlo con un velo; los que se comprometen, para no encerrarse en una lucha sin amor y sin perdón⁷⁹.

Esto quiere decir que la contemplación no coincide con el estudio de las cosas sagradas, si bien sacará ventajas de él. Quiere decir que incluye la oración, pero va más allá: la contemplación, lo que entre nosotros tradicionalmente se llamaba unión con Dios, sentido y alegría de su presencia, relación filial con Él.

Respecto de ella, se entrevén muchas cuestiones que debemos profundizar: qué significa contemplación, las diversas formas de contemplación, los lugares aptos y preferibles según las diversas experiencias espirituales. He tenido la oportunidad de confrontar estos conceptos «contemplativos» a propósito de nuestra espiritualidad de la acción. Me doy cuenta de que no son superfluas algunas explicaciones para tomar conciencia de cuál debe ser nuestra forma de orientar hacia una práctica convincente.

Debemos cuidar dos lugares, poniendo gran atención a su unidad, como si estuviesen comunicados, para dar por cierta la definición de contemplativos en la acción: la *oración* y la *acción*.

⁷⁹ Cf. JUAN PABLO II, *Vita Consecrata* 38

Una de las preguntas más serias que se hacen cuando se propone una espiritualidad, se refiere a la oración. Hoy, un conjunto de fenómenos la hacen surgir, no sólo como expresión de la fe cristiana, sino también como satisfacción de una necesidad del hombre. No son pocos los que, con diversas clases de fe, y hasta sin ninguna, buscan una cierta forma de oración en las técnicas orientales o en formas nuevas de religiosidad.

En la Iglesia se han multiplicado las escuelas de oración, dirigidas por obispos o sacerdotes. Se reúnen una vez al mes o semanalmente en los tiempos de cuaresma y adviento, para leer la Escritura, recitar los salmos, orar en silencio. El movimiento de renovación en el Espíritu ha hecho de la oración su punto distintivo; y el de «Taizé» invita a los jóvenes a la experiencia de la contemplación.

Se ofrecen por todas partes las jornadas de «monasterio». El monasterio está considerado como un lugar social de reflexión y de manifestaciones artísticas vinculadas a lo espiritual. Han sido muy seguidas por la TV las «reuniones de oración» interreligiosas (cristianos, judíos, musulmanes) por las grandes causas, como la paz. En casi todas las celebraciones unidas a acontecimientos religiosos se incluye una vigilia de oración. En una palabra, parece que el mundo y la persona sienten una necesidad urgente de ponerse en contacto con otras realidades que no sean el ordenador, las máquinas, la bolsa, los balances, las producciones, las cuentas y otras cosas semejantes.

Idéntica tendencia, al mismo tiempo significativa y ambigua, se da en la religiosidad juvenil. Hay grupos de jóvenes que buscan profundidad de oración y maestros

que los guíen. Para ellos se están multiplicando los lugares de oración: oasis, casas de retiro, «tiendas».

Un cierto número hace una experiencia fugaz que no echa raíces. Tal vez buscan satisfacción personal, como probar algo «diverso», algo insólito. Pero no falta nunca un cierto deseo de encontrar «sentido», o un elemento estabilizador y tranquilizante para su propia vida.

Nuestra pastoral juvenil se ha preocupado de dar respuesta a la demanda de los jóvenes. Para ellos se han propuesto caminos actualizados de oración. Ha renacido hoy una producción abundante de libros de meditación y de oración para todas las circunstancias (fiestas, acampadas, encuentros, deportes, momentos de alegría y también para momentos de sufrimiento). Particularmente los movimientos eclesiales se han dado su propio estilo de oración, con sus correspondientes textos y colecciones de cantos: todo bajo el signo de la «personalización», de la calidad bíblica, de la participación.

Estos hechos nos interpelan en primer lugar como religiosos. En la mentalidad popular, el religioso es uno que practica y gusta la oración, que sabe orar y se dedica a ello.

Nos interpelan más aún como educadores-evangelizadores. A nosotros nos toca iniciar a los jóvenes en esa actitud cristianísima que se llama PIEDAD. Si no se quiere reducir el Evangelio a una teoría religiosa, a una explicación intelectual sobre Dios, se deben arraigar actitudes de afecto hacia el Padre con las correspondientes expresiones.

Los salesianos/as en general han acogido favorablemente los estímulos que venían del ambiente y de la Iglesia: muchas cosas se han mejorado en la oración de

la comunidad. Y hay ejemplos admirables de orantes: pienso en los enfermos y en los ancianos.

Por otra parte, resultan difíciles, para quienes están cargados de responsabilidades, la actitud y la práctica de la oración regular y comprometida. Su tipo de vida, en efecto, no lleva a la oración ni está pensado en función de ella. Parece orientado más bien a actividades seculares, escuelas, ambientes juveniles, relaciones sociales, organización. Todo esto los expone a imprevistos, a acumular compromisos que no favorecen la calma y la regularidad.

Este tipo de vida reproduce el de Don Bosco: su actividad multiforme y continua parecía sustraerle de la oración explícita abundante que se encuentra en todas las biografías de los santos: *«En materia de oración propiamente dicha —decía el Promotor de la fe en el proceso de beatificación— de la que se han cuidado al máximo todos los fundadores de las nuevas congregaciones, en Don Bosco no encuentro, puede decirse, nada. ¿Cómo puede llamarse heroico a uno que ha estado tan carente en lo que se refiere a la práctica de la oración vocal? En la vida de los santos no se ha visto nada semejante precedentemente»*⁸⁰.

A esto se añade la dificultad intrínseca de la oración, que no consiste sólo en concentrarse, en entrar en sí mismo, o en hablar con un interlocutor invisible que no responde, sino también en el hecho de que la oración es el espejo de la fe vivida y de la atención que Dios recibe en nuestra vida. *«La oración es la síntesis de nuestra relación con Dios. Podríamos decir que nosotros somos lo que ora-*

⁸⁰ Cf. P. BROCARD, *Don Bosco, profundamente hombre, profundamente santo*, Editorial CCS, Madrid 1988, p. 119.

mos. El nivel de nuestra fe es el nivel de nuestra oración; la fuerza de nuestra esperanza es la fuerza de nuestra oración: el ardor de nuestra caridad es el ardor de nuestra oración. Ni más ni menos»⁸¹.

Por nuestro modo de hablar descubrimos en seguida el grado de confianza que tenemos con una persona. Con un amigo hablamos de cualquier cosa y con facilidad. Frente a un extraño no nos vienen ni argumentos ni palabras. Lo mismo sucede cuando nos ponemos ante Dios.

A algunos les parece que, entre los salesianos/as, no hay una iniciación a la oración, que nadie los ha introducido o guiado en su práctica. Por eso, se nota entre ellos una fuga hacia grupos o movimientos que la ofrecen de forma más emotiva y participada.

Es legítimo entonces preguntarse cómo es la oración del salesiano, hombre dado a la actividad educativa y pastoral.

Él tiene dos modelos para comprender cómo debe ser su oración: Jesús Pastor y predicador del Reino y Don Bosco.

San Lucas nos habla abundantemente de la oración de Jesús y de sus enseñanzas sobre la misma. Pero aun antes de presentarnos a Jesús en actitud de oración, envuelve todo el relato de su suceso en un clima de invocación, alabanza, acción de gracias y petición. Su nacimiento y su infancia quedan como encuadrados en cuatro cánticos de alegría, esperanza y alabanza: el de Isabel, de María, de los Ángeles y de Simeón. La muerte sugiere a

⁸¹ Cf. C. CARRETTO, *Lettere dal deserto*, La Scuola Editrice, Brescia, 1964, p. 47.

Cristo la oración: «Padre, perdónales porque no saben lo que hacen»⁸². «A tus manos encomiendo mi espíritu»⁸³.

Es una indicación sobre cómo mirar y ver los acontecimientos de salvación. Los que oran logran ver el alcance de los acontecimientos, que para otros no se salen de la normalidad, o tienen un significado negativo.

Los principales momentos de su misión están marcados explícitamente por la oración.

En la oración, durante el bautismo, recibe públicamente la investidura pública y el beneplácito del Padre: «Mientras Jesús, después de haber recibido el bautismo, estaba en oración, se abrió el cielo y bajó el Espíritu Santo sobre Él en forma de paloma, y vino una voz del cielo: Tú eres mi Hijo...»⁸⁴.

Un largo período de oración, acompañado del ayuno en el desierto, le da el sentido de su obra y la fuerza para resistir a las tentaciones que le querrían llevar a orientarla de forma diversa de la que el Padre quiere⁸⁵.

Antes de escoger a los discípulos, pone en las manos del Padre la decisión y aquellos a los que va a elegir: «En aquellos días, Jesús subió a la montaña a orar y pasó la noche orando a Dios. Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos, escogió a doce de ellos...»⁸⁶.

Su oración obtiene del Padre la confesión de Pedro... y la sostiene en los momentos de prueba: «He rezado para que tu fe no desfallezca»⁸⁷.

⁸² Lc 23,33.

⁸³ Ibid. 23,46.

⁸⁴ Lc 3,21-22.

⁸⁵ Cf. Lc 4.

⁸⁶ Lc 6,12-13.

⁸⁷ Lc 22,32.

La transfiguración tiene lugar en un momento de intensa conversación con el Padre. Y en esta actitud su humanidad aparece a los ojos de los apóstoles como era realmente⁸⁸.

Muchos milagros van precedidos o acompañados de un gesto de oración: la multiplicación de los panes, la curación del ciego de nacimiento, la expulsión de los demonios, la resurrección de Lázaro.

La última gran oración es un testamento, una mirada a su existencia: recoge los motivos de su vida y de su muerte⁸⁹: su posición crítica frente al mundo, su total disponibilidad al designio del Padre, el amor a los suyos, la preocupación por la unidad y la perseverancia de todos los que participan en su obra de salvación, su propósito de fidelidad.

La oración en el huerto y en la cruz es la aceptación de los hechos como venidos de la voluntad de Dios, más que de la malicia de los hombres. Con ella entrega la vida en las manos del Señor.

La oración de Jesús aparece así como una actitud constante, interior, que se manifiesta en expresiones espontáneas de alegría⁹⁰, de acción de gracias⁹¹, de invocación, de disponibilidad, de reflexión. Sobre el fondo de todas estas expresiones, hay una sola palabra: **Padre**, «*Te bendigo, Padre*»⁹². Para estar con el Padre, encuentra también tiempos y sitios aptos para una conversación

⁸⁸ Lc 9,28-29.

⁸⁹ Cf. Jn 17,

⁹⁰ Cf. Mt 11,25-26.

⁹¹ Jn 11,41-42.

⁹² Mt 11,25.

tranquila: los montes, el desierto, la noche, los lugares solitarios, la compañía de pocos amigos.

Pero la verdadera oración es la vida que se desarrolla según la voluntad del Padre y al servicio de los hombres⁹³. Por eso, su enseñanza a los discípulos se concentra en cuatro recomendaciones, cuya unidad no todos entienden:

— *orad siempre, sin interrupción*⁹⁴; no se trata de decir siempre oraciones, sino de hacer de cada momento de la vida una invocación al Padre;

— *cuando oréis «no digáis muchas palabras...»*⁹⁵; esto es típico de los paganos. Ellos creen que los dioses llegan a conocer nuestros problemas y sentimientos sólo si nosotros se los decimos⁹⁶;

— en la sustancia y en lo profundo de cada palabra y opción haya siempre una palabra, un sentimiento: «*Padre*». Cuando oréis, decid: «*Padre nuestro que estás en el cielo...*»⁹⁷. El valor y el fundamento de cada palabra es la relación y el lugar que damos a Dios en nuestra vida;

— hay que orar «*in Spiritu et veritate*»⁹⁸...; la intensidad y la autenticidad de la oración se manifiestan en una vida puesta al servicio de Dios y de los hermanos.

Don Bosco y María Mazzarello copiaron de Jesús Pastor esta modalidad. Descubrieron el carácter de oración que tiene la acción apostólica y caritativa, cuando se

⁹³ Cf. Mt 7,21

⁹⁴ Cf. Lc 21,36.

⁹⁵ Mt 6,7.

⁹⁶ Cf. Mt 6,7.

⁹⁷ Mt 6,9.

⁹⁸ Jn 4,23.

hace según la voluntad y en la presencia de Dios. Esto, por otra parte, era ya conocido por los místicos.

Para Santa Teresa: «La oración es tratar como amigos con Dios...»; comprende la totalidad de la vida sea cual sea la ocupación del momento; se puede hablar con Él, o trabajar por Él; pensar en Él, o sufrir por Él.

Por eso, siempre según Santa Teresa, la oración prepara el encuentro con Dios en la acción: «La oración mental no es otra cosa que tratar de amistad, encontrándose frecuentemente con quien se ama... no para gozar, sino para acumular energías para servir». Por esto, la acción la sustituye con ventaja en determinados momentos: «Dejar de estar a solas con Él para dedicarse a una de estas dos cosas (hacer y padecer) le causa agrado».

Pero hay que decir que los salesianos/as conocen poco acerca de la vida de oración de Don Bosco. Se repite que «era la unión con Dios». Pero si preguntásemos a cada salesiano si Don Bosco ha sido para él Maestro de oración como lo fue, por ejemplo, de pedagogía, tal vez no pocas respuestas serían negativas. El camino a través del cual Don Bosco ha progresado en la oración activa es ciertamente menos conocido y comentado que el que le ha llevado a madurar el Sistema Preventivo. De este último conocemos y difundimos anécdotas y máximas; del primero, en cambio, tenemos una imagen un tanto genérica.

Las biografías dejan amplio espacio a su genio creativo y añaden algunas páginas ejemplares sobre sus momentos matinales de oración.

Hay un «clásico» de la literatura salesiana en el que se hace un esfuerzo de observación más cuidada de la vi-

da mística de Don Bosco. Es: «*Don Bosco con Dios*», de Eugenio Ceria. A través de él, se ve que ha insistido con frecuencia en la necesidad para los salesianos/as de la oración mental y vocal: «*La oración... he ahí la primera cosa. No se empieza bien sino desde el cielo. La oración es para nosotros como el agua para el pez, el aire para el pájaro, la fuente para el ciervo, el calor para el cuerpo*»⁹⁹.

Sería un error representarnos a Don Bosco, diciendo siempre oraciones vocales, como sería erróneo imaginar que no hubiera en él expresiones externas de piedad. Pero lo que más se admiraba en él era lo que comenta Don Ceria: «*En Don Bosco, el espíritu de oración era lo que en el buen capitán es el espíritu marcial, en el buen artista el gusto, en el científico el espíritu de observación: una disposición habitual del alma que actuaba con facilidad, constancia y gran gozo*»¹⁰⁰.

Hay, pues, en él una fusión natural y serena entre acción y oración. La vida no se divide entre la una y la otra: «*La diferencia específica de la piedad salesiana consiste en saber hacer del trabajo oración... Ésta es una de las características más bellas de Don Bosco*»¹⁰¹.

A continuación de estos dos «modelos», el salesiano/a debería llegar a ser «un orante» como todo religioso. Pero debe hacerlo «*sumergido en el mundo y en las preocupaciones de la vida pastoral*»¹⁰², «*en una laboriosidad incansable santificada por la oración y la unión con Dios*»¹⁰³.

⁹⁹ P. BROCARD, *Don Bosco, profundamente hombre, profundamente santo*, Editorial CCS, Madrid 1988, p. 121.

¹⁰⁰ *Ib.*, p. 121.

¹⁰¹ *Ib.*, p. 128.

¹⁰² *Const. SDB* 95.

¹⁰³ *Ibid.* 95.

Para indicar esto, en nuestro vocabulario se usan dos expresiones: ser *contemplativo en la acción* y *celebrar la liturgia de la vida*.

Ser *contemplativo en la acción* es una expresión clásica de la espiritualidad ignaciana, aplicada a Don Bosco por Don Rinaldi. Dice, con otras palabras, lo que hemos comentado en la meditación sobre la figura de Don Bosco: «Caminar en este mundo como quien ve al Invisible».

Pero ¿cómo se «contempla» en la acción? He aquí algunas indicaciones.

Mantengamos viva, en nuestro trabajo, la conciencia de que somos instrumentos de la acción de Dios en favor de los jóvenes. De nuestros esfuerzos, de nuestros gestos de servicio, de nuestras palabras, se sirve el Señor para hacerse sentir en la vida de los jóvenes y despertar en ellos el deseo de ser «más». Nosotros no llegamos a su corazón ni a su conciencia. Pero nuestra presencia, nuestra voz, son la puerta a través de la cual Dios se comunica con ellos.

Habituémonos, luego, a descubrir la presencia del Espíritu en la vida de los hombres, particularmente de los jóvenes. Unámonos a la obra que Dios está llevando a cabo, agradeciéndole, gozando, intercediendo. Si nuestras distracciones se refieren a los problemas y a las esperanzas de la gente, podemos incorporarlas en nuestras oraciones. Según Sta. Teresita, las distracciones son como los niños que disturban a los padres durante la misa. Basta juntarles las manos y hacerles mirar hacia el altar.

Más aún: démonos plenamente al servicio de los jóvenes aceptando sus exigencias cotidianas, siguiendo el ejemplo del buen Pastor; así participaremos de la paternidad de Dios, obrando como Él en favor de la vida, des-

de las formas más elementales (comida, casa, instrucción) hasta las más altas (revelación del Evangelio, vida de fe).

La otra expresión sintética de la oración salesiana es: celebrar la **liturgia de la vida**. En el documento del que fue tomada, la Constitución Apostólica *«Laudis Canticum»*, se refiere a todos los cristianos que ofrecen su vida a Dios y a los hombres, incorporándola a la existencia de Cristo sacerdote.

Es una de las presentaciones más hermosas y más verdaderas del culto cristiano, que va más allá del rito y de las ceremonias; y hace del hombre el templo de Dios y de su existencia la adoración y la alabanza al Señor.

Puede ser meditada y profundizada, siguiendo muchas pistas: *«Os exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios a ofrecer vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios: éste es vuestro culto espiritual!»*¹⁰⁴.

*«Todo lo que hagáis, de palabra y de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando por medio de Él gracias a Dios Padre»*¹⁰⁵.

La han tomado como «regla» de oración para los salesianos/as las Constituciones de los dos Institutos¹⁰⁶. En efecto, es particularmente aplicable a la circunstancia o situación «educativa».

La Semana de Espiritualidad de la Familia Salesiana de 1980 (*«El sistema preventivo, vivido como camino de santidad»*) hablaba del encuentro con Dios a través de

¹⁰⁴ Rm 12,1.

¹⁰⁵ Col 3,17.

¹⁰⁶ Cf. *Const. SDB 95; Const. FMA 8.*

dos tipos de mediaciones, incluidas en un único movimiento sacramental: las «celebrativo-rituales» y las «práctico-técnicas». Subrayaba la importancia de estas últimas en la experiencia espiritual salesiana¹⁰⁷.

En una palabra, «trabajo y oración, fundidos en el sacramento total de la vida orientada hacia Dios y movida por la caridad». Unión de oración y unión de vida con Dios son dos movimientos del mismo corazón. Las dos tienen ritmos y formas propias. «La unión de oración celebrada interrumpe las relaciones con las criaturas para concentrar toda la atención directamente sobre la luz y sobre la vida íntima de Dios. La 'unión práctica' se realiza en el corazón mismo de la vida corriente, en el tejido de las relaciones humanas»¹⁰⁸.

No es infrecuente encontrar todavía textos en los que la experiencia espiritual es concebida como un «antes» y un «aparte» preparatorio, en el que tiene lugar el encuentro con Dios; y un «después» en la acción, en la que invertimos, y, en cierto sentido, consumimos útilmente la luz y la energía recibida.

En el Sistema Preventivo hay continuidad sin ruptura entre los dos momentos; es más, los dos se unen en un punto de conjunción ulterior: la caridad. Y, para nuestro tipo de caridad educativa pastoral, el momento de la acción es principal como carga y manifestación. Por eso, Don Egidio Viganò prefería la expresión de San Francisco de Sales: *el éxtasis de la acción*.

¹⁰⁷ Cf. *Il sistema preventivo, vissuto come cammino di santità*, Settimana di Spiritualità della Famiglia Salesiana, 1980. *La prassi educativo-pastorale del salesiano, «luogo» abituale del suo incontro con Dio*, di R. Tonelli, p. 36-51.

¹⁰⁸ P. BROCARD, «Don Bosco profeta di santità per la nuova cultura», in *Spiritualità dell'azione*, (M. Midali) LAS, Roma 1977, p. 197.

Lo expresa un texto de los Salesianos: *«Educar a los jóvenes en la fe es, para el salesiano, trabajo y oración. Es consciente de que, trabajando por la salvación de la juventud, vive la experiencia de la paternidad de Dios. (...) Don Bosco nos enseñó a reconocer la presencia operante de Dios en nuestro quehacer educativo y a sentirla como vida y amor. (...) Creemos que Dios nos está esperando en los jóvenes para ofrecernos la gracia del encuentro con él y disponernos a servirle en ellos, reconociendo su dignidad y educándolos en la plenitud de la vida. La tarea educativa resulta ser, así, el lugar privilegiado de nuestro encuentro con Él»*¹⁰⁹ y de la contemplación de su obra en la vida del hombre.

Quien educa está llamado a reconocer a Dios que obra en la persona humana y a ponerse a su servicio. Algo semejante a lo que debió de hacer María, para que en la humanidad de Jesús se manifestase en forma histórica la conciencia divina. María debió acompañarlo y sostenerlo con el alimento, el afecto, el consejo, la enseñanza de la lengua y de las tradiciones, la inserción en las relaciones humanas, la iniciación en el universo de los gestos y de las palabras religiosas, sin saber a ciencia cierta qué se habría de revelar en aquel Hijo suyo.

Hay un diálogo misterioso entre cada joven y lo que le llega desde fuera, lo que surge dentro de él, lo que descubre como imperativo, gracia o sentido. Poco a poco va adquiriendo plena conciencia de sí, va elaborando un proyecto de existencia en el que apuesta sus fuerzas y se juega sus posibilidades.

El educador está llamado a ofrecer todo lo que cree oportuno, viviendo con esperanza las incógnitas del futu-

¹⁰⁹ CG23 95.

ro. Se interesa sinceramente de lo humano incierto que crece. De hecho, en él Dios será acogido y también, en fuerza del crecimiento, se manifestará con luminosidad cada vez mayor.

Quien educa, pues —padre, amigo o animador— mantiene viva la conciencia de que él toma parte en la fiesta del encuentro de Dios con los jóvenes. Es el amigo del esposo, no protagonista, sino ayuda y espectador activo, como María en las bodas de Caná. En las Constituciones de las Hijas de María Auxiliadora se lee que la asistencia «*es atención al Espíritu Santo, que actúa en cada persona*»¹¹⁰.

Precisamente en la fe que entrevé el obrar de Dios, en la esperanza que espera su manifestación en la vida de los jóvenes, y en la caridad que se pone a disposición del joven y del esposo, se desarrollan y se viven como oración los momentos educativos de alegría, de esperanza, de dolor, de esfuerzo, de aparente fracaso. Se dan gracias, nos alegramos, nos lamentamos, se intercede, se desea, se invoca.

La celebración litúrgica tiene un Kyrie, un Gloria, un Credo, un ofrecimiento, un espacio simbólico, una comunidad, tiempos de penitencia y de alegría. Así la liturgia de la vida tiene momentos de resultados gratificantes y de desilusión, de iniciativa y de espera, de soledad y de compañía. Hay un espacio (ipatio, escuela, barrio!) y hay personas que amar y con las cuales colaborar de corazón (la comunidad educadora).

Todo este conjunto, visto a la luz de la presencia operante de Dios, se vuelve contemplación. Sucede como en

¹¹⁰ *Const. FMA 67.*

la comunicación entre personas que se conocen bien: un sentimiento se puede expresar con palabras, con un gesto, con un don, con una mirada, con un silencio, con una visita, con un mensaje a través del teléfono o del fax.

Se trata —diría San Agustín— «*de tomar en una mano el salterio de las obras buenas y con él cantar las alabanzas del Señor*».

Pero hay una relación entre actitud continua de oración y ejercicios de oración, entre oración-palabra y oración-vida, entre oración explícita y oración difusa en la jornada, entre liturgia celebrada y liturgia de la vida.

Tal vez en esta relación es donde se encuentran las dificultades y, al mismo tiempo, la riqueza del salesiano. Y, por lo tanto, el punto fundamental de su formación espiritual-apostólica.

Los dos elementos o aspectos son importantes: el uno para el otro; ambos para la estabilidad y plenitud de la vida consagrada. Quien deja el uno, pierde el otro.

La relación entre ellos es diversa según el «tipo» de vida. Ya en el origen mismo de nuestros Institutos se declara: «*La vida activa a que mira la Sociedad hace que los Socios no puedan dedicarse a muchas prácticas de piedad en común. Suplan, pues, a todo esto los Socios, siendo unos para otros luz de buen ejemplo y cumpliendo con perfección los deberes generales del cristiano*»¹¹¹. Es un texto que debe ser interpretado, colocándolo en su propio «tiempo».

Lo que sugiere requiere aprendizaje y tiempos especiales de concentración. «*Muchos creen que la oración*

¹¹¹ *Constituciones*, 1858.

viene por sí sola y no quieren saber nada de su ejercicio, pero se equivocan»¹¹².

La oración debe brotar «naturalmente», dicen algunos; pero todo lo que nosotros hacemos con mucha naturalidad es resultado de un largo ejercicio: jugar, caminar, tocar un instrumento. La práctica regular personal y la participación asidua en la oración comunitaria son indispensables.

Hay necesidad de una iniciación tranquila y progresiva en las diversas formas de oración: vocal, mental, lectura, silencio, contemplación, fórmulas, creatividad. Hace falta practicarlas en diversas situaciones y momentos, hasta impregnar de ellas la vida de modo que la oración entre y salga de nosotros por muchos caminos y de mil formas.

El ejercicio arraiga la costumbre: la regularidad es determinante; todas las cosas importantes en nuestra vida tienen un horario, un tiempo reservado; si un día no las podemos hacer en el horario acostumbrado, buscamos en seguida otro. Así hacemos para comer, dormir, lavarnos.

Las mediaciones comunitarias son indispensables para nosotros: los lugares, los tiempos, las formas, la comunidad. Digo «para nosotros», para quienes el estilo comunitario recubre todas las dimensiones de la vida. Para otros religiosos puede ser diverso. Pero se requiere también la aplicación personal. El resultado y la modalidad de esta aplicación son diversos. Cada uno tiene su modo de orar, como tiene su modo de hablar, caminar y mirar. En esta clave hay que interpretar la mayor o menor emotividad,

¹¹² R. GUARDINI, *Lettere su autoformazione*, Morcelliana, Brescia 1958, pp. 75-91.

las distracciones, las preferencias por la reflexión o las fórmulas, los períodos de cansancio.

Pero la oración es un don. Cristo es el único orante. Él nos incorpora a su oración en el Espíritu. Nosotros no sabemos ni qué decir ni cómo decirlo. El Espíritu pone en nuestros labios lo que nos conviene pedir.

«El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad, porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables. El que escudriña los corazones sabe cuál es el deseo del Espíritu, y que su intercesión por los santos es según Dios»¹¹³.

Con frecuencia, los libros hablan de la oración como de una capacidad que hay que adquirir con esfuerzos propios, como una ciencia o una habilidad... Nos sentimos perdidos por caminos intrincados y de nuevo el deseo de poder orar queda frustrado. *«Señor, enséñanos a orar».*

Nuestra vida tiene necesidad de integrar reflexión y praxis, estudio y actividad, silencio y encuentro, si bien para nosotros esto no esté unido a una rígida alternancia de tiempos. Y esto en las condiciones actuales de vida en que estamos más expuestos a la multiplicidad, al desgaste, al sobreponerse de los deberes.

2. El trabajo: la caridad pastoral

Hablaré menos de él. Es un aspecto más asimilado y más percibido desde fuera. La importancia que tiene en nuestra vida se comprende fácilmente por un conjunto

¹¹³ Rm 8,26-27.

de hechos de alcance real y simbólico: la raíz campesina y las primeras experiencias de Don Bosco, los protagonistas y el tono de las experiencias de los orígenes, la profesión de pobreza, la clase obrera a la que dedicamos nuestros cuidados preferenciales. El trabajo es el contenido principal de nuestros programas de educación en las escuelas profesionales y técnicas, es la característica de una de las figuras de los socios, el coadjutor; es nuestra forma de inserción en la sociedad y en la cultura. Marca el rasgo casi fundamental del salesiano: el salesiano es un trabajador. Don Cagliero decía con una expresión fuerte: *«Quien no trabaja no es salesiano»*.

Sirven como síntesis dos hechos: la mención del trabajo en el lema, donde se debieron escoger sólo «dos» palabras, y las últimas palabras de Don Bosco: «Os recomiendo: trabajo, trabajo, trabajo».

Algunas aclaraciones, sin embargo, no son superfluas. Para Don Bosco, el trabajo no es la simple ocupación del tiempo, en cualquier actividad, aunque acaso sea fatigosa; sino la entrega a la misión con todas las capacidades y a tiempo pleno. En este sentido no comprende sólo el trabajo manual, sino también el intelectual y el apostólico. Trabaja quien escribe, quien confiesa, quien predica, quien estudia, quien ordena la casa. El trabajo se caracteriza por la obediencia, por la caridad pastoral, por la recta intención y por el sentido comunitario. Por tanto, no agitación, movimiento por la imposibilidad de estar inactivos; sino finalidad, opción, ordenación de las acciones. Hay que decir aun que en la voz «trabajo» hay una gran referencia a la manualidad y practicidad. El Salesiano aprende a trabajar con las manos y se encuentra bien aun haciendo trabajos «humildes»: domésticos, materiales. Pero es verdad que el gran «trabajo» es dedicarse a la educación «cristiana» de los jóvenes.

La caridad pastoral, que orienta el trabajo, puede manifestarse en impulsos espontáneos y generosos. Pero la cosa más común es que deba comprometerse a largo plazo en una obra paciente y cotidiana, para hacer crecer a las personas y animar las comunidades.

Más que una actitud de bondad o algún gesto de simpatía, es una praxis: una forma constante de obrar con competencia en un ámbito, semejante a la praxis política, social, médica. Todas suponen una acción coherente, pensada y proyectada. Esto requiere de nosotros algunas actitudes y algunas capacidades permanentes. Y es éste el trabajo que acaba por modelar la fisonomía espiritual de la persona.

El gusto por el trabajo está, en primer lugar, en el «corazón» pastoral: la voluntad, el lanzarse, el deseo de trabajar, el encontrar gusto en las empresas pastorales, el estar dispuesto, el darse como quien goza, el considerar proporcionadas todas las fatigas, el sentirse atraído por los que tienen necesidad, el superar fácilmente pequeñas frustraciones, el no desertar, el hacer frente a riesgos y dificultades como si se tratase de cosas pequeñas. Su contrario es la indiferencia, la pereza pastoral, el ir a los momentos y deberes pastorales como hacia un sufrimiento o como una obligación que hay que despachar lo más deprisa posible.

Pero, además del «corazón», el trabajo, guiado por la caridad, exige y desarrolla el sentido pastoral. El sentido pastoral es como el sentido artístico o de los negocios. Es casi una intuición, un modo de colocarse rápidamente frente a una situación. Visitando nuestras obras escolares u oratorianas, se percibe en seguida si la comunidad tiene el «sentido» pastoral, por la orientación de las activi-

dades y el tono de las relaciones. En algunas partes aparece en primer plano el sentido económico, el organizativo o el disciplinar.

El sentido pastoral consiste en detenerse a valorar las cosas desde el punto de vista de la salvación de la persona; en el orientarse bien en la lectura de los acontecimientos, en el tener criterios-clave o puntos de referencia válidos para pensar y programar una actividad, de tal modo que las personas crezcan humanamente y logren hacerse conscientes de la presencia de Dios Padre en su existencia.

El trabajo nos lleva a adquirir y desarrollar la capacidad pastoral: es una preparación profesional específica, que la caridad pastoral requiere, por la que hemos aprendido y nos perfeccionamos en el motivar, instruir, santificar, animar. Nos hacemos capaces de comprender un contexto, de elaborar un proyecto que responda a sus urgencias y de realizarlo, teniendo en cuenta también el elemento invisible e imponderable que se da siempre en el trabajo pastoral.

Por último, comprende la creatividad pastoral: es aquella actitud mental y práctica que lleva a encontrar soluciones originales a problemas y situaciones nuevas. Don Bosco concibió un proyecto para los muchachos de la calle, mientras las parroquias continuaban con el catecismo «regular». Muy pronto, cuando se dio cuenta de que los muchachos no estaban preparados para el trabajo ni protegidos en él, pensó en una solución «pequeña» y «casera» que luego creció: los contratos de trabajo, los talleres, las escuelas profesionales. Y así para otras necesidades, como la casa, la instrucción.

Don Ceria indica este rasgo como característico del espíritu salesiano: *«El primer rasgo, el que salta más a la*

vista de todos es una prodigiosa actividad tanto individual como colectiva»¹¹⁴.

El mismo rasgo ha sido acogido también en las Constituciones: «*La caridad pastoral... caracterizada por aquel dinamismo juvenil que tan fuerte aparecía en los orígenes de nuestra Sociedad...*»¹¹⁵.

Trabajo quiere decir empleo del tiempo y de los recursos del modo mejor, atención a nuestro desarrollo en todas sus posibilidades, prudencia en las opciones, dedicación plena.

3. Templanza

La espiritualidad comporta también la dimensión ascética, de resistencia o combate espiritual, representada, en la Exhortación Apostólica, bajo el icono de Jacob que lucha con el Ángel. «*La ascesis, ayudando a dominar y corregir las tendencias de la naturaleza humana herida por el pecado, es verdaderamente indispensable a la persona consagrada para permanecer fiel a la propia vocación y seguir a Jesús por el camino de la Cruz*»¹¹⁶.

Va unida a la dimensión penitencial que es esencial para la madurez cristiana. Sin ella es imposible tanto el comienzo como el camino posterior de conversión: ésta consiste en asumir algo y dejar muchas cosas, optar y cortar, destruir cosas o costumbres viejas o inútiles y dejarse reconstruir. En tal sentido, nos hablan las historias de Abrahán y de los apóstoles.

¹¹⁴ E. CERIA, *Annali della Società Salesiana*, vol. I, cap. LXVII, p. 722.

¹¹⁵ Cf. *Const. SDB* 10 y 19.

¹¹⁶ JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, 38.

Se trata de un aspecto no muy congenial con la sensibilidad corriente que tiende a la satisfacción de los deseos y la justifica. Cada Instituto tiene una tradición ascética coherente con el propio estilo espiritual. En el nuestro, la fórmula que la resume es «*caetera tolle*»: deja lo demás, ordena lo demás a esto, es decir, al «*da mihi animas*», a la posibilidad de vivir interiormente y de expresar el amor a los jóvenes, apartándolos de las situaciones que les impiden vivir. Son dos aspectos correlativos.

Aspecto importante de esta ascesis es dar unidad a la persona, integrando en el proyecto de vida en Dios algunas tendencias que, desarrolladas de forma autónoma, ponen en peligro la calidad de la experiencia espiritual y las finalidades de la misión: como son una búsqueda excesiva de la eficacia y de la profesionalidad separadas de las finalidades pastorales, la secularización de la mentalidad y del estilo de vida, las formas, aunque medio ocultas, de afirmación excesiva de la peculiaridad cultural¹¹⁷.

El «*caetera tolle*» deja u ordena lo demás, tiene su expresión cotidiana, no única, en la *templanza* «salesiana». Digo «salesiana», porque, en nuestra historia y en nuestros textos, se ha cargado de algunas referencias muy características.

La templanza es aquella virtud cardinal que modera los impulsos, las palabras y los actos según la razón y las exigencias de la vida cristiana. Alrededor de ella giran la continencia, la humildad, la sobriedad, la sencillez, la austeridad. En el Sistema Preventivo, las mismas realidades están incluidas en la *razón*. Sus manifestaciones en la vida cotidiana son: el equilibrio, es decir, la medida en

¹¹⁷ Ibid., 38.

todo, una conveniente disciplina, la capacidad de colaboración, la calma interior y exterior, una relación con todos, pero especialmente con los jóvenes, serena y con autoridad moral.

Templanza es, sobre todo, «estado atlético» permanente para cualquier demanda en favor de los jóvenes; hacerse y mantenerse libres de ataduras demasiado condicionantes, del peso de los gustos y de exigencias personales que crean dependencias: *«Un atleta se impone toda clase de privaciones; ellos para ganar una corona que se marchita; nosotros, en cambio, una que no se marchita. Por eso yo corro, pero no al azar; boxeo, pero no contra el aire...»*¹¹⁸.

La templanza se aplica en el trabajo: es el orden por el que las acciones tienen una motivación en las finalidades y una prioridad; se dominan y se regulan tanto las ambiciones personales como las ambiciones «apostólicas»; se requiere de los demás lo justo y no lo que es excesivo o que serviría sólo para nuestra comodidad; se hace de modo que el trabajo no elimine la oración ni las relaciones fraternas. Hay que ser temperantes en el movimiento, en las salidas, en la búsqueda del dinero, en el deseo de acabar una cosa para comenzar otra; en el dominio de la propia acción, aunque sólo sea para que no termine por dominarnos como si se tratara de un engranaje.

La templanza se aplica en la vida fraterna: es más, sin ella no es posible una buena relación comunitaria¹¹⁹. El amor fraterno implica dominio de sí, esfuerzo de atención, control de los sentimientos espontáneos, supera-

¹¹⁸ 1 Cor 9,25-27.

¹¹⁹ Const. SDB 90.

ción de conflictos, comprensión de los sufrimientos de los demás. Es todo un ejercicio de salir de sí mismo y de cambiar la propia orientación. Para nosotros está también el esfuerzo de demostrarlo en forma comprensible: un afecto que sabe provocar correspondencia por el bien del otro.

La templanza se aplica al estilo de vida personal: relaciones proporcionadas a la misión; uso y praxis de bienes de consumo (vehículos, aparatos); tiempo de distensión y vacaciones; interioridad vigilada y purificada.

La templanza se aplica también a la oración y a la contemplación: es la fe que no exige ver ni sentir; que, cuando «siente» no se aferra al gusto. Los autores hablan de desco inmoderado de «consolación».

Todo esto puede parecer demasiado ordinario, como dimensión ascética, y casi alegre frente a la seriedad de la llamada a la conversión y a la radicalidad. Don Bosco expresó esta aparente contradicción con el sueño del emparrado de rosas¹²⁰. Los salesianos/as caminan sobre los pétalos. Todos piensan que se divierten. Y de hecho son «felices». Punzados por las espinas no pierden la alegría. También esto es ascesis: la sencillez, la buena cara, el no montar escenas. Responde al consejo evangélico: «*cuan-do ayunéis, no andéis cariacontecidos, sino perfumaos la cabeza y lavaos la cara*»¹²¹.

¹²⁰ MBe VII, 289-290.

¹²¹ Mt 6,16-17.

VI. LA ESPIRITUALIDAD SALESIANA EN LA PRAXIS PASTORAL: EL SISTEMA PREVENTIVO

PRIMERA PARTE

CARIDAD PASTORAL Y CARIDAD PEDAGÓGICA

1. Una forma original de caridad pastoral

La caridad pastoral comprende todo el servicio de la Iglesia al hombre: anunciar el Evangelio, promover las personas, animar la comunidad, cumplir las obras de misericordia corporales y espirituales.

El Concilio la propone como camino de santificación a los que quieren involucrarse intensamente en la misión de la Iglesia: obispos, sacerdotes, religiosos de vida activa, seglares comprometidos.

La caridad pastoral **salesiana** tiene otra determinación más precisa que no la restringe, sino que la define mejor: es **una caridad pedagógica**. Es un amor que sabe crear una relación educativa: se expresa en la medida del adolescente, y del adolescente pobre que debe ser ayudado a abrirse, a descubrir la riqueza de la vida, a crecer.

Para este adolescente pobre, a veces escaso de valor, de educación, de palabras y de pensamiento, la caridad del salesiano debe llegar a ser signo legible del amor de Dios. Es, pues, una caridad que sabe llegar a los últimos, a los más humildes, a los que tienen mayores dificultades.

Algunos hermanos que trabajan en zonas de marginación me referían que una de las mayores dificultades que los muchachos de estos ambientes tienen al principio es precisamente la de expresarse frente a personas adultas extrañas, frente a las instituciones y a los que las representan, incluso la Iglesia. Las instituciones son para ellos la imagen de aquel mundo organizado del que se sienten excluidos. El amor de los salesianos, que querrían ser instrumento de salvación para los más pobres, debe ser capaz de gestos que ayuden a asumir el propio desarrollo con alegría y esperanza, a abrirse a la confianza y al diálogo, también en el contexto de una vida depauperada y sujeta a condicionamientos.

Esto reproduce el gesto de caridad que Don Bosco tuvo con Bartolomé Garelli, que consistió en hacerle «reír», haciéndole sentirse a gusto. Al ardor espiritual esta caridad une, pues, la sabiduría, el tacto pedagógico y el sentido práctico, el optimismo educativo y la paciencia de quien debe sostener y cultivar los gérmenes de vida. Todo esto expresa lo que afirma Don Caviglia y retoma Juan Pablo II en la «*Juvenum Patris*»: «*Don Bosco realiza su santidad personal en la educación*»¹²².

¿Habéis tenido oportunidad de ver el ardor profético de algunos predicadores, en general no católicos, que en las plazas se hacen intérpretes del mandato de Dios de

¹²² JUAN PABLO II, *Juvenum Patris*, 5 (1988).

convertirse y anuncian el fin de los tiempos? Nadie puede negar que tengan amor y celo religioso. Pero ni siquiera nos sentimos capaces de afirmar que éste sea el «estilo» de la caridad «pedagógica» que escucha, comprende, ayuda y acompaña a las personas.

La caridad pedagógica demuestra ardor, pero también tacto, sentido común, medida y afecto. En una palabra, sabiduría paterna que enseña a afrontar la vida. El patrimonio de reflexión y experiencia sobre esta forma de caridad está expresado en las Constituciones con estas palabras: *«Guiado por María, que fue su Maestra, Don Bosco vivió en el trato con los jóvenes del primer oratorio, una experiencia espiritual y educativa que llamó ‘Sistema Preventivo’. Para él era un amor que se dona gratuitamente, inspirándose en la caridad de Dios, que precede a toda criatura con su Providencia, la acompaña con su presencia y la salva dando su propia vida.*

Don Bosco nos lo transmite como modo de vivir y trabajar, para comunicar el Evangelio y salvar a los jóvenes con ellos y por medio de ellos. Este sistema informa nuestras relaciones con Dios, el trato personal con los demás y la vida de comunidad en la práctica de una caridad que sabe hacerse amar»¹²³.

Hay en este artículo un conjunto de detalles en los que debemos fijar nuestra atención.

El Sistema Preventivo es llamado «*experiencia espiritual*» y no sólo pedagogía.

«*Se inspira en la caridad de Dios*»: no es, pues, solamente resultado de investigaciones educativas, ni por lo

¹²³ *Const. SDB 20.*

que se refiere a sus fundamentos, ni por lo que se refiere a su práctica.

La experiencia nace y se desarrolla «*en el trato con los jóvenes*» y «*en el oratorio*». Esto constituye el «humus», la tierra donde se encuentran las sustancias nutritivas para esta planta. La experiencia no nace ni se desarrolla en los monasterios, en las bibliotecas, en la propia habitación...: lo que no quiere decir que todo esto no sea útil también para el salesiano.

«*Informa nuestras relaciones con Dios*». El salesiano es un «tipo para el Oratorio», también frente a Dios y en las cuestiones espirituales, inmediato y abierto, sencillo y espontáneo, confiado y festivo.

Se trata de reflexionar entonces sobre las actitudes que dicha caridad pastoral exige y crea y sobre la práctica que requiere.

2. Las actitudes de la caridad pedagógica

La primera es la **predilección por los jóvenes**. Cada salesiano, en quien obra la caridad, debe poder repetir con Don Bosco: «*Entre vosotros me encuentro a gusto. Mi vida consiste precisamente en estar con vosotros*».

La consecuencia concreta de la predilección de Don Bosco por los jóvenes fue el escoger la juventud como campo del propio trabajo. A Don Bosco como sacerdote se le ofrecían otros campos con notables ventajas económicas, de prestigio y en orden a su propia realización. La opción de estar con los muchachos de la calle y con los pequeños obreros, renunciando a ser vicario parroquial, institutor de una familia acomodada, capellán de colegio, o profesor de moral, marcó todo su camino posterior.

Lo mismo vale para Madre Mazzarello. El trabajo apostólico entre las jóvenes de su pueblo crea en ella aquella afinidad que la lleva a un encuentro «espiritualmente cálido» con Don Bosco, del que nace la expresión femenina de la espiritualidad salesiana.

Pero de esta opción determinante se derivaron dos consecuencias: dedicar a los jóvenes todo su propio tiempo y asumir sus problemas: la pobreza, el trabajo, la falta de educación, las dificultades del crecimiento, la ausencia del hogar.

También nosotros debemos poder asegurar que no estamos con los jóvenes «por obligación de horario», «por oficio», o «por lucro»; que no estamos esperando el momento de retirarnos para poder dedicarnos a otra cosa que nos gusta más, o que consideramos más seria y profunda y donde ponemos nuestra principal preocupación pastoral, nuestro momento de distensión, o el punto más alto de nuestra vida espiritual.

No nos consumimos espiritualmente entre los jóvenes para luego cargarnos de energías espirituales en otros momentos. Con ellos nos encontramos a gusto... ¡es nuestro momento espiritual!

En una versión actual lo expresa el CG23: *«Creemos que Dios ama a los jóvenes. Tal es la fe que está en el origen de nuestra vocación y que motiva nuestra vida y todas nuestras actividades pastorales.*

Creemos que Jesús quiere compartir su vida con los jóvenes, que son la esperanza de un futuro nuevo y llevan dentro de sí, ocultas en sus anhelos, las semillas del Reino.

Creemos que el Espíritu se hace presente en los jóvenes y que por su medio quiere edificar una comunidad humana

y cristiana más auténtica. Él trabaja ya en cada uno y en los grupos: les ha confiado una tarea profética para que la realicen en el mundo, que es también el mundo de todos nosotros.

Creemos que Dios nos está esperando en los jóvenes para ofrecernos la gracia del encuentro con Él y disponernos a servirle en ellos, reconociendo su dignidad y educándoles en la plenitud de la vida.

La tarea educativa resulta ser, así, el lugar privilegiado de nuestro encuentro con Él»¹²⁴.

Al comienzo de la vida salesiana y mientras nosotros mismos somos jóvenes aún, el estar con y entre los jóvenes es un movimiento espontáneo y hasta gratificante, sobre todo si somos capaces de sintonizar con ellos y somos acogidos con simpatía. Los jóvenes ejercen una cierta atracción por su vivacidad, su capacidad creativa, su deseo de vivir y de compartir.

Pero cuando se agota el deseo espontáneo, la decisión de «estar con los jóvenes» compromete la vida y requiere esfuerzo ascético. En un cierto momento comienza a costarnos estar físicamente con los jóvenes; más aún estar psicológica y culturalmente con ellos, preferir su mundo a otros ambientes más cordiales y formales.

Hoy puede resultar hasta difícil. La edad de los jóvenes en período de educación es más alta, su libertad más amplia, sus comportamientos más variados y menos regulares, el diálogo más abierto sobre todas las cuestiones. Esto puede provocar una «huida», un «abandono» progresivo del campo juvenil por parte de no pocos salesia-

¹²⁴ CG23, 95.

sianos, bajo la impresión de no lograr comunicar con el lenguaje, con las aspiraciones o el tipo de vida de las nuevas generaciones. El trabajar en comunidad nos ayuda a integrar las aportaciones de todos: las de aquel que está particularmente dotado para el contacto con los jóvenes y las de quien puede dar sólo una aportación parcial y limitada.

Esto constituye la fortuna y el distintivo de la Congregación. Es tan característico de la espiritualidad individual y comunitaria que todo cuanto ha hecho la Congregación lo ha hecho con y desde los jóvenes. Del Oratorio y de los jóvenes fueron naciendo, al menos en orden de tiempo, las otras realidades que hoy componen el gran árbol del movimiento salesiano. De ellos surgió la Congregación y todo lo demás... ¡Sin ellos, nada!

En las celebraciones del mes de enero de 1988 estaban presentes en Turín 56 obispos salesianos. Mirándolos, sentíamos satisfacción por esta aportación cualificada de la Congregación a la Iglesia, por la confianza que esto significa por parte de la Iglesia hacia la Congregación, por la responsabilidad y el amor de estos hermanos hacia la comunidad salesiana. Pero, entre algunos de nosotros, hicimos un comentario: los obispos salesianos, decíamos, son un producto final excelente de un trabajo pastoral que empieza y se regenera constantemente en el ámbito oratoriano y juvenil. ¡Si los salesianos no tuviesen jóvenes no tendrían tampoco obispos!

El lugar donde se regenera la Congregación, donde produce nuevas expresiones espirituales y engendra para sí nuevos miembros, inspirados por el Espíritu, donde renueva el entusiasmo y expresa la creatividad carismática es el espacio juvenil. En él ha tenido lugar nuestro na-

cimiento; y sigue siendo el continente de nuestra misión y nuestra «tierra prometida». Nuestra espiritualidad no encontraría nuevas expresiones si los salesianos se alejaran de allí.

La expresión del artículo 20 «*Don Bosco vivió en el trato con los jóvenes del primer Oratorio una experiencia espiritual*» es válida también hoy. La caridad pastoral, en la forma como la viven los salesianos, crea, pues, esta actitud fundamental: la predilección por los jóvenes, que significa «estar allí», «colocarse», «volver» al lugar típico de nuestra experiencia de Dios.

Pero hay una segunda actitud: es **la confianza en los jóvenes**. La caridad salesiana tiene como criterio comenzar no por los primeros, sino por los últimos; no por los más ricos desde el punto de vista económico o espiritual, los cuales disfrutaban ya de atenciones y servicios; sino por aquellos que no saben a qué parroquia pertenecen, ni cuál es la escuela a la que deben ir. En estos jóvenes se debe suscitar una esperanza y despertar energías.

Para ello, es necesario que el salesiano, en virtud de su fe en Dios, que quiere la salvación de todos, crea lo que Don Bosco decía: «*Todo joven, por desgraciado que sea, tiene un punto sensible al bien y es el primer deber del educador descubrir ese punto, esa cuerda sensible del corazón, y sacar provecho de ella*»¹²⁵.

La fe en Dios Padre y el acontecimiento de Cristo Salvador nos dice que nadie está definitivamente perdido. Todo joven lleva en su interior el signo del plan de salvación, en el que hay una promesa de plenitud de vida y de felicidad para cada uno.

¹²⁵ MBe V, 266.

Las tres biografías ejemplares que Don Bosco escribió hacen ver que es posible llevar hasta altos niveles la vida cristiana de quien está particularmente dotado (Domingo Savio); de recuperar a quien ha tenido un pasado menos favorable (Miguel Magone); y de acompañar hasta un desarrollo satisfactorio a quien dispone de recursos normales (Francisco Besucco).

La satisfacción espiritual del salesiano no es sólo la de proponer una meta a quien es capaz de volar a las alturas, sino de «salvar»: partir del nivel más bajo y elevar, ayudar a dar un paso. Ésta es también la participación del salesiano en la obra de Dios, participación que requiere fe y esperanza. El ejercicio constante de las virtudes teologales, pues, constituye la ascética del salesiano: capacidad de sembrar sin cansarse y sin tacañería, de dar siempre una nueva oportunidad, incluso cuando parece que los resultados no compensan, de ver la vida en todo su valor potencial como misterio imprevisible, siempre en espera de la acción de la gracia.

El buen educador es el que es capaz de dar y crear siempre una nueva oportunidad. Es el que nunca dice: ¡Basta!

Por eso, decimos que las tres energías interiores que tiene el muchacho —religión, razón, cariño— son también los tres aspectos y las tres fuentes de crecimiento para el educador. Él debe crecer continuamente en la fe, reconociendo la fecundidad de lo que Dios ha sembrado en la vida de los jóvenes a través de su palabra y su presencia; debe alimentar su optimismo, que es esperanza y confianza en el futuro de su trabajo; debe reconvertirlo todo en una caridad que es prontitud y capacidad de intervenir en favor de los jóvenes.

Todo esto ha llevado a repensar el concepto de prevención y de preventividad. Tal vez para muchos significaba ocuparse sólo de muchachos y jóvenes que no han sido todavía alcanzados por el mal. Anticipar es ciertamente una regla de oro. Mas «prevenir» quiere decir también impedir la ruina definitiva de quien está ya en el mal camino, pero tiene aún energías sanas que desarrollar o recuperar. En la reflexión actual socio-pedagógica se habla de una primera prevención y de base, de una segunda de recuperación y de refuerzo, y de una última que logra detener las consecuencias extremas del mal.

Junto con la predilección por los jóvenes y la confianza en la gracia de salvación que obra en ellos, hay una tercera actitud: es el **amor manifestado en forma de afecto**.

El amor verdadero se refiere al bien absoluto del otro, que se desea y se busca como si fuese propio. Ésta es la expresión fundamental, no unida a la simpatía recíproca entre los que se aman. Pero el amor del salesiano es, como decía Don Viganò, el que sabe hacerse corresponder, porque ha intuido que con esta correspondencia hace crecer al joven. Sintiendo estimado, éste aprende a estimarse, a tener confianza y a dar también él gratuitamente.

Podemos nosotros mismos recordar quiénes han sido los que han reavivado en nosotros deseos de superarnos y nos han dado valor para alcanzar incluso metas difíciles: son los que nos han demostrado estima, confianza, afecto.

Mientras que aquellos que nos han olvidado, ignorado o desestimado, han despertado en nosotros instintos de agresividad y sentimientos de desaliento. ¡El amor crea la persona!

Es el tema de la carta escrita desde Roma en 1884. Y también una conclusión de la experiencia educativa de Don Bosco. Cuando él era seminarista, los jesuitas, durante una epidemia, le ofrecieron hacer de asistente en una casa de campo que ellos tenían cerca de Turín, a la cual habían enviado a sus jóvenes estudiantes internos. Don Bosco aceptó la invitación para ocupar el tiempo, ganarse el pan y satisfacer su natural inclinación de estar con los jóvenes. Eran alumnos de escuela media; por tanto, de la buena sociedad.

Don Bosco no encontró dificultades en las relaciones con ellos. Les daba clases de repetición de griego, asistía en los dormitorios y, estando a sus palabras, tuvo en estos jóvenes excelentes amigos que le querían y le respetaban. Pero notó un detalle: la dificultad de influir profundamente cuando la relación educativa está «financiada» y el joven puede decir: «Tú haces bien tu oficio y yo lo reconozco. Pero yo te pago el servicio». La relación no era gratuita. El joven hacía la experiencia de recibir un «buen servicio», no la de ser «salvado». Entonces se hizo una reflexión que el biógrafo nos ha transmitido: *«En Montaldo pudo conocer la dificultad de adquirir sobre aquellos jóvenes el suficiente ascendiente necesario para hacerles el bien. Y se persuadió de que no era llamado a ocuparse de los jóvenes de familias señoriales»*¹²⁶.

Su modo de educar no funcionaba bien con aquellos jóvenes. Había una buena relación. Pero se trataba de una relación más bien de cosas que de personas. Era un intercambio de dinero por servicios, ambos prestados con perfecta gentileza y responsabilidad. Nacía de ello

¹²⁶ MBe I, 320.

una relación de respeto y de amistad, pero no de gratitud. En cambio, el sistema que él experimentó después, estaba basado en la correspondencia de afecto gratuitamente dado y gratuitamente correspondido.

Saber desencadenar la confianza es un aspecto de nuestra caridad educativa, porque sólo donde ella existe es posible el trabajo de educación. Ésta, como dice Don Bosco, «es cosa del corazón».

Refiriendo todo este discurso a la espiritualidad, no hay quien no vea cuánta ascesis y purificación requiere el estar a disposición de los muchachos, no para la propia satisfacción sino para su progreso; cuánta fe... hace falta para renovar la propia disponibilidad, para crear oportunidades de encontrarlos, para estar dispuestos a nuevas formas de comunicación, para comprender situaciones inéditas y así poderlos ayudar.

Es lo que expresa el artículo 15 de las Constituciones: *«Enviado a los jóvenes por Dios, que es todo caridad, el salesiano es abierto, cordial, y está dispuesto a dar el primer paso y a acoger siempre con bondad, respeto y paciencia. Su afecto es el de un padre, hermano y amigo, capaz de suscitar correspondencia de amistad: es la amabilidad tan recomendada por Don Bosco. La castidad y el equilibrio abren su corazón a la paternidad espiritual, y hacen que en él se transparente el amor preventivo de Dios»*¹²⁷.

¹²⁷ Const. SDB 15.

SEGUNDA PARTE

LA PRÁCTICA DE LA CARIDAD PASTORAL EN EL TRABAJO EDUCATIVO

Pero más allá de las actitudes que la caridad pastoral crea, hay algunos comportamientos visibles que constituyen su práctica. ¿Cómo manifiesta el salesiano su predilección por los jóvenes?, ¿su confianza en los recursos de ellos?, su capacidad de amarlos por encima de la simpatía espontánea o de su correspondencia inmediata?

1. El encuentro con el joven

Expresión típica de la caridad pastoral es, ante todo, el encuentro...: el saber encontrar a los jóvenes y encontrarse con los muchachos, dando el primer paso. ¿Pensáis que esto tenga algo que ver con la espiritualidad? ¡Ciertamente! ¿Dónde y cuándo se ve la espiritualidad, por ejemplo de una religiosa enfermera, sino en el encuentro con los enfermos? ¿Dónde y cuándo ver la espiritualidad del educador sino en el «momento» formativo?

Don Bosco fue un especialista del primer encuentro con el joven. Era capaz de suscitar inmediatamente la confianza, eliminar las barreras, provocar la alegría. Hay tantos de estos encuentros descritos por él mismo...

Algunos de estos encuentros han pasado a la historia como momentos «fundacionales». El encuentro con Bartolomé Garelli en la sacristía de la iglesia de San Francisco de Asís puso las bases del Oratorio.

En las biografías de los jóvenes, Don Bosco recuerda con gusto sus encuentros con ellos y se detiene en re-

construir paso a paso el sucederse de las frases. En la biografía de Domingo Savio reproduce el diálogo-encuentro, que tuvo lugar en la casa parroquial de Murialdo y en la dirección del Oratorio. En la vida de Miguel Magone hay incluso un capítulo, el primero, que lleva por título «Un curioso encuentro».

Don Bosco no sólo revive estos encuentros, sino que los propone como norma educativa. Casi se exhibe como en su arte de tocar la vida del muchacho. El encuentro comienza siempre con un gesto de absoluta estima, de afecto, de sintonía. Don Bosco entra en seguida y con sencillez en los puntos importantes de la vida de su pequeño interlocutor (instrucción religiosa, trabajo, padres, abandono, vagabundeo).

El diálogo, pues, es serio en sus contenidos, si bien cada una de las expresiones estén cargadas de alegría y de buen humor. Porque afrontan puntos cálidos de vida y los encaran seriamente y con alegría, estos momentos se caracterizan por la intensidad de los sentimientos. Miguel Magone se conmueve, Francisco Besucco llora de emoción, Domingo Savio «*no sabía cómo expresar su alegría y su gratitud; me tomó de la mano, me la estrechó y me la besó varias veces*»¹²⁸. Estos sentimientos explican por qué el recuerdo del primer encuentro permaneció imborrable también en la memoria de los jóvenes. Don Rua no olvidará nunca los gestos y las palabras del primer encuentro, cuando era apenas un niño, con Don Bosco.

Si tal era el recuerdo que habían dejado los encuentros en su ánimo, si tal es la importancia que él les da en

¹²⁸ JUAN BOSCO, *Vida del joven Domingo Savio*, en *Obras Fundamentales*, BAC, Madrid 1979, p. 146.

las biografías, hasta hacer de ellos el eje de la narración, es porque estaba convencido de que la calidad del educador-pastor se muestra en el encuentro personal y que éste es el punto al que tienden el ambiente y el programa.

Cuando un cardenal en Roma lo desafió sobre su capacidad educativa, Don Bosco le ofreció el espectáculo y la prueba de un encuentro personal y de un diálogo con los muchachos en Piazza del Popolo. Marcharon juntos hacia el lugar escogido. La carroza se detuvo cerca de la plaza. El cardenal permaneció en observación desde lejos. Don Bosco avanza hacia un grupo de muchachos que juegan y vociferan. Ciertamente no son delincuentes, sino golfillos y maleducados. Se trata de un episodio verdadero, pero probablemente reconstruido como «demostración o lección pedagógica». Releyéndolo encontramos la estructura narrativa de todos los otros «encuentros». El primer paso de acercamiento, la huida de los muchachos, la superación de la timidez, el diálogo serio-alegre, la intensidad emotiva de la conclusión¹²⁹.

El encuentro que suscita confianza y despierta la estima de sí, por otra parte, es una categoría evangélica. Jesús acoge y va al encuentro de todo tipo de personas: Zaqueo, Leví, Nicodemo, la Samaritana, la adúltera. Y el encuentro con Él deja señales.

Tal vez entre los salesianos hay algunos que han perdido esta capacidad. Pero, en compensación, en diversas partes del mundo se ven algunos hermanos y hermanas que van al encuentro de los jóvenes que ni instituciones educativas, ni fuerzas del orden, ni asistentes sociales son capaces de alcanzar. Y el encuentro lo hacen en la calle,

¹²⁹ Cf. *MBe* V, 652.

debajo de los puentes, en los lugares de reunión de las bandas. Hablando con ellos se comprende cómo esto es una práctica de caridad.

Para todos los salesianos se presenta como un dilema: ¿encontrar a los jóvenes sólo en las instituciones educativas, o también en lugares más libres y abiertos? Las primeras se están reduciendo cada vez más a las actividades y al tiempo de la enseñanza; y, en cambio, tales ambientes educativos no son para los jóvenes el lugar donde ellos manifiestan espontáneamente sus problemas personales. Los segundos no tienen una evidente connotación educativa y son de difícil gestión.

En el encuentro dentro de una institución, la relación inicial entre joven y educador está escudada por las normas de comportamiento. Puede haber corrección sin confianza. Fuera de las instituciones educativas se pone a prueba nuestra capacidad de demostrar a los jóvenes nuestro interés por su vida y de comunicarnos con ellos. Tal vez hoy los dos lugares de encuentro deben ser tomados en consideración por la comunidad, aunque no todos podrán actuar en el segundo.

2. La acogida

Una segunda práctica de la caridad pastoral es la acogida. El saber recibir al joven con alegría como quien recibe una gracia.

No se trata sólo de la acogida física, sino de todo lo que la persona lleva consigo como bagaje de vida: sus gustos legítimos, sus aspiraciones, su cultura.

Tal vez, tiempo atrás, la acogida que se daba al joven era sobre todo «institucional». El muchacho se incorpo-

raba a uno de nuestros ambientes y se sentía acogido, porque el poder disponer de semejante oportunidad educativa era un privilegio. La vida del instituto, alternando el deber del estudio, de la oración cotidiana, del juego, de actividades varias, representaba para él una verdadera novedad. El instituto era más «interesante» que su pueblo o su familia.

En este contexto, estaban cercanas las personas de los salesianos: el asistente, el profesor, el catequista, el director.

Hay que tomar conciencia del influjo marginal y, por lo mismo, de la poca atracción, que las instituciones tienen hoy sobre los jóvenes. La entrada en un ambiente solemne y ordenado, pero anónimo, no dice nada al joven. Tiene valor, en cambio, la acogida humana y personal, expresada con gestos sensibles de aceptación. Esto supone comprensión y empatía respecto de todas las situaciones y sanas tendencias juveniles, de cada uno de los jóvenes y de los grupos. Las Constituciones recomiendan *«abrirse al conocimiento vital del mundo juvenil y a la solidaridad con todos los aspectos auténticos de su dinamismo»*¹³⁰.

3. La creación de un ambiente

La tercera manifestación es dedicarse con paciencia y esmero a construir un ambiente rico de humanidad, que es ya expresión y vehículo de valores. La experiencia de la fuerza del ambiente pertenece a los primeros años de apostolado de Don Bosco y se convierte en una adquisi-

¹³⁰ *Const. SDB 39*

ción definitiva para todo el resto de sus días. Visitaba entonces las cárceles. Estando a sus palabras, «*constaté que algunos volvían a la cárcel porque estaban abandonados a sí mismos. '¡Quién sabe- decía para mí - si estos muchachos tuvieran fuera un amigo que se preocupase de ellos y los atendiese e instruyese en la religión los días festivos, quién sabe si no se mantendrían alejados de su ruina'*»¹³¹.

Don Bosco será el amigo de muchos muchachos a los que se acercó individualmente en los lugares más diversos; pero será también el animador de una comunidad de jóvenes, caracterizada por algunos rasgos y con un programa que desarrollar. Razones psicológicas, sociológicas y de fe lo confirmaron en la convicción de que había necesidad de una ecología educativa, donde la religión y el esfuerzo se respiraran y donde la caridad informase las funciones, las relaciones y la atmósfera.

No sólo, pues, escoge el ambiente, buscando estabilidad para su Oratorio y redactando un pequeño reglamento, sino que enuncia una teoría: «*El estar todos unidos sirve mucho para fabricar esta miel de alegría, piedad y estudio. Ésta es la ventaja de estar en el Oratorio. Al estar muchos juntos, aumenta la alegría de los recreos, se aleja la tristeza siempre que esta fea bruja intentase entrar en nuestro corazón. El ser muchos anima para aguantar las fatigas del estudio y sirve de estímulo ver el aprovechamiento de los demás; uno comunica al otro los propios conocimientos, las propias ideas y, de este modo, aprende uno del otro. El vivir entre muchos que practican el bien nos estimula, sin apenas darnos cuenta*»¹³².

¹³¹ JUAN BOSCO, *Memorias del Oratorio*, en *Obras fundamentales*, BAC, Madrid 1979, p. 413.

¹³² MBe VII, 511.

El ambiente no es genérico, sino que tiene rasgos característicos. No es un lugar material, donde se va a entretenerse individualmente, sino una comunidad, un programa, una tensión donde se inserta uno para madurar.

La caridad pastoral y el amor educativo nos llevan a gastar tiempo y salud, a preocuparnos de organizar bien un ambiente amplio, positivo, rico de propuestas, capaz de acoger a muchos jóvenes y de ofrecerles una experiencia positiva de la convivencia, de la responsabilidad, del compromiso, de la vida de fe.

Quien ve al salesiano, a veces cansado, que ordena cosas, entabla relaciones, hace reuniones y adorna paredes, para poder crear esta atmósfera, está tentado de pensar: ¿qué hace de espiritual este religioso fijando posters y escribiendo octavillas? ¿Tiene algo que ver con la espiritualidad? Es verdad que si el salesiano está totalmente entregado a las cosas, pudiendo ser ayudado, tal vez está empleando mal su tiempo y su capacidad. Pero si alguno pensase que toda la preocupación para disponer un ambiente positivo para los jóvenes es pérdida de tiempo y que nada tiene que ver con la espiritualidad, entonces debería meditar el pensamiento de San Pablo. Según el apóstol, no son las cosas las que son espirituales o carnales. Es la persona que, movida por el instinto, por el egoísmo o por la caridad, confiere calidad a la acción y orienta las cosas hacia lo espiritual o hacia lo carnal.

4. Relación educativo personal

Junto al saber y al querer encontrar a los jóvenes, junto a la acogida, a la animación educativa y religiosa de un ambiente, ponemos una última manifestación de la cari-

dad pastoral: la relación personal que ayuda al crecimiento.

La acogida tal vez recuerda sólo el primer momento del encuentro. La educación requiere luego un acompañamiento sereno, pero prolongado. La naturaleza provee a esto en la relación padre-hijo. En ella la generación biológica se continúa en la asistencia a la vida mediante la crianza-educación.

Hay, respecto de este punto, particularmente dos manifestaciones: la *amistad* y la *paternidad*. La primera ocurre muchísimas veces en las narraciones de Don Bosco que se refieren a la experiencia personal y la praxis educativa. Hemos visto que la amistad ha sido un rasgo de su juventud, demostración de su capacidad de dar y recibir afecto con alegría y siempre de manera personal y profunda.

En la educación, **la amistad profunda** nace de los gestos y de la voluntad de familiaridad, y se nutre de ella. A su vez provoca confianza. Y la confianza es todo en la educación, porque sólo en el momento en que el joven nos confía sus secretos es posible educarlo.

La expresión concreta de la amistad es la *asistencia*. Ésta se entiende como un deseo de estar con los muchachos y compartir su vida. No es, pues, una «obligación de estado», sino una cierta pasión por comprender y ayudar a vivir las experiencias juveniles. Es, al mismo tiempo, presencia física donde los muchachos se encuentran, intercambian o proyectan; y fuerza moral con capacidad de animar, estimular y suscitar. Asume el doble aspecto de la preventividad: proteger de experiencias negativas precoces y desarrollar las potencialidades de la persona a través de propuestas positivas. Desarrolla motivaciones

inspiradas en la razón (vida honrada, sentido atrayente de la existencia) y en la conciencia, mientras refuerza en los muchachos la capacidad de respuesta autónoma a la llamada de los valores.

También la asistencia ha tenido entre nosotros una evolución y un enriquecimiento progresivo. El primer modelo de asistencia fue el oratoriano, todo él basado en la relación de amistad, colaboración y deseo de estar juntos y ayudarse. La exigencia disciplinar y el control constituyen en ella un porcentaje mínimo.

Luego vino el «modelo» escolar. El cumplimiento del deber, la prevención de desórdenes, la disciplina comenzaron a predominar. La relación personal, la comunicación espontánea perdieron altura. Hoy se recupera la dimensión de acompañamiento, ayuda en la libertad, propuesta, animación de las actividades juveniles. Por eso, se siente la necesidad de la «asistencia» también fuera de las obras.

La acogida, la amistad, la asistencia culminan en una manifestación singularísima: la **paternidad**. Ésta es más que la amistad. Es una responsabilidad afectuosa, pero con autoridad, que aporta guía y enseñanza vital y exige disciplina y esfuerzo. Es amor y autoridad. Es el carácter que distingue al primer responsable de un programa. Se extiende a cada uno y al conjunto; y, en este conjunto, es protegida, defendida y subrayada.

Se manifiesta, sobre todo, en el «saber hablar al corazón», en forma personalizada y personalizante, porque se tocan las cuestiones que actualmente ocupan la vida y la mente de los muchachos; saber hablar desvelando la importancia de lo que les va sucediendo, de modo que llegue a tocar la conciencia, la profundidad y ayudarlos a

adquirir una sabiduría con la que afrontar alegrías, problemas y pruebas: en un modo de hablar que comunica el arte de vivir.

Amistad y paternidad crean el clima de familia, donde los valores se hacen comprensibles y las exigencias aceptables. Así se traza la línea entre el autoritarismo, que corre el peligro de no influir, y el permisivismo, que no logra transmitir valores y en el que la amistad resulta pasatiempo inconsistente que no ayuda a crecer.

5. Conclusión

- Nuestra caridad pastoral tiene una fisonomía propia: es pedagogía.
- Incluye actitudes interiores, prácticas cotidianas, hábitos de trabajo, criterios organizativos...
- Todo ello, imaginado y puesto en práctica para poder revelar a los jóvenes el gusto de la vida plenamente humana y el amor de Dios: queremos ser «*signos del amor de Dios*».
- En este sentido, nuestro trabajo educativo constituye también nuestra experiencia espiritual típica. Cuando queremos mostrar a alguien la espiritualidad benedictina, lo llevamos al «monasterio»; si queremos hacerle experimentar directamente el punto alto de la espiritualidad focolarina lo invitamos a las «mariápolis». Para ver en alto, al vivo y en directo la espiritualidad salesiana, hay que ir al patio u observar a los salesianos entre y con los jóvenes.

VII. EDUCADORES

1. Los salesianos/as son educadores/as

Los numerosos artículos constitucionales que describen las actitudes, las prácticas y las obras de nuestra caridad pastoral, al lado de la palabra *evangelizar*, colocan otra: *educar*, educadores. Lo mismo sucede en los escritos y documentos oficiales sobre nuestra espiritualidad, hasta acuñar un eslogan, cuya importancia precisa debe todavía aclararse: «*Evangelizar educando, educar evangelizando*».

Uno de los aspectos de la personalidad, de la misión y de la espiritualidad de Don Bosco —y lo mismo debe decirse de Madre Mazzarello— que la historia ha presentado como más sobresalientes, es su atención al campo educativo y su genialidad pedagógica. Es más, podemos decir, sin duda alguna, que ha sido privilegiado respecto de todos los demás aspectos. La mayor parte de los congresos que se han celebrado en ámbito eclesial y secular, en las diversas naciones con ocasión de los centenarios, lo ha escogido como el que más y mejor podía hablar a nuestros contemporáneos.

Entre los salesianos maduró la idea de pedir que Don Bosco fuese declarado «Doctor» de la Iglesia. No por su doctrina «teológica», sino por su inspiración y praxis educativa. La Carta del Papa «*Padre y Maestro de la ju-*

ventud» está toda ella dedicada al servicio, la entrega y la capacidad educativa de Don Bosco.

De este rasgo de la espiritualidad salesiana hemos tenido una presentación en la beatificación de Madre Magdalena Morano (5 de noviembre de 1994): maestra de escuela por vocación antes de entrar entre las salesianas, su vida religiosa está marcada por la mentalidad, el entusiasmo, el servicio y la creatividad educativa.

El interés no es nuevo. Es más, tal vez sea éste el aspecto que desde el principio ha atraído más la atención de todos y que ha tenido más relieve ya en las primerísimas biografías por voluntad misma de Don Bosco. Y se explica. El simple hecho de un sacerdote que va a la búsqueda de los jóvenes por las calles y se adapta a su lenguaje y a sus gustos, sería también hoy tema para un film.

Don Auffray, en el capítulo XII de su vivaz biografía, dedicado a «*Don Bosco educador*», da una valoración y presenta un dato: «*Si unos nacen poetas, otros artistas, otros científicos, Don Bosco había nacido educador. Es como si, confiándole una misión bien precisa, Dios le hubiera dado también los medios para llevarla a término tan fructuosamente. Las circunstancias y el ansia apostólica movieron a Don Bosco a ocuparse de un número increíble de problemas: se puede decir que pocos hombres, en la Iglesia y fuera de ella, han hecho tantas y tan diversas cosas. Y, sin embargo, la de educador fue la vocación que él sintió como suya más que ninguna otra. En el pasaporte que se le entregó en 1850 para viajar a Milán, la profesión declarada por el Santo es la de, suficientemente elocuente, «maestro de escuela elemental».*

Estas valoraciones dieron origen a una discusión: si en él fue anterior en el tiempo y más fuerte, la vocación

de educador o la de sacerdote. Don Pedro Braido sigue el entrecruzarse de ambas durante el curso de su vida, para concluir que la de sacerdote es anterior y la inspiradora, y encuentra su campo propio en la educación de la juventud. Esto justifica nuestra actual dedicación a la educación con finalidades pastorales.

El decreto de beatificación habla de Don Bosco como de *«un educador eminente (princeps) que abrió caminos definitivamente válidos a la pedagogía cristiana»*.

Los Institutos de los SDB y de las FMA han vivido tiempos de entusiasmo y casi de exaltación de este aspecto de su trabajo y lo han manifestado de diversas formas. Durante muchos años han desarrollado preferentemente los diversos sectores educativos: escolar, profesional, agrícola, creando estructuras y funciones a todos los niveles. A tales sectores han dirigido la mayor parte del personal y lo han preparado con calificaciones y títulos. Después de madura reflexión, han querido presentarse y afirmarse en los ambientes civiles, como personas interesadas en el crecimiento cultural y en la promoción de los jóvenes y de la gente. Como culmen de todo esto han creado dos Facultades de Ciencias de la Educación, las cuales han constituido una novedad en las Universidades Pontificias. En efecto, las ciencias de la educación no eran consideradas ni «eclesiásticas» ni «pastorales». Se necesitaron tiempo y mediaciones para incluirlas como Facultades en una Universidad Pontificia. Por último, han llegado con gusto a un diálogo con gobiernos e iglesias particulares para dar respuesta a problemas educativos urgentes.

Este entusiasmo incluía simultáneamente la educación humana, es decir, el crecimiento cultural de la per-

sona en el propio ambiente, la formación cristiana, o sea el desarrollo de la persona como hijo de Dios y miembro de la Iglesia. Los dos aspectos, en épocas anteriores, se presentaban unidos, interpenetrados, como fundidos en los programas e instituciones educativas y también en las intenciones de los que los ponían en práctica.

Este origen y esta tradición permanecieron impresos en nuestra identidad. En las Constituciones los términos *evangelizar* y *educar* forman un binomio indisoluble. Entre los dos existe una relación original. La finalidad es única: miramos a iluminar, a hacer crecer, a equipar para la vida, a capacitar para el uso de la libertad, a dar a los jóvenes el gusto por los valores.

Pero entre los dos hay una subordinación valorativa: estamos persuadidos de que en Jesucristo encontramos el sentido, la luz y la fuerza para orientar la vida. Todo tiende a que puedan llegar a conocerle a Él, aunque respetemos los tiempos y el camino de cada uno.

Educar-evangelizar son dos programas que, sin ser iguales, se comunican y se complementan recíprocamente. Nuestro modo de *evangelizar* tiende a formar una persona madura en todos los sentidos. Nuestra *educación* tiende a abrir a Dios y al destino eterno del hombre.

El salesiano no es sólo catequista o pastor, sino educador. Las FMA no son un Instituto de catequistas parroquiales, aunque también se ocupen de ello. Unos y otras hacen de la educación su práctica de la caridad. «*Don Bosco aparece ante el mundo y la Iglesia como un santo Educador, es decir, como uno que ha comprometido su santidad en la tarea educativa*» (Don Viganò).

2. Educación y experiencia de Dios

¿Qué supone esto respecto de la espiritualidad? ¿Se trata sólo de una ocupación profesional añadida a la vida espiritual, o modela la espiritualidad de la persona?

Han aparecido en los últimos tiempos muchos estudios sobre el religioso/a educador. En todos se ve la preocupación de confirmar el carácter apostólico y carismático del trabajo educativo. Al mismo tiempo, se previene contra el peligro del «profesionalismo»; es decir, de la separación entre trabajo profesional de educación y experiencia de Dios; no sea que un religioso/a no sea capaz de hacer transparentar la propia vida consagrada a través del trabajo educativo; y que busque y sienta más la preocupación de ser y de aparecer como «director pedagógico» o «profesor», que hombre/mujer de fe.

Estos estudios tratan, también, de refrenar un posible sentido de frustración por los escasos resultados que se logran en las estructuras educativas respecto de la fe.

Y, finalmente, animan a renovar la pastoral de los ambientes educativos, adecuándose a los tiempos, partiendo de nuestras actitudes y mentalidad en una sociedad pluralista, secular, en la que la actividad educativa es autónoma de preocupaciones confesionales, y, sin embargo, puede y debe estar en comunicación con la fe.

Se trata de asumir el trabajo educativo, viéndolo como colaboración con Dios en el crecimiento de la persona.

La Escritura, en efecto, presenta la historia de la salvación como un proceso educativo. Dios educa a la persona y al pueblo, según cuatro modalidades.

En primer lugar habla con ellos. Ellos son sus interlocutores. Escuchan, pero también responden y preguntan.

La imagen del hombre que interpela, buscando razones y comprensión, es Job. Pero también Abrahán interpela al Señor. El hablar es la característica del Dios verdadero, en contraposición a los ídolos, que son mudos. El diálogo entre Dios y el pueblo culminará en la Palabra que se hace carne.

Pero, además de hablar, *el Señor impulsa y casi obliga al pueblo a experiencias* siempre nuevas y maduradoras, aunque no fáciles: romper la dependencia de Egipto, aventurarse en el desierto, formar la comunidad en la propia tierra, expresar la identidad religiosa, aceptar la ley.

Con esto *estimula y acompaña a personas y comunidad en un camino de liberación*: liberación de los yugos humanos y apertura a Dios obtenida también a través de luchas y pruebas.

Así le hace *tomar conciencia de lo que son, de su destino*, que el hombre por sí mismo no llegaría a descubrir: no esclavos, ni sometidos a fuerzas mágicas, sino «pueblo de Dios», objeto de su amor.

La Biblia no sólo describe el obrar de Dios según las actitudes que nosotros atribuimos al educador (respeto de la libertad, paciencia, nuevas oportunidades, pruebas); no sólo emplea el lenguaje con el que nosotros describimos el trabajo educativo (orientar, corregir, acompañar, castigar para salvar), sino directamente atribuye a Dios la función de Educador..., empleando la palabra hebrea «*Musar*», que en griego se traduce por «*Paideia*».

«Lo encontró en una tierra desierta, en una soledad poblada de aullidos; lo rodeó cuidando de él, lo guardó como a la niña de sus ojos. Como el águila incita a su nidada, revolando sobre los polluelos, así extendió sus alas, los tomó,

y los llevó sobre sus plumas»¹³³. Éste es el texto más tierno y poético, pero no es el único. Se podrían encontrar centenares de textos bíblicos, breves y largos, sobre la obra educadora de Dios respecto del hombre, del mismo tenor: «Yo enseñé a andar a Efraín, tomándole en mis brazos...; con cuerdas humanas los atraía, con lazos de amor...; y era para ellos como quien alza a un niño contra su mejilla ; me inclinaba hacia él para darle de comer»¹³⁴. «Date cuenta de que Yahvéh, tu Dios, te corregía como un hombre corrige a su hijo»¹³⁵.

La acción educativa de Dios se expresa en la llamada exigente hacia un crecimiento progresivo, pero también a rupturas imprevistas con el pasado y partidas repentinas hacia mundos y formas nuevas de vida. «Sal de tu tierra» no es sólo una palabra o un episodio, sino una constante de la relación entre el hombre y Dios. Todo ello concurría a elevar el espíritu y la vida hacia una calidad superior de relaciones recíprocas y perspectivas históricas.

A la luz de este modo de obrar de Dios, se comprende el estilo y la responsabilidad educativa de Israel, según cuanto ha sido codificado en la tradición y en una literatura sapiencial rica de consejos, máximas y exhortaciones¹³⁶.

Es una responsabilidad que va más allá del hecho de asegurar al hijo un porvenir. Transmite de una generación a la otra «la memoria» de las promesas de Dios y la esperanza de su cumplimiento. Por esto, la Palabra de Dios inspira a los padres, educadores y maestros: una estima

¹³³ Dt 32,10-12.

¹³⁴ Os 11,1-4.

¹³⁵ Dt 8,5.

¹³⁶ Cf. Prov, *passim*; Sir, *passim*; Sap, *passim*.

sin igual por las nuevas generaciones: los hijos son la bendición de Dios, anillos indispensables en el desarrollo de la humanidad y en la realización del proyecto de Dios; sin hijos que conozcan a Dios, no hay promesas. Quien ha podido seguir el concepto que tienen otros pueblos sobre la descendencia nota una enorme diferencia.

La misma Palabra prescribe, además, educarlos en la alianza de modo que tengan conciencia tal que constituyan «el pueblo de Dios».

Este filón culmina en Jesucristo. Él se presenta como Maestro. No es difícil espigar en el Evangelio alusiones y rasgos educativos. Basta pensar en los diálogos de Jesús con los discípulos y la gente que se le acerca: las aperturas de mente que provoca, las invitaciones a reflexionar y comprender. Añadamos el lenguaje de las parábolas, con las que hace fácil a sus oyentes la comprensión de la verdad; y, sobre todo, sus invitaciones a superar las demandas materiales, que en general presentan sus interlocutores, y a pasar a las más profundas, a los bienes del Reino.

Su acción educativa se hace sistemática y cotidiana con los apóstoles:

- ❑ poco a poco los ayuda a comprender el valor y las exigencias de un proyecto comunitario a largo plazo; mientras ellos se demuestran preocupados por las propias ventajas y deseosos de efectos inmediatos...;
- ❑ los ayuda a superar el integrismo y el celo autoritario; deben aprender a aceptar adversarios, rivales y gente que piensa diversamente¹³⁷; les enseña a ver, a mirar con profundidad los problemas fundamentales del

¹³⁷ Cf. Mc 9,38-39; Lc 9,52-56.

hombre, por ejemplo, las enfermedades, las catástrofes inexplicables, la muerte¹³⁸; deben aprender que no hay relación directa entre desgracia y pecado;

- ❑ los hace pasar de la visión y de los intereses de «pueblo» a los interrogantes religiosos y a la salvación de la nación y del mundo; deben salir mentalmente de la aldea y pensar en términos universales;
- ❑ los guía a ser críticos también sobre algunos aspectos de la religión que se han vuelto contra el hombre: el legalismo, el puritanismo, el uso de la religión por parte de quien gobierna, el ritualismo¹³⁹;
- ❑ los enseña a juzgar con prudencia y finura, a superar la superficialidad y la tosquedad en las valoraciones sobre las personas; pensemos en el juicio sobre la mujer que ungió sus pies en casa de Simón y en el episodio de la adúltera; todavía hoy se escuchan valoraciones molestas, por parte de personas creyentes frente a situaciones semejantes.

La obra educadora de Dios no termina aquí. San Pablo la ve en tres fases sucesivas que se distinguen porque cada una influye más profundamente sobre la persona.

Israel es considerado como un niño bajo el control de un pedagogo externo: la ley. Ésta le muestra el camino, pero no le da la fuerza para recorrerlo, ni le presenta la identidad que debe conseguir. La ley, en efecto, no es la meta, ni la forma, ni mucho menos la vocación del hombre. El destino de la persona, en cambio, es el amor y la libertad.

¹³⁸ Cf. Jn 9,1-4; 11,17 ss.; Lc 13,1-5.

¹³⁹ Cf. Mt 12,1-11; 15,10-19; 13,13-20; Lc 13,10-16; Jn 5.9-18.

La segunda fase viene de la plenitud de los tiempos: Dios envía a su Hijo. En Él nos infunde la forma humana a la que estamos destinados. Tal forma está plasmada ya dentro de nuestra naturaleza por la Encarnación de Jesús y constituye nuestro código genético por la gracia de la adopción. Está dentro de nosotros y debe revelarse y desarrollarse.

Finalmente, está *la tercera fase: Jesús nos infunde el Espíritu que se hace nuestro pedagogo y nuestro guía interior.* Es el Espíritu de libertad y generosidad que nos impulsa a modelarnos según la grandeza y la profundidad que aparecen en Cristo. En esta perspectiva, hay que leer la función educadora de la Iglesia en el mundo.

La educación de la humanidad no es para ella una manifestación opcional de la caridad, como puede serlo el dar de comer al hambriento o acoger al peregrino. Es el corazón mismo de su misión. La Iglesia es la mediadora de la acción educadora de Dios, la continuación del magisterio de Cristo, el signo de la presencia del Espíritu en el hombre.

Por eso en la Iglesia todo es educativo, y tiende a dar al hombre conciencia de su ser y de su destino, a despertar energías de construcción, a descubrir cuanto de bueno, de noble y de eterno ha puesto el Creador en él. Algún autor (*Dietrich von Hildebrand*) se ha dedicado a estudiar la fuerza educativa de la liturgia con sus gestos, ritmos, actitudes, palabras, significados.

La Iglesia siempre sostendrá la unión o coherencia que hay entre el hacer nacer a un hijo, educarlo, abrirlo al conocimiento de Dios, iniciarlo en el misterio de Cristo y en la vida según el Espíritu, según la palabra de San Pablo: «*Todo lo que es verdadero, noble, justo, puro, ama-*

ble, laudable; todo lo que es virtud o mérito, tenedlo en cuenta»¹⁴⁰.

Siempre serán numerosos en la Iglesia al lado de los ministros del culto y de los predicadores, los educadores del pueblo, personas carismáticas que fundarán instituciones educativas para todas las clases sociales y en todo contexto cultural.

Muchos religiosos se dedicarán profesionalmente a la actividad educativa, haciendo de ella la expresión de su opción radical por Dios: no un aspecto yuxtapuesto a la consagración religiosa, sino un modo singular de expresarla.

En conclusión: educar es participar en la obra de Dios Padre que crea la persona, de Cristo que revela nuestro ser de hijos de Dios y hace posible vivir como tales, del Espíritu Santo que desde dentro inspira el crecimiento de la libertad y de las expresiones típicas de los hijos.

Lo expresa con mucho valor y sencillez un artículo de las Constituciones de las Hijas de María Auxiliadora: «*La asistencia salesiana (inuestra manera de educar!) se convierte en atención al Espíritu Santo, que actúa en cada persona*»¹⁴¹.

3. Educación y espiritualidad

Ordinariamente hacemos tres aproximaciones al tema de la educación:

Una es la de la *experiencia vivida*. Nos da una idea real de las dificultades que conlleva, pero también de los

¹⁴⁰ Flp 4,8.

¹⁴¹ Const. FMA 67.

beneficios que los jóvenes reportan de ella. Educar es un arte difícil, pero insustituible.

Otra es la *profesional*; nos enriquece con conocimientos y técnicas para llevar adelante la tarea educativa.

La tercera es la *de fe o «carismática»*, que nos revela el valor de caridad que tiene nuestro servicio educativo y las finalidades últimas a que tiende.

Pues bien, ¿qué es lo que crece, en nuestra vida espiritual, cuando educamos? ¿Qué debemos dominar y mortificar? ¿Qué dimensiones personales desarrollamos?

El educador está llamado a contemplar el misterio de Dios que obra en la persona humana y a ponerse a su servicio: algo semejante a lo que hizo María con Jesús, hasta que la madurez humana de este su Hijo consintiese la expresión de la conciencia divina. María debió acompañar y sostener esta humanidad con el alimento, la limpieza, el afecto, el consejo, la enseñanza de la lengua y las tradiciones, sin saber a ciencia cierta qué se habría de revelar en Jesús.

Hay un diálogo secreto y misterioso dentro de cada persona. Poco a poco, ésta va asumiendo una conciencia de sí, va elaborando un proyecto de vida donde compromete sus fuerzas y se juega sus posibilidades.

Su futuro es una incógnita. El educador está llamado a ofrecer todo lo que cree oportuno y a respetar la libertad del sujeto en este diálogo, viviendo con esperanza la incógnita del futuro. Don Bosco, adaptando un dicho de la Escritura conforme a las traducciones de su tiempo, había hecho escribir en las paredes del Oratorio una frase que aún hoy se puede leer: «*No se puede conocer la*

huella que deja la serpiente en la piedra, ni el camino que tomará un muchacho en la vida». Y, sin embargo, el educador se interesa sinceramente de lo humano, aunque sea incierto. En efecto, en eso humano, en virtud del crecimiento, Dios será acogido y se manifestará con una evidencia cada vez mayor.

Tal vez el religioso se pregunta: ¿qué puedo ofrecer yo en la educación, de diverso de lo que ofrece un seglar? En cuanto a prestaciones profesionales, nada. El consagrado/a hace y dice cuanto puede decir y hacer un seglar. Pero hablando así estamos reduciendo la educación a instrucción, socialización o preparación profesional.

Si, por el contrario, entendemos la educación como florecimiento de todas las posibilidades de la persona y apertura a los horizontes más amplios de la experiencia humana, entonces el religioso coloca en ella todo el peso de su opción radical. Su cercanía puede decir algo sobre los valores que propone el Evangelio.

«En un mundo tentado por el ateísmo y por la idolatría del placer, de la posesión y del poder, nuestro modo de vivir testimonia, especialmente a los jóvenes, que Dios existe y su amor puede llenar una vida; y que la necesidad de amar, el ansia de poseer y la libertad para decidir de la propia existencia, alcanzan su sentido supremo en Cristo Salvador»¹⁴².

Ser educador requiere profesionalidad y aplicación paciente a dicha tarea. La educación es un trabajo específico, para cumplir el cual no basta la buena voluntad. Como para las demás profesiones, hay toda una ciencia y una práctica acumulada. Intervenir por principio de for-

¹⁴² Const. SDB 62.

ma aproximativa o improvisada es como hacer una intervención quirúrgica en la oscuridad o con un instrumento inadecuado. De traumas sufridos durante el período educativo está llena la historia de la psiquiatría.

Hoy más que nunca la educación resulta compleja por muchos factores: el joven recibe muchos influjos y le es difícil hacer una síntesis de ellos; las agencias educativas son muchas y casi siempre sin conexión entre ellas; los mensajes son heterogéneos. Por eso, la educación ha sido definida como «una misión imposible».

Al educador se le pide seriedad en el propio trabajo y vigilancia mental: debe estar al tanto de todas las corrientes que influyen en los jóvenes y ayudarlos a valorarlas y a elegir. Y esto requiere paciencia y amor.

Por último, hay la capacidad de compañía y de comunicación. No basta saber, hay que poder comunicar. No basta comunicar, hay que comunicarse. Quien comunica una noción, pero no se comunica, enseña pero no educa.

La comunicación, por otra parte, es imposible sin salir de sí mismos. Hay que amar lo que comunicamos y a aquel a quien comunicamos. No es cuestión de emplear instrumentos mejores o mejores técnicas, sino de superar las lecciones «en conserva» y discursos «congelados».

Megáfonos, televisiones, videocassettes, dibujos ayudan ciertamente a la claridad conceptual. Pero el punto fundamental es creer en lo que se ofrece, ser capaces de repensar a la luz de la experiencia y cultura actual cuanto ha constituido nuestra riqueza para poder compartirlo con los jóvenes. También esto obliga a un trabajo que constituye una verdadera ascesis.

VIII. EVANGELIZADORES

1. La caridad pastoral impele a evangelizar

La caridad pastoral es eminentemente activa. Se manifiesta siempre en un servicio a la comunidad cristiana o, más generalmente, a la persona. Este servicio no constituye sólo una prestación de trabajo, un tiempo que hay que salvar con la oración, una especie de desgaste de la vida espiritual; sino que él mismo es una experiencia de Dios y un camino de progreso en la vida espiritual.

«En estos Institutos (de vida activa) —dice el n.º 8 del Perfectae Caritatis— la acción apostólica y benéfica pertenece a la naturaleza misma de la vida religiosa, ya que el sagrado ministerio y la obra propia de la caridad les han sido encomendados por la Iglesia y deben cumplirse en su nombre».

En la mentalidad común no se ha disipado todavía la antigua oposición entre contemplación y actividad, María y Marta. Se sigue pensando que la primera consiste en el pararse a rezar o en almacenar energías, mientras la segunda en gastarse y casi distraerse entre las cosas. Es verdad que la contemplación tiene la primacía. Pero es igualmente verdad que ella se encuentra también perfectamente dentro de la acción y, por lo tanto, no se opone a ella.

Las Constituciones de los SDB y de las FMA dicen que nosotros somos evangelizadores de los jóvenes, especialmente de los más pobres y del pueblo. Y añaden que el Sistema Preventivo es nuestro modo de vivir y de comunicar el Evangelio¹⁴³. En este trabajo, pues, no sólo empleamos el tiempo en servir al prójimo, sino que buscamos nuestra santificación.

¿Por qué *evangelizadores*? Es una palabra que no se encuentra en los vocabularios de Don Bosco ni de Madre Mazzarello. Ellos hablaban de dar el catecismo a los muchachos y a las muchachas y predicar al pueblo. Evangelizar es un término que hoy prevalece en el lenguaje eclesial por la situación que se está viviendo, es decir, de lejanía o prescindencia de la fe cristiana por parte de la mayoría. Veamos su sentido.

San Pablo, hablando de los carismas, como dones del Espíritu para formar la comunidad cristiana, enuncia cinco: apóstoles, profetas, evangelizadores, pastores y doctores.

No eran los únicos ni se distinguían perfectamente entonces, y mucho menos lo son hoy. Pero el recordar cómo funcionaban y se coordinaban nos ayuda a comprender la función del evangelizador.

- El *apóstol* pone el fundamento de la comunidad y la gobierna. Por su conexión con los primeros doce, a través de la sucesión apostólica, garantiza la verdad de la fe y la comunión con la Iglesia universal. Podría no ser el más activo ni el más eficaz de los evangelizadores. Su carisma es el carisma del fundamento y de la comunión.

¹⁴³ *Const. SDB* 20; *Const. FMA* 7 y 66.

- El *profeta* interpreta los designios de Dios para el momento actual de la comunidad. Tiene poco que ver con predicciones del futuro. En cambio, lee los acontecimientos y descubre signos de la acción de Dios en la historia.
- El *pastor* custodia, cuida, anima y hace progresar la comunidad ya constituida. Su imagen está bien representada en el que tiene un rebaño, lo conoce y le provee de pastos y de agua; son dos símbolos que aún hoy hablan claramente.
- El *doctor* profundiza la doctrina recibida. Saca de ella nuevos significados y enseñanzas y los confronta con la cultura del pueblo y de los sabios.
- El *evangelizador* proclama el Evangelio a los que todavía no lo han oído y donde no ha sido anunciado suficientemente. Lleva la Buena Nueva acercando nuevos fieles a la comunidad. Es un misionero, pero no necesariamente enviado lejos. Se mueve en la propia ciudad o ambiente, comunicando a Jesús e invitando a participar en la comunidad.

En los evangelizadores sobresale la iniciativa, el impulso, la capacidad de afrontar situaciones nuevas, de interpretar las esperanzas de los que parecen estar lejos, de entablar un diálogo con los indiferentes. Ellos van al encuentro de la gente más bien que esperarla en la iglesia. Ser evangelizadores de los jóvenes es semejante a ser «misioneros de los jóvenes»; capaces de llegar a los que están lejos física, psicológica o culturalmente.

La imagen del evangelizador en los Hechos de los Apóstoles es el diácono Felipe. «*Felipe recorría todas las*

ciudades evangelizando»¹⁴⁴. Recorría, pasaba de una ciudad a otra, de un grupo a otro. Es un especialista del anuncio, de la provocación. No se detiene a consolidar la comunidad o a proveerla de estructuras materiales. Su trabajo consiste en roturar. Así había ordenado Jesús a sus discípulos delante de sí para que prepararan su llegada.

Hay, y debe haber, en las iglesias un justo equilibrio entre atención pastoral y tensión evangelizadora; y así también en nuestras Congregaciones, en las inspectorías, en cada salesiano/a. *«La Iglesia vive si sabe mantener en sí misma estos dos dones de evangelizar y de apacentar en un equilibrio que, evidentemente, podrá variar según las circunstancias y las situaciones. Cuando el equilibrio se rompe y una iglesia, por ejemplo, se vuelve únicamente evangelizadora, sin pensar en llevar adelante y en sostener las comunidades, entonces tenemos el tipo de iglesias entusiastas, en las que dominan únicamente las fuerzas de ataque, pero no se construye. Cuando, por el contrario, todo el peso recae sobre la acción pastoral, entonces la iglesia se apacienta a sí misma indefinidamente y pierde el punto de expansión que la hace ser iglesia. He ahí la importancia de estos dos carismas juntos, evangelizadores y pastores»*¹⁴⁵.

La Iglesia está viviendo hoy un «tiempo» de evangelización, en todas partes, pero con una modalidad singular en el mundo occidental. El carisma del evangelizador parece contener todos los otros y pasar al primer plano. La misión más importante de los creyentes hoy es anunciar el Evangelio y suscitar el deseo de la fe. La palabra «tiempo» se usa en la conversación habitual con signifi-

¹⁴⁴ Hch 8,40.

¹⁴⁵ «L'Evangelizzatore in San Luca», ed. Ancora, Milán 1986, pp. 18-19.

cados diversos. Según la acepción más frecuente, el tiempo es la duración que se mide con el reloj: es el *tiempo cronológico*.

Sin embargo, «tiempo» indica también el conjunto de oportunidades, acontecimientos, opciones y desafíos, que caracterizan un fragmento de la historia humana: decimos que estamos viviendo un tiempo de transformaciones, un tiempo de violencias, o tiempos difíciles. Nos referimos al tiempo de Don Bosco o de Juan Pablo II. Los días y los meses que se suceden están caracterizados por un acontecimiento, una persona, una preocupación. No significa que no se verifiquen otros sucesos favorables o adversos, pero la atención personal y comunitaria está sustancialmente dominada por un fenómeno que se vive con particular intensidad, como fuente de angustias o de alegrías, como punto en el que convergen esfuerzos y preguntas. Tal fenómeno marca el pasar de los días: es el *tiempo histórico*. En este último sentido decimos que la Iglesia está viviendo un *tiempo de evangelización*.

El anuncio del Evangelio es siempre un deber tan importante que se identifica con la misión misma de la Iglesia¹⁴⁶. Sin embargo, en la historia de la Iglesia hay épocas en las que emergen otras preocupaciones, como la organización, la disciplina interna, la defensa de la cristiandad. Hablamos del tiempo de las cruzadas, del tiempo de las grandes catedrales, del tiempo de la Contrarreforma.

Se constatan, en cambio, épocas en las que todas las energías van dirigidas a difundir el anuncio puro y simple del Evangelio y a formar comunidades cristianas. Podemos volver con la memoria al tiempo que siguió al Con-

¹⁴⁶ Cf. PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi* 15.

cilio de Jerusalén. Los apóstoles se dispersaron para llevar al mundo de entonces el núcleo del mensaje. Sobre todo, trataron de ayudar a cuantos se convertían a vivir en conformidad con el Evangelio en un ambiente heterogéneo. El nuestro es un tiempo semejante al de los apóstoles.

Comienza con el Concilio Vaticano II, cuando la Iglesia se pone frente a la modernidad en forma positiva, sin cesar por ello de ser sanamente crítica. La condición de modernidad es considerada, no contraria o enemiga, sino como la masa en la que la Iglesia debe actuar como levadura. En el Espíritu que la guía intuye el insustituible servicio que debe ofrecer en esta situación de la humanidad.

A diez años del Concilio, un Sínodo y el Papa Pablo VI trazan un documento pragmático, considerado como el más lúcido y determinante del final del siglo, la Exhortación Apostólica «*Evangelii Nuntiandi*» (1975). A ésta se añaden reuniones y documentos de nivel continental, entre los cuales está el documento del Episcopado latinoamericano «*La evangelización en el presente y en el futuro de la América Latina*» (1979).

El movimiento se consolida con la cuarta asamblea del Sínodo, que concentra la atención sobre la evangelización de los jóvenes, de donde toma origen la *Exhortación Apostólica sobre la Catequesis* (1979). Finalmente, en la década del 90 y en los umbrales del tercer milenio, el Papa lanza y relanza la *Nueva Evangelización*.

Si se quisiera cualificar este movimiento con una palabra, si se quisiesen destacar los principales desafíos, la solicitud que se manifiesta con preponderancia, la dirección en la cual se concentran los recursos, el término más apropiado sería «*evangelización*». Lo prueban las exhor-

taciones de Pablo VI y el movimiento actual de la *nueva evangelización*.

Pero, ¿por qué es éste un «tiempo» de evangelización? En este nuestro tiempo se perciben algunos fenómenos que desafían la credibilidad del cristianismo.

Uno es la búsqueda de sentido para la vida, que sienten muchas personas después del ocaso de las utopías políticas y de las explicaciones científicas. ¿Puede darlo el Evangelio? Y ¿es real y practicable tal sentido, o es idealista e inútil?

Otro son los problemas de conciencia que se proponen a los individuos y a la sociedad respecto de la vida, de la muerte, del amor, de la familia, de la sexualidad. ¿Es adecuada la moral cristiana?

Otro aún es la copresencia de diversas religiones y de muchas sectas, al lado de la cultura de la indiferencia. ¿Es necesaria la fe, y la fe cristiana es la única verdadera... o la mejor?

Están, además, los nuevos fenómenos, por ejemplo, la promoción-liberación femenina, la situación juvenil, el empobrecimiento imparable de muchas personas y pueblos, que requieren atención e iluminación evangélica. Y hay realidades antiguas (educación, cultura) que se alejan del Evangelio.

Por último, están los espacios geográficos: Asia, África, todavía insuficientemente evangelizados.

Nosotros vivimos este «tiempo» entre los jóvenes. Advertimos su alejamiento de la Iglesia y, al mismo tiempo, su búsqueda de experiencia religiosa subjetiva. vemos que, en la cultura juvenil el aspecto religioso, es irrelevante. La atención de los jóvenes se dirige a la su-

pervivencia (trabajo) y a la inserción en una sociedad que da la primacía a lo inmediato y a lo visible.

La comunicación con la comunidad eclesial resulta difícil para ellos: después de la primera catequesis y, para un cierto número, después de la preparación a la Confirmación, les sucede que se crea una distancia silenciosa. Mientras tanto, el ambiente ofrece los más diversos mensajes y explicaciones de la existencia y de cada uno de sus aspectos.

Nos preguntamos: ¿son «los jóvenes» (después de los obreros, los intelectuales...) la «masa» de la que podemos afirmar que se ha desenganchado del Evangelio?

Afirmar que la evangelización no es sólo meta, sino también camino; que no es simple fin, sino medio, significa afirmar que hoy las iniciativas eclesiales deben ser valoradas en función de su capacidad de testimoniar y de anunciar el Evangelio. Las asociaciones eclesiales, cuando examinan su propia validez, deben preguntarse si ayudan a sus miembros a vivir más profundamente el Evangelio y si anuncian sin reducciones o enmascaramientos el mensaje de Jesús, no dando por descontada su propia caracterización religiosa o cristiana. Los santuarios, las estructuras eclesiales, las instituciones educativas, la vida religiosa, etc., deben presentarse hoy asumiendo como criterio la calidad de su evangelización. Signos religiosos y gestos de culto sirven de poco, si la gente no posee la clave para interpretarlos. Evangelizar, por lo tanto, no es un aspecto particular de la pastoral, sino su canal preferencial en el que confluye todo lo demás.

Que éste sea un «*tiempo*» de evangelización significa que es una oportunidad «histórica» para la Iglesia. Está madurando una nueva concepción de vida (pensad en la ética, en la libertad individual), una nueva forma de rela-

ciones sociales y de gestión política, un nuevo planteamiento de la educación. Lo que se pierde hoy, puede quedar definitivamente perdido. ¿Será el Evangelio?, ¿el sentido religioso?, ¿la fe? Lo que hoy se siembra puede llegar a ser mañana un fruto maduro.

Por esto, en un tiempo de evangelización el Espíritu suscita carismas y da gracias específicas. Tales son el gusto por la Palabra de Dios, que se manifiesta en las comunidades cristianas, la actividad misionera, el compromiso de los seglares, los movimientos espirituales y apostólicos surgidos en los últimos años.

2. La evangelización plasma nuestra espiritualidad

Nuestra identidad de «evangelizadores» y el «tiempo» que nos toca vivir nos mueven a buscar la profundidad de nuestra vida espiritual en la pasión por el Evangelio, y a cultivar algunas actitudes que son características del evangelizador.

La pasión, el entusiasmo para comunicar el Evangelio como testigos más que como profesionales, nace más de una experiencia personal de Jesucristo que del dominio de los conceptos y de las técnicas. Éste fue el caso de los apóstoles, como confiesa Juan de sí mismo:

«Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplaron y palparon nuestras manos, o sea la Palabra de la Vida...»¹⁴⁷; «pues la Vida se hizo visible, nosotros la hemos

¹⁴⁷ 1 Jn 1,1-2.

visto, os damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba con el Padre y se nos manifestó»¹⁴⁸.

«Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos para que estéis unidos con nosotros»¹⁴⁹.

«Nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que nuestra alegría sea completa»¹⁵⁰.

La pasión se manifiesta, pues, como alegría profunda al revelar las riquezas del misterio de Cristo a todo el que esté dispuesto. Más que dar «lecciones» de religión, se trata de introducir a otros en una experiencia que nos atrae y nos fascina primero a nosotros. Más que una obligación profesional o un oficio específico, es una inclinación incontenible. San Pablo la compara al acto de «dar a luz», que se realiza precisamente con sufrimiento tolerado por un impulso de pasión. Al mismo tiempo, la relaciona con una responsabilidad vital, a la que él no podría escapar, porque se refiere a algo de inmenso valor para aquellos a quienes se ama: *«¡Ay de mí si no evangelizo!»¹⁵¹.*

Nos lo recuerda con su acostumbrada eficacia Pablo VI en una página de *la Evangelii Nuntiandi*: *«Conserve-mos, pues, el fervor espiritual. Conservemos la dulce y comfortable alegría de evangelizar. Hagámoslo —como Juan el Bautista, como Pedro y Pablo, como los otros apóstoles, como esa multitud de admirables evangelizadores que se han sucedido a lo largo de la historia de la Iglesia— con un ímpetu interior que nadie ni nada sea capaz de extinguir. Sea*

¹⁴⁸ 1 Jn 1,3.

¹⁴⁹ 1 Jn 1,4.

¹⁵⁰ 1 Jn 1,4.

¹⁵¹ 1 Cor 9,16.

ésta la mayor alegría de nuestras vidas entregadas. Y ojalá que el mundo actual —que busca a veces con angustia, a veces con esperanza— pueda así recibir la buena nueva no a través de evangelizadores tristes y desalentados, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo»¹⁵².

Esta experiencia (conocimiento de Cristo y alegría de comunicarlo) lleva a dar en nuestra existencia una primacía al anuncio: «*Estamos llamados todos y en todas las ocasiones a ser educadores de la fe*»¹⁵³. No necesariamente «predicadores», catequistas o profesores de religión.

No hay división entre deberes de evangelización y otros, entre obreros religiosos y profanos. En cualquier puesto o función se puede decir una palabra, hacer un gesto, entablar una relación que abra a la fe.

Recordemos a Don Bosco que en un viaje, situado junto al cochero que, enfadado, blasfema; después de haberle preguntado por los animales y por otras cosas de su vida, lleva el discurso sobre su pasado religioso y sobre Dios, para acabar con la Reconciliación.

Pero la primacía de la evangelización en el pensamiento y en el corazón, debe luego corresponder la primacía en la organización de las actividades. Es la dimensión fundamental de nuestras obras, más aun su finalidad¹⁵⁴. El primado debe aparecer en la preocupación de cada una de las personas, en la distribución del

¹⁵² PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi*, 80.

¹⁵³ Cf. *Const. SDB 34; Const. FMA 70*.

¹⁵⁴ Cf. *Const. SDB 6; Const. FMA 70*.

tiempo, en la inspiración de los temas, en el empleo de los recursos. Tal vez esto signifique tener que revisar algún planteamiento educativo a nivel personal y comunitario.

Todavía un relieve que pertenece a la espiritualidad. Evangelizando, nos adentramos más profundamente en el conocimiento de Cristo y, por lo tanto, se crece en Él.

Paul Ricoeur, en un libro, asegura a los lectores que todos los temas que ofrece habían sido antes expuestos y discutidos con los alumnos. Que había comprobado, pues, que lo que dice es comprensible y sentido como real y que las palabras son apropiadas. Es la experiencia de todos los que comunican. Se dan cuenta de que muchas cosas las dicen sin sentir las interiormente y se sienten luego impulsados a meditarlas; que otras no las poseen suficientemente y ven que deben profundizarlas. Pero, después, en el esfuerzo por expresarlas descubren significados nuevos y escuchando a sus interlocutores entrevén nuevas resonancias y aplicaciones. Ésta es la experiencia de los que comentan el Evangelio en las comunidades eclesiales de base. Ya lo había observado San Gregorio cuando hacía notar: «*Muchas cosas que no había comprendido por mí mismo, las he comprendido escuchando al pueblo*».

Por otra parte, está el consejo que Pablo daba: «*El que recibe instrucción en la fe comparta todos sus bienes con el que le enseña*»¹⁵⁵. Se puede entender de los bienes materiales, y ¿por qué no de los espirituales?

¹⁵⁵ Gal 6,6.

3. Algunas actitudes y prácticas del evangelizador

Todos los estudios y documentos presentan abundantemente las actitudes que el evangelizador actual debe cultivar. De hecho, él puede quedar impactado por la irrelevancia de la fe en un mundo desarrollado, o tener la impresión de que el anuncio no tiene fundamentos convincentes en un mundo dominado por la mentalidad científica, o también que su esfuerzo produce escaso rendimiento por la impenetrabilidad de los ambientes en los que los cristianos son minoría en diáspora.

La Exhortación «*Evangelii Nuntiandi*»¹⁵⁶ enuncia las siguientes actitudes del evangelizador: confiar en el soplo del Espíritu, ser testigos auténticos, hacerse artífices de unidad y servidores de la verdad, actuar animados por el amor y con el fervor de los santos.

Subrayemos también nosotros algunas otras que pueden plasmar una espiritualidad específica nuestra.

En primer lugar, nuestra relación personal con la Palabra de Dios. Tenemos necesidad de frecuentar y profundizar la Sagrada Escritura y sobre todo el Evangelio. La Palabra de Dios contiene la experiencia que la humanidad ha hecho de Dios y es aún capaz de suscitar e iluminar tal experiencia.

Hoy han nacido y se practican diversas formas de acercamiento y meditación de la Palabra: además del Oficio divino y de la lectura litúrgica se ha hecho común la «*Lectio*» con sus cuatro momentos: lectura, compren-

¹⁵⁶ PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi*, 75-80.

sión y profundización del texto, meditación personal y puesta en común.

Antes de que la Palabra sea pronunciada debe hacerse *«fuego en las entrañas y miel en los labios»*¹⁵⁷. En esto nos sirve de modelo Jesús, que cita, en sus discursos, la Escritura y demuestra su conocimiento y estima; y nos sirven de modelos los grandes evangelizadores. En ellos la meditación, continuamente reanudada, de la Palabra se había convertido en una segunda naturaleza. San Agustín cuenta que, cuando iba a visitar al Obispo Ambrosio, lo encontraba con el libro de la Escritura en mano, mientras leía y meditaba con los ojos cerrados. Para nosotros es indispensable leer y comprender el mensaje, confrontándolo con las situaciones actuales y con los desafíos que viven los jóvenes.

La pregunta fundamental es si, cuando no comunicamos el Evangelio, es por falta de tiempo, de deber o de medios, o porque la Palabra no nos ha impresionado todavía como luz extraordinaria, como sabiduría, como camino abierto.

*Una segunda actitud es la confianza y serenidad ante el «tiempo» que nos ha tocado vivir y evangelizar. Aceptarlo y amarlo («¡Dios ha amado tanto al mundo!»)*¹⁵⁸, sin ingenuidad, pero también sin un espíritu negativo que remarca los límites, y no logra descubrir las enormes posibilidades ni se alegra de ello. Ciertamente es más fácil anunciar el Evangelio en un ambiente «confesional», o sencillo, donde la respuesta es numéricamente abundante. Pero no está dicho que sea más útil o más cargado de consecuencias para el futuro que anunciarlo en un contexto menos predispuesto.

¹⁵⁷ Cf. Ap 10,9; Jer 5,14.

¹⁵⁸ Jn 3,16.

«Jesús bajó a Cafarnaún»¹⁵⁹. En esta indicación, el cardenal Martini ve el movimiento de Cristo hacia los lugares de la vida secular, que no tienen referencias religiosas. Opuesto a Nazaret y Caná, pueblos rurales, Cafarnaún representa el ambiente urbano. Comparado con Jerusalén, lugar del templo, Cafarnaún es la ciudad de las guarniciones militares, del comercio, de la administración, del poder político. Allí realizó Jesús su ministerio con predicaciones al aire libre, entradas en las casas (por ejemplo, en la de Pedro), encuentros con animales y con endemoniados, además de discursos en la sinagoga.

En cada desafío actual hay una oportunidad nueva para el Evangelio. «*La hora se ha cumplido para nosotros*». Éste es el tiempo que Dios nos ofrece, el que nosotros debemos fermentar y transformar. Inútil y dañino es pensar en otros tiempos mejores del pasado o del futuro. «*Vivir en desacuerdo permanente o de modo molesto con la realidad y la cultura en la que estamos inmersos, conduce a la amargura y falta de paz interior. Esto impide la realización de un proyecto personal y corrompe las fuentes de donde nace nuestro vivir cotidiano*»¹⁶⁰.

En efecto, la evangelización de algunos grupos y fenómenos nos parece lenta. Esperar puede ser un signo de salud psíquica y un ejercicio no fácil de fe.

Recalquemos entonces una *tercera actitud: el sentido de la siembra*.

¹⁵⁹ Lc 4,31.

¹⁶⁰ Congreso sobre la evangelización, España, 1985; cf. Ecclesia n.º. 2237 (21.IX,1985).

El Reino, el bien, la Palabra de Dios, se comparan siempre a cosas pequeñas que tienen una energía interior: el fermento, la semilla. Llama la atención la ausencia absoluta de realidades materiales grandes como término de comparación o de explicación de la evangelización. El papel de los operadores consiste en el introducir estos pequeños y fecundos elementos en el propio ambiente, casi como una inyección. Luego, se lee en el Evangelio de Marcos, *«él duerme de noche, y se levanta de mañana (el que ha echado la semilla); la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo. La tierra va produciendo la cosecha ella sola: primero los tallos, luego la espiga, después el grano»*¹⁶¹.

A nosotros nos toca arrojar el grano sin avaricia, mirando más a lo que germina que a lo que se pierde en tiempo y palabras. También en la naturaleza hay un gran desperdicio. De muchas semillas sólo algunas vencen las dificultades del crecimiento y se convierten en plantas. Pero éstas son las que aseguran la especie y la vida.

Por último, la espiritualidad del evangelizador exige que él cualifique su propio servicio. Se trata de una profesión semejante a otras. Hace falta conocimiento de la materia y práctica de comunicación. La cualificación se refiere a todos los servicios de evangelización: desde la homilía a la catequesis de los niños, pasando a través de la capacidad de ofrecer a los jóvenes un mensaje o una oportunidad de meditación, como los retiros.

Decía un político: *«Sólo la Iglesia puede tener todos los domingos una audiencia como la que se reúne en las misas. Cuando todos los sacerdotes predicán bien un domin-*

¹⁶¹ Mc 4,27-28.

go, en mi ciudad (una ciudad media) se siente su influjo». Las posibilidades que tenemos yendo juntos son enormes. A veces se malgastan por la improvisación, o por la falta de profundidad en el asumir y anunciar la Palabra.

A los salesianos/as les toca particularmente «especializarse» en el anuncio a los jóvenes; hacer de modo que el Evangelio logre con fuerza lo que ellos esperan, sufren, desean o sueñan; que les diga algo útil y que, al mismo tiempo, superando lo inmediato, se convierta en luz para la vida.

IX. RECONCILIACIÓN

Introducción

Es imposible trazar la fisonomía de la nuestra y de cualquier otra espiritualidad apostólica, sin referirnos a los sacramentos.

En la pastoral todo es sacramento. La pastoral, en efecto, reclama una realidad invisible, que se puede percibir sólo a través de signos.

La existencia consagrada es para nosotros y para el mundo un «signo», un sacramento. Procuramos testimoniar una realidad invisible mediante algunas opciones y formas de vida.

Además, como educadores, nos apoyamos en una dimensión muy profunda de la persona, que Don Bosco llamó «*religión*». Esto es, la certeza de la presencia de Dios en la propia vida. Estamos, pues, como inmersos en una atmósfera sacramental.

El tiempo disponible sólo nos permite meditar sobre uno de los sacramentos: **la Penitencia**. Ésta nos afecta de cerca en dos sentidos:

Como *personas «consagradas»*: alrededor de la penitencia se agrupa un racimo de temas, fundamentales para la vida en el Espíritu, sin los cuales el Evangelio no es

ni siquiera pensable: la conversión, el sentido del pecado, la reconciliación, la mortificación, la compunción (dolor por la ofensa de Dios), el «tomar la cruz».

Como *educadores*: la reconciliación va unida a muchos aspectos de la maduración cristiana de los jóvenes, pero sobre todo a uno que es crucial: la formación de la conciencia¹⁶². De dicha formación dependen la conservación y el desarrollo de la fe. La fe encuentra confirmación y estímulo en una conciencia iluminada y recta; mientras se bloquea, desaparece, o queda marginada de la vida, cuando no se obra en conformidad con ella.

Los dos aspectos están en nosotros estrechamente unidos: si educar y evangelizar no es dar clases, sino comunicar una experiencia de vida, sólo el haber hecho nosotros mismos una experiencia de reconciliación nos puede hacer capaces de introducir a los jóvenes en este aspecto fundamental de la vida cristiana.

Esta relación queda expresada en un hermoso texto de San Pablo referido a la Iglesia: *«El que es de Cristo es una criatura nueva: lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado. Todo esto viene de Dios, que por medio de Cristo nos reconcilió consigo y nos confió el ministerio de la reconciliación. Es decir, Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirle cuenta de sus pecados, y a nosotros nos ha confiado el mensaje de la reconciliación... En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios»*¹⁶³.

Las dos cosas van unidas: experiencia personal y servicio de reconciliación.

Nuestra meditación se centrará en cuatro puntos:

¹⁶² Cf. CG23, 182-191.

¹⁶³ 2 Cor 5,17-19,

- ser educadores-evangelizadores realistas;
- ser personas reconciliadas con Dios y con la vida;
- ser penitentes... con sencillez y alegría;
- ser educadores y ministros de la reconciliación.

1. Educadores con el sentido de la realidad

Tener el sentido de la realidad significa reconocer la presencia y las dimensiones del mal, saber que hay hechos que ponen en peligro la vida y que en el mundo se debe también resistir.

La madurez de juicio consiste precisamente en percibir las posibilidades que ofrece la vida y los correspondientes peligros que pesan sobre ella. Captar sólo una de estas dimensiones es distorsión visual y, en el fondo, infantilismo.

Todo bien tiene su contrario, que se le opone en lo más profundo de nosotros y en el mundo que nos rodea: amor y odio, compromiso e indiferencia, rectitud y deslealtad... en el fondo, luz y tinieblas, vida y muerte.

Milicia, drama, lucha es la vida del hombre en la tierra. Nada hay más inmaduro como eliminar la idea de un posible fracaso. En la pedagogía de Don Bosco, «los novísimos», «las máximas eternas», recordaban esta condición «de peligro» de la persona humana.

En los últimos documentos de la Iglesia se señalan las macroconsecuencias del mal: la violación de la dignidad humana, la discriminación racial, social, religiosa, la prepotencia del poder político y económico, la violencia y las agresiones bélicas, la explotación de los pobres, la injusta distribución de la riqueza, la corrupción en la administración de los bienes comunes.

Nosotros descubrimos efectos semejantes en los jóvenes: el mal (evasiones, libertinaje, desinterés) destruye sus mejores energías. Así la existencia se disipa en lo efímero; la vitalidad se aplica a cosas sin valor, y muchos acaban en la alienación y en la desesperación.

Ser conscientes del poder destructivo del mal es tener el sentido del pecado.

Se ha dicho que «*el pecado del siglo es la pérdida del sentido del pecado*» (Pío XII). Y por consiguiente: «*Restablecer el sentido justo del pecado es la primera manera de afrontar la grave crisis espiritual que afecta al hombre de nuestro tiempo*»¹⁶⁴.

Hay que decir que la formación de la conciencia y del sentido del pecado no se obtendrá con una predicación que simplemente denuncia y culpabiliza, sino con una educación de la fe más atenta a la dimensión ética.

En efecto, formar en el sentido del pecado comporta:

- percibir el «mal moral» como destructor de la persona y de las relaciones, sean cuales sean las ventajas inmediatas que trae consigo: ¿por qué es malo?...; la vida como responsabilidad y misión, y no sólo como placer y derecho;
- individuar el mal: qué es malo..., dónde está el límite entre el bien y el mal: liberalización, subjetivización, relativización...;
- ponerlo en relación con la libertad y la responsabilidad personal: tendencia a disminuir la responsabilidad personal, o a colocar el mal fuera de la persona...;

¹⁶⁴ JUAN PABLO II, *Reconciliatio et Paenitentia*, 18.

- comprender la referencia que nuestras actitudes y acciones tienen con la voluntad y el amor de Dios: dificultades del paso a la trascendencia...; sólo el creyente puede «pecar»...; todo ello se refiere a la relación con Dios.

En efecto, el ambiente y la cultura en que estamos inmersos nos llevan casi sin darnos cuenta a sentir menos la presencia del mal y, por ende, a disminuir la vigilancia. Se ven los comportamientos más diversos y nadie se sorprende. Nos hemos habituado al hecho de que cada uno escoja su moral, con tal de que no viole las normas de la convivencia y los derechos de los demás. Puede suceder que ni siquiera los religiosos se dejen impresionar por los comportamientos deformes y cuiden también muy poco una austera orientación moral.

Las causas son muchas:

- el juicio ético corriente está fundado muchas veces en razones inmediatas: el parecer de la mayoría que aparece en las estadísticas, las ventajas, la situación personal;
- el sentido de Dios es débil. Su imagen casi se ha borrado de la conciencia personal y social. Esto hace difícil pensar que nuestras acciones tienen algo que ver con su voluntad. Tratamos de no chocar con los vecinos y de no ofender a los que nos rodean. Los personajes invisibles o lejanos no determinan nuestros comportamientos.

El análisis de las culturas ha hecho ver cuánto dependen de ellas muchas normas que se creían absolutas: el sentido del pudor, el respeto de la autoridad, una cierta forma de matrimonio, la expresión de la sexualidad. Las ha relativizado, juzgándolas mudables y no obligatorias.

El estudio de los comportamientos humanos atribuye «los sentimientos de culpa» al tipo de personalidad, a la

educación familiar, al ambiente social. Se subrayan más los condicionamientos y la necesidad de liberarse de ellos, que el reclamo a la responsabilidad de la persona.

Ha ido creándose una separación entre moral «privada» y moral «pública». Esto no contribuye a sostener criterios morales. Muchas cosas se dejan ya a las opciones individuales: aborto, eutanasia, divorcio, homosexualidad, fecundación. Sobre todo esto, en ámbito social y también educativo, se da cabida a una sensibilización, pero ordinariamente se refiere sólo a los peligros y a las ventajas; no ofrece un fundamento ético sólido; y mucho menos con referencia trascendente.

Todo esto influye en los jóvenes como una nube tóxica. No hay que admirarse de que aparezca en ellos un conjunto de síntomas y reflejos de la cultura que respiran. Su formación moral resulta fragmentaria. Parece más un vestido de Arlequín que un cuadro dibujado con racionalidad.

Efectivamente, asumen criterios y normas de diversas fuentes: de la familia y escuela, de las revistas y TV, de los amigos, de la propia reflexión. La opción resulta dictada por preferencias subjetivas.

Se habla de sensibilidad de los jóvenes hacia nuevos valores. Pero es difícil lograr distinguir hasta qué punto esto constituye un compromiso, o un entretenimiento a corto plazo, una forma de estar juntos y de estimularse.

Puntos centrales de la sensibilidad moral actual son: la persona como valor determinante y casi absoluto; la conciencia personal como norma última; la situación en que se encuentra como factor importante de la valoración moral.

En el mismo sentido, influye el ambiente sobre los adultos, religiosos y educadores, si la lectura atenta de la Palabra de Dios y el discernimiento no los mantiene vigilantes. Se puede ir perdiendo la sensibilidad. Pasamos así, como siguiendo la ley del péndulo, de una precedente mentalidad severa y acusadora a otras de signo opuesto, «alegre» y despreocupada; de haber visto pecado en todo, a no verlo ya en nada ni en nadie; de haber acentuado los castigos que el pecado merece, a presentar el amor de Dios sin responsabilidad por parte del hombre: la suerte de éste sería «igual», sea cual fuera la respuesta que dé a su Señor. Pasamos de la severidad en corregir la conciencia errónea, a un respeto que no se preocupa siquiera de formarla; de los diez mandamientos aprendidos de memoria, a no enseñar ya una moral cristiana coherente.

Ser «cristianos adultos», «verdaderos educadores de la fe», evangelizadores realistas significa:

- no desconocer o disimular la presencia del mal, en la vida privada y social, y ser conscientes de sus capacidades destructivas;
- saber individualarlo en sus raíces, iluminados por la Palabra de Dios, para llevar allá la regeneración;
- saber que Cristo lo ha vencido; que nuestra incorporación a su muerte y a su resurrección nos indica, para superarlo también nosotros, su mismo camino: resistencia, vigilancia, lucha intelectual, moral, espiritual.

2. Profundamente reconciliados

Son tales las personas que se interpelan y se dejan interpelar con serenidad, que no cierran los ojos sobre las

propias actitudes y comportamientos, que perdonan con alegría y sienten que deben ser perdonadas, que hacen la experiencia de la paz con Dios, consigo mismos y con los hermanos. Así se libran del mal mediante el reconocimiento de la presencia de Dios en la propia pobreza y el esfuerzo de orientar la vida hacia Él.

En qué consiste esta experiencia nos lo dice San Pablo en un texto sobre el que podemos detenernos: *«Ya que hemos recibido la justificación por la fe, estamos en paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo»*¹⁶⁵.

*«Si cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, ¡con cuánta mayor razón, estando ya reconciliados, seremos salvos por su vida!»*¹⁶⁶.

*«Y no sólo eso, sino que también nos gloriamos en Dios, por nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos obtenido ahora la reconciliación»*¹⁶⁷.

El texto habla de paz, salvación, alegría y vida. Agregado a muchos otros que encontramos en la Escritura, se presta a muchos comentarios. Escogemos sólo algunos (cuatro).

- ❑ La reconciliación es una iniciativa y un don de Dios. En el Evangelio no es la persona, hombre o mujer, quien pide o desea el perdón, sino que es Jesús quien lo ofrece.

El camino de reconciliación no comienza nunca con la acusación de las culpas, sino con sentirse «personas» reconocidas, en una relación nueva e inesperada, que ilu-

¹⁶⁵ Rm 5,1.

¹⁶⁶ Ib. 5,10.

¹⁶⁷ Ib. 5,11.

mina la vida y hace ver, al mismo tiempo, sus deformidades. Y, de este modo, Zaqueo descubre su pecado. Es Jesús quien mira hacia Zaqueo y se invita a ir a su casa. Es Jesús quien sale en defensa de la mujer adúltera. Es Jesús quien mira a Pedro, ya olvidado de su infidelidad.

En el origen del deseo de reconciliación se halla siempre el impacto de la palabra o de la persona que nos despierta de nuestro letargo en una existencia depauperada y nos llama de nuevo al ser.

Es preciso ir más allá de la mentalidad que se fija en las infracciones de los mandamientos, o en el incumplimiento de los propósitos, como en el elemento principal de la reconciliación. Es necesario, en cambio, ponerse frente a las propias relaciones con Dios: ver si Él cuenta para nosotros, si esperamos mucho de Él, si nos interesa mucho no perderlo. Tengo en la mente la imagen de los esposos. Cuando existe una relación de amor están contentos de reconocer los pequeños descuidos propios y de reconocer la generosidad del «partner»; están siempre dispuestos a recomponer las grandes diferencias. Cuando la relación de estima, amor y esperanzas recíprocas se ha agotado, resulta molesto y pesado excusarse de pequeñeces. La sola presencia o el pensamiento del otro se vuelven fastidiosos e insoportables.

Lo más importante para nosotros en lo que se refiere a nuestra persona y nuestra actividad pastoral es reconocer, gustar y proclamar la misericordia de Dios, y concentrar la atención en Él, Padre de Jesús y nuestro. Es éste el tema central de la historia de la salvación. La misericordia de Dios recompone la historia que, de otra manera, se deshace; y restablece continuamente la alianza, que solemos descuidar por nuestra debilidad y olvido.

El amor a Dios no proviene de nuestra perfección ética, pero está en su origen. Es don del Espíritu. No amamos a Dios porque somos buenos, sino viceversa.

- Un segundo comentario. Lo que Dios obra en nosotros no es simple ni principalmente la eliminación de la culpa y de la pena, que nuestra inteligencia humana considera justas; sino que nos da el Espíritu, crea en nosotros una nueva realidad, nos abre un nuevo horizonte, nos da un corazón nuevo.

No nos vuelve a colocar en la situación en que estábamos antes. ¿Qué interés podría tener para Él y para nosotros, haciéndonos como éramos antes de alguno de nuestros arrepentimientos? ¡En cambio, nos recrea como hijos suyos!

Lo maravilloso es que, debiendo nuestras malas acciones entregarnos a un futuro de perdición, Dios con la reconciliación no nos devuelve al punto de partida, sino que nos coloca en una nueva intimidad de alianza con Él. Hay que meditar mucho toda la escena del hijo pródigo.

La reconciliación no es, pues, el sacramento del pasado de la persona como si se tratase de un velo puesto sobre sus travesuras o sobre sus deseos de gozar. Es, en cambio, el sacramento de su «futuro», de las nuevas posibilidades, del espíritu nuevo, del proyecto para el porvenir.

- La reconciliación se difunde a través de la gracia recibida en todos los aspectos de la vida: compone las tensiones que actúan dentro de la persona, dispone para una más tranquila acogida de Dios en la vida, abre la puerta a la tolerancia y educa para el perdón.

Zaqueo, después de haberse reconciliado, está dispuesto a restituir más de lo que había robado.

Por eso, la experiencia de la reconciliación en el Evangelio es siempre de alegría y de plenitud. Hay fiesta excesiva, con escándalo de las personas que se consideran buenas. Hay derrame de perfumes costosos con protestas de los ahorradores. Hay derroche de alimentos y hay invitaciones generales con quejas de la gente seria.

Su contexto es siempre de alabanza y de acción de gracias. Esto reproduce lo que cantan repetidamente los salmos: «*Dad gracias al Señor porque es bueno; porque es eterna su misericordia*»¹⁶⁸. «*Bendice, alma mía, al Señor... Él perdona todas tus culpas y cura todas tus enfermedades*»¹⁶⁹.

La palabra de Dios expresa bien la realidad de la reconciliación con una sinfonía de metáforas y analogías: gracia, nueva creación, regeneración, justificación, liberación. Una no niega ni se opone a la otra: cada una muestra un aspecto parcial de lo que la persona siente. No son definiciones científicas, ni descripciones de estados psicológicos, sino un esfuerzo por comunicar lo que sucede en la persona cuando descubre que tiene valor para Dios y es amada por Él.

- La gran mediación e instrumento de reconciliación fue y es la humanidad de Cristo. Ella ha abatido todos los muros y las distancias entre Dios y los hombres. Con ella la comunicación de Dios con nosotros ha alcanzado los máximos niveles posibles. Supongo que

¹⁶⁸ Sal 106 (105).

¹⁶⁹ Sal 103 (102).

sintiendo una expresión semejante, muchos de vosotros habrán pensado que se trata de una afirmación teológica, es decir, verdadera pero no práctica. En cambio, tiene aplicaciones extremadamente concretas en nuestra praxis y en nuestra vida.

Al deseo de reconciliación se llega difícilmente, sin la experiencia humana de la acogida y del afecto. La mediación de la comunidad fraterna es indispensable. La praxis pastoral del Buen Pastor, pues, sugiere mostrar en primer lugar consideración, estima y escucha de las personas. Éste es el camino que lleva a revisar la propia vida y al deseo de cambio.

3. Penitentes

Con razón distinguimos entre *penitencia-sacramento*, acción salvífica de Dios a través de la mediación de la Iglesia, y *penitencia-virtud*, es decir, la actitud interior de conversión, el compromiso ascético del dominio de sí, expiación y cambio que se prolonga en la vida y se practica todos los días.

Entre las dos debe haber un nexo, si no se quiere hacer del sacramento un gesto «sacro y mágico», o de la vida un puro esfuerzo voluntarista, sin referencia a Dios y a su gracia.

La praxis antigua de la Iglesia tenía una regla: rigor en el sacramento que se ofrecía pocas veces; es más, una sola; y muchas oportunidades de penitencia también pública en la vida. El peligro de hoy es de signo contrario: que nos habituemos al sacramento porque no hay límite en su «uso» y olvidemos llevar adelante una vida «penitente».

Ahora bien, la dimensión penitencial es esencial para la madurez cristiana. Sin ella es imposible tanto el comienzo como el camino posterior de conversión: ésta consiste en asumir unas cosas y dejar muchas otras, optar y cortar, destruir cosas o costumbres viejas o inútiles y dejarse reconstruir. En tal sentido nos hablan las historias de Abrahán y de los apóstoles.

La penitencia-conversión es el mensaje inicial, el ejemplo principal y la recomendación constante de Jesús: «Convertíos y haced penitencia»¹⁷⁰; «quien quiera venir detrás de mí, tome la cruz»¹⁷¹. Por esto en la Iglesia se asumirá, en forma pública, por personas y grupos, como un carisma especial. Su función será hacer «radical» la imitación de Jesús en este aspecto y recordarla a todo el pueblo de Dios.

La espiritualidad salesiana incorpora este aspecto según su propia vocación y estilo y propone itinerarios de penitencia.

El primero es el TRABAJO. No la simple ocupación del tiempo en cualquier actividad, sino la dedicación a la misión con todas las capacidades y a tiempo pleno. En este sentido, no comprende sólo el trabajo manual, sino también el intelectual y apostólico. Trabaja quien escribe, quien confiesa, quien predica, quien estudia.

La importancia que tiene el trabajo en nuestra vida se desprende fácilmente de dos hechos: su mención en el lema y las últimas palabras de Don Bosco: «¡Os recomiendo: trabajo, trabajo, trabajo!»¹⁷². Pero tiene también

¹⁷⁰ Cf. Mt 4,17.

¹⁷¹ Cf. Mt 10,38

¹⁷² Cf. MBe XVIII, 428.

un gran valor simbólico: el trabajo es manifestación de nuestra pobreza, es un rasgo de la clase modesta a la que dedicamos nuestros cuidados preferenciales, es el contenido principal de nuestros programas de educación en las escuelas profesionales y técnicas, es la característica de una de las figuras de nuestros socios, el coadjutor; es nuestra forma de inserción en la sociedad y en la cultura.

Cuánta penitencia suponga se ve si se piensa en la preparación y en la actualización profesional que requiere, en los gustos personales que hay que controlar, en la resistencia a la fatiga.

Debajo se encuentra una motivación espiritual: el salesiano/a sabe *«que con su trabajo participa en la acción creadora de Dios y coopera con Cristo en la construcción del Reino»*¹⁷³.

El segundo itinerario es la TEMPLANZA: aquella virtud cardinal que modera los impulsos, las palabras y los actos según la razón y las exigencias de la vida cristiana. Alrededor de ella giran la continencia, la humildad, la sobriedad, la sencillez, la austeridad. En el Sistema Preventivo las mismas realidades están incluidas en la razón. Sus manifestaciones en la vida cotidiana son: el equilibrio, es decir, la medida en todo, una conveniente disciplina, la capacidad de colaboración, la calma interior y exterior, una relación con todos, pero especialmente con los jóvenes, serena y digna de estima.

Templanza es, sobre todo, «estado atlético» permanente para cualquier necesidad en favor de los jóvenes; hacerse y mantenerse libres de ataduras demasiado con-

¹⁷³ *Const. SDB* 18.

dicionantes, del peso de los gustos y exigencias personales que crean dependencias: «Un atleta se impone toda clase de privaciones; ellos, para ganar una corona que se marchita; nosotros, en cambio, una que no se marchita. Por eso corro yo, pero no al azar; boxeo, pero no contra el aire...»¹⁷⁴.

El tercer camino penitencial es el AMOR FRATERNAL¹⁷⁵, sobre el cual decimos sólo una palabra. El amor fraterno implica dominio de sí, esfuerzo de atención, control de los sentimientos espontáneos, superación de conflictos, comprensión de los sufrimientos de los demás. Es todo un ejercicio de salir de sí mismos y cambiar la propia orientación.

Para nosotros está también el compromiso de demostrarlo en forma comprensible: un afecto que sabe provocar correspondencia por el bien del otro.

Todo esto parece demasiado ligero frente a la seriedad de la penitencia y conversión. Don Bosco expresó esta aparente contradicción con el sueño del emparrado de rosas¹⁷⁶. Los salesianos/as caminan sobre los pétalos. Todos piensan que se divierten. Y de hecho son «felices». Punzados por las espinas no pierden la alegría. También esto es ascetismo: la sencillez, la buena cara, el no montar escenas. Responde al consejo evangélico: «Cuando ayunéis no andéis cariacontecidos... sino perfumaos la cabeza y lavaos la cara»¹⁷⁷.

¹⁷⁴ 1 Cor 9,25-27.

¹⁷⁵ Const. SDB 90.

¹⁷⁶ MBe VII, 289-290.

¹⁷⁷ Mt 6,16-17.

4. Educadores y ministros de la penitencia

Hemos oído decir muchas veces que, según Don Bosco, la Reconciliación y la Eucaristía son las columnas de la educación. Tal vez no nos hemos detenido a meditar el significado completo de esta afirmación. La hemos tomado como la sugerencia de mantener prácticas religiosas, más bien que como la recomendación de una experiencia educativa múltiple y compleja.

Ciertamente se encuentran en la vida de Don Bosco expresiones que muestran la importancia que él atribuía al sacramento. En cada una de las tres biografías ejemplares (Domingo Savio, Miguel Magone y Francisco Besucco) hay un capítulo que habla de la confesión. En la de Domingo Savio, que es la primera en orden de tiempo, el capítulo trata juntamente de los dos sacramentos, Penitencia y Eucaristía. En cambio, en la de Miguel Magone hay dos capítulos, el cuarto y el quinto, dedicados sólo a la confesión. Bajo forma biográfica, Don Bosco propone una pedagogía para ayudar al joven a superar las propias tendencias deteriorantes, a crecer en humanidad y a orientarse a Dios mediante la penitencia.

Un estudioso de Don Bosco, Don Alberto Caviglia, sostiene que el capítulo *quinto* de tal biografía es uno de los escritos pedagógicos más importantes de Don Bosco, un documento insigne de su magisterio espiritual.

Existe, además, una fotografía, muy difundida ya durante la vida de Don Bosco y que dio la vuelta al mundo después de su muerte. En ella Don Bosco posa mientras confiesa a los jóvenes. El muchacho Pablo Albera apoya la cabeza en la de Don Bosco, como para hacer la confesión de los pecados, mientras muchos jóvenes, alrededor del reclinatorio, esperan su turno.

Esta fotografía no es casual. Fue querida y preparada por Don Bosco con la intención de difundirla. Es un «póster», un cartel, un mensaje. Con ella quería expresar, con una imagen, lo que había dicho y escrito con las palabras: «Está probado por la experiencia que el mejor apoyo de la juventud lo constituyen los sacramentos de la confesión y de la comunión. Dadme un chico que se acerque con frecuencia a estos sacramentos y lo veréis crecer en su juventud, llegar a la edad madura y alcanzar, si Dios quiere, la más avanzada ancianidad con una conducta que servirá de ejemplo a cuantos le conozcan. Persuádanse los jóvenes de esto para ponerlo en práctica; comprendanlo cuantos trabajan en la educación de la juventud, para que lo puedan aconsejar»¹⁷⁸.

Pero lo más original en él no es la insistencia para acercarse al sacramento, sino el haber sabido crear un ambiente educativo de reconciliación, por lo que había continuidad entre experiencia de vida y momento sacramental. En el Oratorio el joven se sentía acogido y estimado, en un ambiente de familia y confianza, estimulado a la comunicación e invitado a progresar, con relaciones que le provocaban a revisarse. Esto constituía una auténtica antecámara de la reconciliación. Ésta se experimentaba antes de forma humana e inmediata. No pocas veces los jóvenes pasaban de la conversación amigable con Don Bosco en el patio al acto penitencial.

La Reconciliación, especialmente la extraordinaria, estaba rodeada de un clima festivo, según el estilo evangélico: la celebración eucarística, a la que seguía algo «especial» en el comedor el tiempo de juego, la expre-

¹⁷⁸ JUAN BOSCO, *Vida del joven Domingo Savio*, en *Obras Fundamentales*, BAC, Madrid 1979, pp. 169-170.

sión musical y artística acompañaban y arropaban el perdón alcanzado. Los jóvenes podían contar con todas las condiciones favorables: tiempo, lugar, personas, invitaciones.

Precisamente en este contexto, se multiplicaron los salesianos confesores de jóvenes, que tuvieron tan gran influjo en los resultados vocacionales masculinos y femeninos.

Hoy asistimos a un triple fenómeno: el primero es el abandono por parte de la mayoría; el segundo es el uso rápido por parte de un cierto número; el tercero, positivo, es la demanda incluso de dirección espiritual por parte de un grupo, pequeño en número, pero a la búsqueda de calidad espiritual.

La respuesta a esta demanda diversificada consiste en recorrer con el grupo mayor el camino educativo; estar a disposición del segundo grupo para apoyar su esfuerzo aún imperfecto; y hacernos capaces también de guiar a los pocos que piden una asistencia más esmerada.

X. LA EXPRESIÓN MADURA DE LA CARIDAD PASTORAL: LA PATERNIDAD

1. Sacerdote Educador

Hemos visto la imagen completa de Don Bosco. Miémosla ahora «en acción»: realizando un proyecto, gobernando una comunidad.

Hay dos trazos maestros, dos rasgos principales que permanecen en todas las imágenes que nos formamos de él.

Uno es la vocación sacerdotal: el corazón y el ministerio sacerdotal; el otro es la genialidad educativa, el sentirse llevado hacia los jóvenes, la facilidad de comprenderlos y tratarlos. Lo representa bien la iconografía más extendida: un sacerdote rodeado de muchachos, vuelto afectuosamente hacia ellos, que los tiene por la mano y los escucha. Si se borrara, o sólo si se desvirtuara uno cualquiera, su figura quedaría traicionada.

La originalidad educativa ha tenido más fortuna en la historia: ha sido, desde el principio, más ampliamente presentada y comentada hasta, en algunos casos, hacer olvidar y dejar en la sombra la otra dimensión, la sacerdotal. Se la ha privilegiado incluso en las celebraciones centenarias. Repasando los títulos de las conferencias, de las biografías y de los estudios monográficos completos o

sectoriales, uno se da cuenta de que el tema de Don Bosco educador aparece repetido más frecuentemente: Don Bosco y las escuelas profesionales, Don Bosco y el tiempo libre, Don Bosco y la cultura popular, Don Bosco y la promoción de la juventud marginada y pobre.

Quien puso su mirada de forma particularmente intensa en Don Bosco sacerdote, en el año centenario, fue el cardenal de Turín, S. Ballestrero. Centró los ejercicios espirituales a los inspectores de Italia en el tema «*Un sacerdote para los jóvenes*», acentuando precisamente la idea de «*un sacerdote*». Luego dirigió a su propio clero una carta pastoral con el título «*San Juan Bosco, sacerdote de Cristo y de la Iglesia*». Y también en la homilía de la misa de apertura del centenario, refirió a la inspiración sacerdotal todo el esfuerzo educativo de Don Bosco. En contexto hispano han desarrollado el mismo tema el obispo de Sigüenza-Guadalajara, Mons. Jesús Plá y Gandía («*San Juan Bosco, sacerdote para nuestro tiempo*»); Mons. Santiago Martínez Acebes, obispo de Plasencia («*San Juan Bosco, una afirmación de doctrina católica*»); Cardenal de Toledo, Marcelo González Martín («*San Juan Bosco, confianza en la Iglesia*»); Mons. Antonio Vilaplana Molina, obispo de León («*San Juan Bosco, la fecundidad del sacerdocio católico*»)...¹⁷⁹

A Don Bosco sacerdote los biógrafos han dedicado casi siempre algún capítulo. Don Auffray, por ejemplo, en su libro «*Don Bosco educador*» construye un capítulo alrededor de su figura de sacerdote, pero para mostrarlo

¹⁷⁹ Ver el volumen de F. RODRÍGUEZ DE CORO, sdb, *Don Bosco, Maestro de espíritu*, Editorial CCS, Madrid, 1990, donde recoge cartas pastorales de obispos españoles sobre la figura de San Juan Bosco, con ocasión del centenario de su muerte.

en seguida como genial educador entre los jóvenes. Don Ceria, en el libro «*Don Bosco con Dios*»¹⁸⁰, se detiene en Don Bosco confesor, predicador y, al final, desarrolla el capítulo «*Gemma sacerdotum*» (Gema sacerdotal), pero se concentra en los aspectos ministeriales: predicación, confesión, celebración de la Eucaristía.

En cambio, son escasos los estudios completos y orgánicos sobre «*Don Bosco sacerdote*», que vinculen con la gracia sacerdotal su capacidad educativa y otros aspectos de su personalidad y de su obra, como la fundación de la Congregación y de otras asociaciones eclesiales.

Es así, tal vez, porque la opción y la modalidad educativa constituyeron, desde el tiempo de Don Bosco, una expresión insólita del sacerdocio y en el sacerdocio. Buenos sacerdotes había muchos; al contrario, sacerdotes amigos de los muchachos de la calle, capaces de convivir con los jóvenes pobres y de preparar programas de recuperación y crecimiento adecuados a su condición, eran pocos. Sucede también hoy que de buenos sacerdotes normales no se habla y, en cambio, son puestos de relieve los que tienen un apostolado singular. El hecho se debe también a los salesianos y a otros admiradores de Don Bosco, que han querido presentarlo de forma simpática y atractiva, no sólo en los ambientes creyentes, sino también en el mundo: sensibilidad ésta que viene desde Don Bosco mismo, que, como recordáis, redactó una versión «secular» del Sistema Preventivo.

Respecto del sacerdocio, hay que poner en primer plano, en la reflexión, la consistencia de su identidad sacerdotal, o sea la medida, la profundidad con la que Don

¹⁸⁰ E. CERIA, *Don Bosco con Dios*, Editorial CCS, Madrid 1984.

Bosco se había consustanciado con esta su condición, hasta no sentirse, ni querer ser, ni ser realmente nada más que sacerdote; por consiguiente, buscar la propia realización como hombre y como discípulo de Cristo, desarrollando la gracia sacerdotal.

Hay un dato que es de pura observación: el sacerdote en él emergía sobre todos los aspectos de su persona y los llenaba. Lo reconocía el mismo Don Bosco cuando decía: «*Don Bosco es sacerdote en el altar, sacerdote en el confesionario y sacerdote en medio de sus muchachos; sacerdote en Turín y sacerdote en Florencia; sacerdote en casa del pobre, sacerdote en el palacio del Rey y de sus Ministros*»¹⁸¹. No pensaba deberlo hacer olvidar u ocultar, o poner en segundo plano, cuando trataba asuntos seculares o se presentaba en ambientes «de mundo»; es más, el sacerdocio debía dar razón de cuanto hacía y como lo hacía y ser así un signo del Evangelio y de la Iglesia.

Este dato biográfico ha sido considerado por todos como el primero y el más importante para interpretar a Don Bosco. Don Albera lo resumía en la expresión: «*Sacerdote siempre y en todo momento*». Y Don Brocardo, en el libro que habréis leído, «*Profundamente hombre, profundamente santo*», afirma: «*No es posible pensar en Don Bosco si no es como sacerdote*»¹⁸².

Nosotros queremos recordarlo por dos razones. La primera es de actualidad eclesial. El Sínodo sobre *la formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales* se encontró frente a dos posibles centros de discusión: uno acentuaba «las actuales condiciones en las que hay que

¹⁸¹ MBe VIII, 455.

¹⁸² P. BROCARD, *Don Bosco, profundamente hombre, profundamente santo*, Editorial CCS, Madrid 1988, p. 100.

expresar el sacerdocio», dando por descontada la aceptación de la llamada doctrina del ministerio, para detenerse en las dificultades y las situaciones en las que debe vivir el sacerdote; el otro privilegiaba, en cambio, la profundización «de la identidad del sacerdote», qué idea o imagen de sacerdote interiorizar de acuerdo con la palabra de Dios y la tradición de la Iglesia. El Sínodo y la correspondiente Exhortación Apostólica «*Pastores dabo vobis*» prefirieron el segundo. El peligro mayor no estaría en la falta de adaptación de los sacerdotes a algunos casos particulares de hoy, sino en no lograr asumir, interiorizar e identificarse totalmente con lo que la tradición eclesial y la palabra de Dios ofrecen al sacerdote.

La segunda razón por la que resulta urgente meditar este aspecto es que nosotros educadores —profesores, animadores de deportes y directores de oratorios— trabajamos en tareas seculares y nos puede resultar difícil expresar en cada momento esta identidad: ser sacerdotes ante todo y sobre todo, como intencionalidad y como servicio. Lo expresaba Don Egidio Viganò cuando decía que podían darse en la Congregación simultáneamente muchos sacerdotes y poco sacerdocio.

Esta característica de Don Bosco: de sentirse y aparecer, siempre y sobre todo, como sacerdote, puede ser vista desde otro ángulo: el subjetivo, es decir, la satisfacción, la alegría personal que experimentaba de ser sacerdote.

Dice el cardenal Ballestrero: «Apasionado de su misión y contento de ser sacerdote, Don Bosco estaba profundamente convencido de la utilidad y de la necesidad del ministerio sacerdotal, no sólo para la Iglesia, sino también para la sociedad civil».

¡El sentido secular del sacerdocio! Éste es una fuerza que construye también la comunidad humana; que puede desarrollar, si es ejercitada con creatividad, un papel en la sociedad; que introduce en ésta más y mayor energía y más recursos que cualquier otra profesión.

Esta identidad poseída con alegría es fruto de la gracia, pero también de un camino personal de identificación: la identificación que se logra con la meditación, con el ejercicio del ministerio, con la participación cordial en las preocupaciones de la Iglesia. Nos preguntamos entonces con qué figura de sacerdote se identificaba Don Bosco.

A este propósito hay otro comentario del card. Ballestrero. Don Bosco se identifica con el sacerdote de la mejor tradición eclesial, no ligada rígidamente a ninguna de las figuras que se veían entonces: no a la del párroco, del sacerdote que asume la atención espiritual de un sector de personas o la capellanía de una institución; no a la del sacerdote que atiende a una función diocesana, del profesor de seminario o de universidad. Menos dependiente es aún de las colocaciones de tipo político o cultural: el sacerdote integrista, el sacerdote liberal, el sacerdote «moderno», el sacerdote «social».

Todas estas figuras estaban extendidas y representadas por porciones del clero. «San Juan Bosco se ha sentido y ha sabido ser en todo momento sencillamente sacerdote», con referencia a los modelos que más subrayaban el trabajo y la caridad pastoral tipo Don Cafasso, aunque ascendiendo de estos modelos directamente a Cristo sacerdote y, sobre todo, al sentido sacerdotal de la Iglesia. Él «se identifica de forma perentoria y perfecta con la figura del sacerdote de Cristo; y esta identificación madura en el curso de su existencia con una progresiva penetración

del misterio y del ministerio sacerdotal, por lo que, desde niño, se ha sentido atraído por una vocación tan viva como segura». Era obligado, aunque dado por descontado, recordar estos aspectos. Pueden hacernos pensar en el sentido de la indicación de las Constituciones: «*Los inspectores y directores deben ser sacerdotes*»¹⁸³. No es una condición «previa», como un título de estudio. No está «inactiva» en el ejercicio del cargo de inspector o director, de tal modo que el superior tenga que ir fuera a ejercitarla en semanas de reflexión o con grupos eclesiales. Es, en cambio, la forma interna de ejercitar la animación y el gobierno en la comunidad salesiana y en la comunidad educativa pastoral. El Superior ejerce el sacerdocio en y para su comunidad y hace fructificar el carisma sacerdotal en toda relación e iniciativa.

Pero hay un segundo rasgo, que hace madurar su tipo particular de paternidad, que no es sólo espiritual, sacerdotal, sino casi biológica, empapada de humanidad; la paternidad que sabe acompañar a la persona pobre en el crecimiento desde los primeros pasos.

Son la vocación, el genio, la opción «educativa» que emergen ya en los primeros años de su vida. Se manifiestan en la predilección por los jóvenes y en el gusto de abrirles a la plenitud de la vida en sus diversas expresiones: a la conciencia de la propia dignidad, a la alegría, al trabajo, a las amistades: todo en la dirección y bajo la luz de la salvación eterna. Estos gustos y actitudes los llevaba dentro aun antes de recibir la ordenación sacerdotal, hasta el punto de que alguien ha dicho: como algunos nacen artistas, Don Bosco nació «educador».

¹⁸³ Cf. *Const. SDB* 121.

Don Pedro Braido, en su estudio monográfico sobre el Sistema Preventivo, propone esta divagación: en Don Bosco ¿se manifestó antes el deseo de reunir a los muchachos para hacerlos mejores y, en función de esto, maduró la idea del sacerdocio, o su primer deseo y vocación fue el sacerdocio, aunque imaginado cercano a los jóvenes?

Después de haber recogido los diversos pareceres, hace ver que estas dos tensiones se entrecruzan continuamente, casi sin distinción, en la existencia de Don Bosco; pero que, durante y sobre todo al final del proceso de maduración, la vocación sacerdotal hace de fuente que engendra actitudes e iniciativas, mientras la juventud y la educación se convierten en el campo pastoral donde ejercitar el sacerdocio¹⁸⁴.

La opción pastoral de la juventud y de la educación no le fue fácil. En Turín había muchos sacerdotes. Don Bosco se lamentará de la escasez de clero debido a la clausura de los seminarios. Pero en Turín, en 1838, había un sacerdote por cada 137 personas, es decir 851 sacerdotes para 117.000 habitantes.

Había el sacerdote que buscaba el ministerio normal, de las parroquias, si bien cumplido de forma consciente y con buen espíritu. A Don Bosco se le ofreció un puesto de vicario parroquial, un puesto que comportaba una renta tres veces superior a la de un obrero, digamos un puesto económicamente conveniente. Había quien era el sacerdote «de familia», y a Don Bosco se le ofreció ser maestro de una familia rica; había capellanes de Institutos y también a Don Bosco le fue ofrecido este trabajo.

¹⁸⁴ Cf. P. BRAIDO, *El sistema educativo de Don Bosco*, Guatemala 1984, pp. 89-97.

Eran trabajos dignos desde el punto de vista social y «seguros» desde el punto de vista económico.

Mientras tanto, la ciudad explotaba por los nuevos fenómenos de la inmigración, pobreza, trabajo de menores. La opción de meterse no en una parroquia, ni en una familia, ni en un instituto, sino en la calle, por tanto sin una renta fija ni un trabajo reconocido, fue una opción pastoral valiente y nueva. Don Bosco prácticamente se puso en las nuevas corrientes pastorales que estaban dándose en la Iglesia de Turín. Así, más que en el «hacer de sacerdote» en una función institucional definida, prefirió «ser sacerdote» para la gente y para los jóvenes en la comunión eclesial; sin encuadrarse en una función rígida, pero ciertamente de acuerdo con su obispo, que en un determinado momento lo nombró «director» o encargado de la obra de los Oratorios.

En este contacto con los jóvenes pobres tuvo algunas experiencias típicas. Una es la experiencia fulgurante de la relación entre la fe que obra a través de la caridad y la vida de los jóvenes y, por lo tanto, la comprensión de la función de salvación total que tenía su sacerdocio, diversa de la función más reducida que consiste en la iniciación cristiana, la enseñanza del catecismo, o la atención religiosa típica del ministerio parroquial. Él debía ocuparse de la vida y de la felicidad de los muchachos, incluso de salvarlos de la cárcel, de la miseria, de la ignorancia, de la inconsciencia de la propia vocación y destino.

La otra experiencia es la urgencia y la eficacia de dar expresión humana, sensible y comprensible, a la caridad hacia los jóvenes, buscando el modo de suplir el afecto de la familia, recuperando la dimensión afectiva y haciéndoles sentir, de forma tangible, la paternidad de Dios.

Está claro que los dones de naturaleza presentes en Don Bosco desde la infancia, es decir, su innata capacidad de acercarse a los jóvenes y su profunda sensibilidad humana, por la que ha sido definido «un genio del corazón», fueron asumidos, potenciados y transformados por su tensión sacerdotal.

2. La paternidad típica de Don Bosco

De la fusión de estos dos rasgos o, si se quiere, de estas dos energías de su personalidad, nace y se desarrolla una característica de Don Bosco educador, fundador y superior, muy comentada y muy deseada hoy: la paternidad.

El sacerdocio es su fuente de alimentación continua, de donde brota como un chorro poderoso e inintermitido; la opción de los jóvenes y el encuentro con ellos para una plenitud de vida de ellos, es como la marca, la horma en la que la paternidad recibe su forma típica, su tono y sus expresiones.

Resulta verdadero, respecto de la paternidad, lo que dice el artículo 20 de nuestras Constituciones a propósito del Sistema Preventivo: proviene del Espíritu Santo a través de la vocación, el carisma y el ministerio sacerdotal. «*El Espíritu Santo formó en él un corazón de padre... capaz de una entrega total*»; (nota Const. SDB 1); pero plasma los gestos y las expresiones típicas en el encuentro y en el trato con los jóvenes.

Simplificando y sólo para explicarnos, se podría decir: el sacerdocio da la sustancia; la pedagogía da la modalidad. No se puede decir nada centrado y específico de la paternidad de Don Bosco, si no se toman en consideración estos dos aspectos. Si falta o disminuye el primero,

viene a menos el «*Da mihi animas*»; si falta el segundo, cae el Sistema Preventivo.

Así va madurando en él una paternidad que es «espiritual»: la del sacerdote que, por el bautismo, engendra en la gracia y, a través del perdón, reconduce misericordiosamente al Padre. Es la paternidad de la que hablaba San Pablo a los Corintios cuando les decía: «*Ahora que sois cristianos tendréis mil tutores, pero padres no tenéis muchos; por medio del Evangelio soy yo quien os ha engendrado para Cristo Jesús*»¹⁸⁵. Pero hay también una manifestación casi «biológica» de la paternidad, que se hace responsable de toda la vida, que alcanza de forma sensible a los jóvenes hasta provocar en ellos un deseo y un entusiasmo de crecimiento, un nacimiento para el sentido del propio valor, una nueva capacidad de comprender la vida que ellos deben todavía aprender a sentir y a interpretar.

La paternidad es una demanda recurrente en las respuestas que los hermanos presentan en las consultas para el nombramiento de los inspectores. Parece uno de los aspectos mayormente puestos en peligro por la «mentalidad proyectual», que a veces resulta «empresarial o de gestión», por la multiplicidad de las ocupaciones y también por la nueva relación que existe dentro de la comunidad en cuanto tal, de cada hermano con el superior, entre padres e hijos, y entre hermanos y superiores. Se encuentra en peligro el rasgo mismo de la paternidad; pero también su interpretación y actualización en clave salesiana. No es sólo una demanda de hermanos deseosos de atención y afecto; es un rasgo carismático que afecta a la Familia Salesiana, porque constituye su originalidad en el servicio de

¹⁸⁵ 1 Cor 4,15.

la autoridad, en consonancia con todos los demás rasgos de su fisonomía.

A hermanas y hermanos coadjutores, debemos decir que los ministerios sacerdotales los ejercitan también ellos y los seglares por el bautismo. El ministerio ordenado representa la concentración y la expresión de una realidad difundida en la Iglesia, de la que todos participamos: el sacerdocio de Cristo. En la comunión de la comunidad salesiana y educativa, cada una de las figuras de socios, coadjutores y sacerdotes, acentúa una dimensión sin negar la otra. Al superior se le pide que ejerza su ministerio de la forma como lo hizo Don Bosco.

3. Expresión de la paternidad salesiana

Convencidos de que estamos ante un sacerdote educador en el que la paternidad adquiere una característica particular, podemos preguntarnos cuáles son las manifestaciones que brotan de esta condición, dando por descontado que serán análogas, según se manifieste hacia los muchachos o hacia los adultos.

En general, cuando hablamos de la paternidad de Don Bosco, descubrimos y nos detenemos en sus gestos de bondad tranquilizadora y animadora, en el afecto que hacía florecer en los muchachos una actitud de hijos hacia él: un afecto y una bondad inspirados en el amor de Dios y en la mansedumbre de Cristo. Éste es un aspecto muy real, caracteriza su fisonomía y está muy presente en nuestra memoria y en nuestra doctrina espiritual. La ha grabado con claridad Juan Pablo II en la carta que nos mandó con ocasión del centenario: *«Padre y maestro de los jóvenes»*.

Don Brocardo, en su libro «*Don Bosco: profundamente hombre, profundamente santo*», ha recogido un conjunto de anécdotas inéditas que bordan este tema con recuerdos de personas ancianas, en las que la imagen paterna de Don Bosco había quedado esculpida para siempre. Se habían sentido acogidos por una persona que había llenado, sin desmerecer, el puesto de sus padres¹⁸⁶.

Hay luego la antología de relatos de salesianos en dificultad, probados o inexpertos, o de otros vivarachos y geniales, que dejaron dibujada su figura de responsable de una familia y capaz de dar paz y felicidad al conjunto y de valorar a cada uno de sus componentes, cerrando un ojo, valorando la espontaneidad, proponiendo metas, inspirando ideales y esperanzas.

Hay también un florilegio de textos en los que Don Bosco expresa sus sentimientos de compasión, de conmoción y de ternura para con los muchachos necesitados. Pensad en las palabras con las que comenta sus visitas a las cárceles: «*Me horroricé al contemplar cantidad de muchachos, de doce a dieciocho años, sanos y robustos, de ingenio despierto, que estaban allí ociosos, roídos por los insectos*»¹⁸⁷. Un hombre que no logra pasar indiferente ante una situación de infelicidad. Pero expresa el mismo sentimiento respecto de los jóvenes del Oratorio que están en una situación más favorable, cuando se encuentra lejos de ellos. Hemos leído y releído la carta de 1884: «*Siento, queridos míos, el peso de estar lejos de vosotros, y*

¹⁸⁶ P. BROCARDO, *Don Bosco, profundamente hombre, profundamente santo*, Editorial CCS, Madrid 1988, pp. 43-47.

¹⁸⁷ JUAN BOSCO, *Memorias del Oratorio*, en *Obras Fundamentales*, BAC, Madrid 1979, p. 413.

el no veros ni oíros me causa una pena que no podéis imaginar»¹⁸⁸. Las expresiones se repiten respecto de los salesianos adultos, comprometidos en papeles importantes y en tierras lejanas: «*Llamadme siempre padre y seré feliz!*»¹⁸⁹.

Esta bondad, que no es puro sentimiento, sino deseo eficaz de la felicidad del otro —«quiero que seáis felices»—, que se extiende a toda su vida y no sólo en momentos especiales, que se ve aplicada a los programas y no sólo a las relaciones, produce lo que llamamos el «*Sistema Preventivo*», dado como don carismático a todas las generaciones salesianas que vendrán después. Va protegida y evidenciada en el ambiente a través de una organización de funciones que la liberan de intervenciones que la podrían comprometer y subrayada en una fiesta de la gratitud y de la confianza: dos actitudes esenciales en el Sistema Preventivo. En la tradición recordamos a los que han sabido recogerla; para no hacer injusticia a nadie, recuerdo a uno al que la paternidad, plena de bondad y comprensión, se le reconoce en la liturgia: el Beato Felipe Rinaldi.

El rasgo de la bondad, del afecto, de la ternura, de la acogida, por sí solo no retrata suficientemente la paternidad educativa de Don Bosco. Ésta aparece con toda su claridad en otros dos elementos. La paternidad de Don Bosco, como cualquier otra, es una combinación equilibrada de afecto y de responsabilidad: es, en efecto, tierna y comprensiva, pero, al mismo tiempo, responsable de la «vida» de sus hijos, capaz de esclarecer, proponer y

¹⁸⁸ P. BROCARDO, *Don Bosco, profundamente hombre, profundamente santo*, Editorial CCS, Madrid 1988, p. 45.

¹⁸⁹ *Ibid.*, p. 44.

exigir lo que tendrá valor a largo plazo. No es, pues, sólo aceite que suaviza momentáneamente, sino energía que orienta hacia los aspectos arduos de la verdadera vida. Una figura paterna, al mismo tiempo afectuosa y con autoridad. *«Del padre —dirá Don Caviglia— lo tuvo todo: el amor tierno y fuerte a sus hijos de adopción, la resistencia a la fatiga y al dolor, el sentido agudo de responsabilidad del jefe de familia y la entrega sin límites que puede compararse con el amor materno».* Don Bosco es un educador que no sólo acoge, sino que propone; no sólo perdona, sino que guía al esfuerzo. No es un «bonachón»; tiene una idea rica y realista de la vida. Basta pensar en todo el tema del trabajo, del estudio y del deber. Las consecuencias se extienden a la visión educativa, a la comunidad y a cada individuo.

Es aquí donde se inserta el carácter sacerdotal de su paternidad. Él quiere abrir a los jóvenes al misterio de Dios; ponerlos en contacto con Él; revelarles el plan maravilloso de salvación que Dios tenía reservado para ellos y ayudarlos así a ser felices en este mundo y en la eternidad.

Este modo de concebir y buscar la felicidad del muchacho es la expresión de su sacerdocio. Si Don Bosco hubiese sido muy amigo, pero preocupado sólo de comunicar a los jóvenes los valores nobles de la vida natural, no habría pasado de ser un buen pedagogo. Su cariño «pedagógico», su estilo de bondad iba, en cambio, unido al «deseo ardiente», al «anhelo» —diría San Pablo— de engendrar a los jóvenes en la vida de gracia que proviene del sacerdocio de Cristo, cuya función es revelar al Padre. La suya, sustancia y método, es una pedagogía del alma. Don Bosco se preocupa del alma, de la gracia, de la vida en Dios de los jóvenes y de los hermanos.

El planteamiento de toda la organización educativa y de cada uno de sus momentos y factores es salvífico. La finalidad de todo: relaciones, actividades, ambiente, tiene de a suscitar y cultivar la fe.

Es la conclusión de Don Braidó: «*No nos admiremos entonces de que su sistema educativo, por mucho que esté impregnado de gozo, de alegría y de 'humanidad', sea, en lo más profundo y en su inspiración fundamental, 'devoto' y edificante. Quizá alguno pueda quedar desilusionado, porque su admiración por Don Bosco está unida a una perspectiva distinta. Se lo imagina como un sacerdote, santo sí, pero santo con una santidad nueva, 'humana', moderna*»¹⁹⁰, mientras todo en él está fuertemente arraigado en lo religioso, en la fe.

Por eso, el sentido religioso no ocupa sólo un sector de sus actividades (por ejemplo, la catequesis o las funciones de iglesia), sino que penetra todos los momentos y toda la intervención educativa: La «buena educación» tiene raíces religiosas, el deber está inspirado en la fe, la obediencia a los superiores y la amistad con los compañeros tienen su motivación en el Evangelio. El «honrado ciudadano» es el buen cristiano.

Aquella frase que tanto gustaba a Don Egidio Viganò: «*honrados ciudadanos, porque son buenos cristianos*», no es la formulación más frecuente que se encuentra en Don Bosco, pero es ciertamente la que representa mejor su mentalidad: de la raíz de la fe brotan las expresiones mejores de la maduración personal.

Estos comentarios provocan, sin duda, una reflexión en nosotros, sacerdotes educadores, en una época en la

¹⁹⁰ Cf. P. BRAIDÓ, *El sistema educativo de Don Bosco*, Guatemala 1984, p. 96.

que la profesionalidad educativa parece no admitir fácilmente una «forma» confesional y sacerdotal.

Éste es *el primero y el más importante aspecto* del sacerdocio y de la paternidad sacerdotal. ¿Qué hace un padre? Engendra para la vida y acompaña el crecimiento en ella. La vida a la que se refiere el sacerdote es la que viene de Cristo: »*Que te conozcan a Ti y a Jesucristo tu enviado*»¹⁹¹.

El *segundo aspecto* que pertenece a su paternidad sacerdotal es la confianza absoluta (subrayo *absoluta*) en la fuerza transformadora de la «religión» —así dice Don Bosco y yo tomo su término—, de la que el sacerdote es ministro y dispensador. Hoy decimos que una cosa es la religión y otra la fe; y está bien hacer esa distinción. En su lenguaje, la religión incluye la presencia de Dios, en un principio apenas percibida, y luego reconocida y aceptada; la iluminación de la mente a través de la palabra, la formación de la conciencia y la purificación del corazón, mediante los sacramentos, la acogida de la gracia, misteriosa fuerza interior, la vida en la Iglesia. En una palabra, todo el universo del misterio, percibido y acogido en un primer momento, luego gozado y, finalmente, deseado cada vez en mayor medida.

Consecuencia de todo este planteamiento es la aplicación continua y confiada de los ministerios sacerdotales en el proceso educativo y en la guía de la comunidad religiosa y educativa. Análogamente para sus colaboradores, la paternidad sacerdotal educativa se expresaba en la capacidad de hacerlos nacer a la vocación carismática, ayudarlos a crecer en el sentido de la consagra-

¹⁹¹ Jn 17,3.

ción, hacerlos cada vez más abiertos a la gracia, hasta la santidad.

El ministerio sacerdotal de la «palabra» tiene, como característica paterna y educativa, la capacidad de hablar al corazón, y de forma muy directa, sobre los puntos que preocupan al muchacho o al hermano, iluminándolos, de modo que ellos reciban de Cristo un estímulo para la vida y una animación para crecer, tal como hace un padre, que saca lo que dice, no de un texto de teología o de pedagogía, sino de la experiencia vivida y de la relación de afecto. Ésta es, tal vez, la diferencia con las otras formas rituales de dicho ministerio. Don Bosco, sacerdote y hombre de la palabra, tiene la capacidad de hablar de cosas que el muchacho siente como importantes y hacer resonar en el corazón las palabras del Evangelio, traducidas a un lenguaje comprensible. Es un ministerio que el sacerdote educador ejercita en cada momento, para el cual no tiene necesidad de subir al púlpito. La sustancia del ministerio de la palabra no está en encuadrarla en el rito, sino en el hecho de que lleva la luz de Cristo y hace presente su gracia.

Ministerio de la palabra es la conversación que se tiene en un encuentro personal; es el consejo que se da incluso de paso. En Don Bosco era la «*palabra al oído*», mensaje personalizado, directo y afectuoso.

Manifestación típica del ministerio de la palabra son las «*buenas noches*». Éstas constituyen el modelo «salesiano» del hablar a los jóvenes: colocadas en un contexto comunitario «celebrativo» desde el punto de vista familiar, en un momento sugestivo al final del día, se basa en la relación padre-hijo y en el deseo de comunicar. Su esquema es sumamente adecuado: toma una situación de

vida, conocida o sufrida, trata de iluminarla a través del sentido común y de la fe, infunde alegría y anima también por el tono fácil y humorístico.

Son las características del hablar sacerdotal, paterno y educativo. Las «buenas noches» son al hablar salesiano, lo que la homilía es a la predicación: el prototipo, lo que lleva sus características fundamentales.

Don Bosco expresa su paternidad sacerdotal educativa en y con el ministerio de la santificación. Éste tiende a poner a jóvenes y hermanos en contacto directo con Dios, a través de la propia conciencia y las mediaciones de la gracia. Una vez que se ha logrado hacerlo, la función del educador es secundaria y complementaria. La gracia tiene recorridos propios. Pero la relación y apertura hay que renovarlas y hacerlas crecer.

El momento más típico y personalizado es el *sacramento de la Reconciliación*. Este sacramento evidenciaba el deseo de cambio y el propósito de crecer como cristianos. Pero no iba aislado, ni de los otros actos religiosos, ni de la vida. Se puede decir que Don Bosco era un mistagogo: iniciaba e introducía en la celebración y aseguraba las condiciones de eficacia, a través de la mediación educativa. Pero no había un corte neto de temática o de estilo entre la conversación del patio y el momento en que el joven se arrodillaba para reanudar la conversación sobre la vida de forma más profunda y recibir el perdón.

Sacramentos, estímulos de patio para la santificación de la propia persona y del trabajo llevaban al replanteamiento de las actitudes y de la conducta, a una iluminación de la conciencia y a la conversión progresiva. Lo mismo sucedía con los hermanos: Don Bosco es-

taba atento y animaba su fidelidad e impulsaba hacia la santidad.

El *tercer ministerio sacerdotal*, el de gobernar, es el poder, la gracia de reunir la comunidad cristiana y orientarla en la fe, en la esperanza y en la caridad, con el fin de expresar la presencia de Dios entre los hombres y de convertirse así en signo e instrumento de salvación.

La paternidad sacerdotal educativa de Don Bosco se manifiesta en el esfuerzo por hacer de todo el complejo educativo una familia, donde la figura del padre (el director) y de los hermanos mayores (los asistentes) hacen que todos se sientan «en casa», a la sombra de los signos de la presencia de Dios Padre; para esto la capilla está al alcance de la mano de los jóvenes, se reza al comienzo de todas las actividades, se acaba el día con la oración, se celebra comunitariamente la Eucaristía y se resuelven, desde la perspectiva de Dios y de las almas, los problemas de organización y de trabajo.

Hay en todo el ámbito educativo una característica difusa, que es la familiaridad. No es sólo una actitud de cada uno de los educadores, sino un rasgo de la organización, de las normas, del gobierno, de las relaciones y del lenguaje. Se piensa precisamente en una estructura de familia y no de institución.

Hay un clima, que nosotros hemos subrayado muchas veces, de alegría y de confianza. Se crea así el ambiente educativo, entendido no sólo como atmósfera, sino también como tejido de relaciones.

Sería interesante —yo lo digo sólo de paso— repasar la antología de textos salesianos, para releer la realidad de este conjunto educativo, en todos sus detalles y matices. Recuerdo sólo que Don Braido, que lo estudia desde

el punto de vista de la educación, le dedica dos capítulos, el 4º y el 5º de la segunda parte de su libro sobre el *Sistema Preventivo*¹⁹².

Todo el esfuerzo por crear un clima de familia proviene no sólo de una intuición pedagógica de Don Bosco: el joven, en un ambiente marcado por la afectividad, es más disponible, asimila más fácilmente actitudes y propuestas; pero queda vinculado con la gracia sacerdotal, es decir, con el proyecto de hacer asimilar y sentir la «belleza» de la vida cristiana y de la misma santidad, que es paz interior, alegría de vivir juntos, entusiasmo para realizar iniciativas, esperanzas en el futuro.

En sus diversas expresiones, la tradición salesiana ha conservado estos dos rasgos de la personalidad del superior: cuidado de la vida espiritual y bondad. En algunos, ésta se presenta con una claridad que nos sirve de ejemplo. Me refiero al Beato Felipe Rinaldi del que se ha escrito: «*Habitualmente presentaba a Dios como padre, de modo que en lo íntimo experimentaba la necesidad de sentir y de hacer sentir la infinita paternidad que ama en silencio, acoge y perdona*» (Don Ricaldone).

Las manifestaciones de la paternidad de Don Bosco han tenido lugar en un contexto marcado por el carácter modélico de la familia patriarcal, considerada como célula y prototipo de todas las otras formas sociales.

El principio de que la educación debía asumir la forma paterna era indiscutible¹⁹³. La referencia comporta

¹⁹² Cf. P. BRAIDO, *El sistema educativo de Don Bosco*, Guatemala 1984, pp. 187-226.

¹⁹³ Cf. P. STELLA, *Don Bosco nella storia della religiosità cattolica*, vol. II, PAS-VERLAG, Zürich 1969, pp. 461-462.

hoy valores que se deben conservar y nuevas actitudes que se deben asumir. La fuente, el estilo, son invariables: el amor responsable que abre a la vida y la cuida. Las expresiones, en comunidad de adultos y donde se subraya la corresponsabilidad, pueden variar.

XI. BUEN SERVIDOR DE CRISTO

(1 TM 4,6)

1. Unidad entre persona y servicio de autoridad

No es infrecuente encontrarse con personas que dicen que no se sienten bien en el puesto o en el trabajo que les ha sido confiado. Por eso, lo consideran y lo realizan como algo provisional. No sólo, sino que buscan su «descanso», su momento de mayor satisfacción legítima en otras actividades.

A veces el superior mismo, advirtiendo la tensión, les indica «salidas» de seguridad a modo de *hobby*.

La división entre trabajo y realización personal es un fenómeno de la cultura y de la situación actual. Mucha gente se ve obligada a asumir un trabajo que no le cae bien: entonces se toma la revancha de la frustración en otros momentos. Se trabaja en una parte, pero «se vive», eso que se llama realmente vivir, en otra. El trabajo es funcional para la remuneración o para el cumplimiento de obligaciones sociales e institucionales (¡en nuestro caso!); la gratificación y los deseos personales están en otro sitio.

Alguno considera esto natural. Y lo es. Pero demasiado natural, sobre todo cuando el trabajo es «misión» y

cuando está por medio alguna indicación de la voluntad de Dios. Mientras tanto, tiene consecuencias al menos limitativas, tanto en el propio crecimiento, como en la prestación del servicio.

Respecto del primero, el límite consiste en no poder capitalizar la experiencia, incluso espiritual, que comporta la situación. Respecto del servicio, es verdad lo que se afirma: «*Nadie alcanza la perfección de un trabajo si no encuentra satisfacción en él*». La mera obligación no conduce al arte. La consecuencia más seria no es sólo una eventual limitación en el tiempo que se dedica al servicio. Sucede muchas veces, pero es, sobre todo, la cicatería de los recursos personales: el no funcionar con toda la potencia del propio motor; el no lograr darse totalmente.

Esto puede suceder, y sucede de hecho, entre los que son llamados a responsabilidades de animación y gobierno.

La división, o simple separación, comporta siempre sufrimiento y una eficacia relativa. El secreto para la serenidad y también para los buenos resultados está en construir la unidad entre persona y servicio. Cuando decimos persona, entendemos corazón, mente, deseos, gustos, ocupación, amistades. Cuando decimos servicio, entendemos coordinación y formación, hermanos agradables y difíciles, iniciativas animadoras y prácticas fastidiosas, animación de comunidad y acompañamiento de personas que se nos han confiado, vida fraterna y relaciones sociales y hasta burocráticas, proyectos y reajustes, estímulo y correcciones oportunas.

El ejercicio de la autoridad tiene aspectos difíciles que la Sagrada Escritura describe de manera incisiva en el apólogo que Yotán propuso a los vecinos de Si-

quem¹⁹⁴: la vid, la higuera y el olivo son invitados a aceptar gobernar a los árboles, pero responden que no encuentran razones para renunciar a sus cualidades originales (la dulzura, la capacidad de comunicar alegría, la suavidad y la paz) y ponerse a luchar con los que deberán dirigir. Resulta claro que tomar responsabilidades de gobierno comporta muchas veces renunciar a cultivar y dar lo que uno considera más dentro de su propia naturaleza.

Entonces se invita a la zarza, que no sólo acepta, sino que promete que se hará respetar.

El ejercicio de la autoridad exige decidir y asumir partes que muchos han llamado «odiosas»: llamémoslas simplemente «arduas». Y, en el ejercicio del poder, se puede desviar hacia formas de egoísmo y hasta de violencia. Por otra parte, el sentido pleno de la autoridad nos lo dan las palabras de Jesús, que invita al servicio; y, en el gesto de lavar los pies a los discípulos, desvela su sentido.

La unidad requiere superar el apego de la vid, de la higuera y del olivo a los propios gustos y proyectos legítimos; moderar, en los justos límites, la prontitud de la zarza en el uso del poder y poner todo bajo el signo del amor fraterno que nos viene indicado en el lavatorio de los pies.

Algunas reflexiones pueden ayudarnos a construir esta unidad.

¹⁹⁴ Cf. Jc 9,7-15.

2. «La llamada» a la responsabilidad

La primera reflexión es la conciencia de que la invitación o la orden de asumir un cargo es una «llamada de Dios» a participar más desde dentro y con mayor responsabilidad en la construcción de su Reino, en un tiempo y en un lugar determinado. Si no fuese así, nuestra designación sería un puro «caso», fruto de amistad o, en la mejor de las hipótesis, sólo resultado de una búsqueda técnica para descubrir los mejores talentos de la comunidad.

Es, en cambio, una iniciativa de Dios, vinculada a todas las precedentes que han ido marcando el surgir y el madurar de nuestra vocación.

En el reciente Congreso de los religiosos jóvenes, celebrado en Roma en el mes de diciembre de 1997, quien expuso el tema de la «vocación», hizo ver que las llamadas o invitaciones de Dios se suceden y se esclarecen a lo largo de la vida de una persona.

No logramos saber cómo debíamos ser y a qué estábamos llamados, hasta que no llegamos a serlo por sucesivas respuestas, generosas y confiadas, a otras tantas llamadas. Indicaba, como pasajes, la llamada a la vida, la llamada a la fe o al ser cristiano, la llamada a la existencia consagrada, la llamada a vivir en una cierta Iglesia y en un mundo determinado, que es el nuestro. Hacía ver también que las llamadas no sólo se suceden, sino que se clarifican y se enriquecen recíprocamente. La vocación a la fe no sucede a la llamada a la vida, pero abre a ésta nuevas dimensiones y horizontes. La invitación a la vida consagrada no sustituye las dos precedentes, pero las asume, las lleva a un sentido más profundo y saca de

ellas nuevas posibilidades. Lo mismo debe decirse de la llamada a vivir como persona, cristiano o consagrado, en la Iglesia de la que nos toca formar parte viva, y en nuestro mundo actual con sus desafíos, ventajas y dificultades.

Querría aplicar la misma pauta de reflexión a la llamada a asumir responsabilidades al servicio de los hermanos y de las comunidades. Éstos, en cuanto consagrados, son propiedad de Dios. Él los cuida y les propone algunas personas según su providencia. Para quien es enviado a ello, esto comporta una iniciativa de Dios en línea con la primera y fundamental llamada vocacional, la lleva a cumplimiento con sus características más verdaderas y fundamentales: vivir radicalmente el Evangelio y colaborar con Dios en la salvación. No ayuda a la madurez cristiana el soñarse libres de responsabilidades comunitarias. El camino de crecimiento las lleva consigo como condición y como «devolución» de los dones recibidos.

Es lo que sucedió a los seguidores de Cristo. Antes tuvieron la alegría del encuentro y del conocimiento del Señor y el privilegio de estar junto a Él de manera habitual; luego llegó la participación parcial en su ministerio de servicio, que no sólo suponía el moverse y encontrar todo tipo de personas, sino también compartir el sufrimiento y la muerte. En esto los discípulos mostraron límites e incomprensiones que el Señor señaló y corrigió. Luego, con la venida del Espíritu Santo, se les confió la evangelización y el cuidado de las comunidades constituidas en el nombre de Jesús. No sólo el anuncio gozoso, sino la vida y el testimonio comunitario: no sólo la palabra, sino también las personas y la organización. Así, como Jesús, aprendieron a morir a sí mismos y a vivir para los demás. *«Cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas a*

*donde querías; pero, cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará a donde no quieras*¹⁹⁵. Jesús intercala estas palabras a Pedro, como explicación, entre otras dos: «*Apacienta mis ovejas*» y «*Sígueme*», en un relato evangélico que está todo él centrado en el cuidado pastoral de la comunidad.

A la conciencia de que se trata de iniciativas y voluntad de Dios, sirve de ayuda el hacer una lectura «espiritual» de los pasos que nos han llevado a la situación en que nos encontramos. El inspector debe pensar que la consulta comunitaria, en la que ha sido señalado, es el resultado de un discernimiento guiado por el Espíritu. La decisión del Rector Mayor con su Consejo constituye una de esas mediaciones que nosotros aceptamos y casi concordamos con el Señor en nuestra profesión. Me gusta el comentario de un autor: «*La obediencia no es profesión de sufrimiento o de aguante, sino de alegría por la certeza de la voluntad de Dios, que nos indica dónde emplear lo que nos ha dado gratuitamente*».

Ayuda a lograr la unidad entre sentimientos, deseos y deberes, el considerar que el servicio de autoridad constituye para nosotros una oportunidad personal, del todo singular, para crecer en todo sentido. Me lo repiten los inspectores en sus cartas. Las visitas a las comunidades y el encuentro personal con los hermanos les abre panoramas desconocidos sobre la variedad y la riqueza humana. El deber valorar situaciones e iluminar a las comunidades los lleva a profundizar todas las dimensiones de la vocación y de la espiritualidad salesiana. El deber participar en responsabilidades de Iglesia local o de Congre-

¹⁹⁵ Jn 21.19.

gación en niveles amplios los introduce en horizontes más vastos de valoración y de realizaciones. El deber resolver casos dolorosos les abre a la comprensión, a la compasión, al respeto de las personas, al diálogo.

Con frecuencia, cuando se busca a una persona para una misión delicada, se pregunta si ya ha realizado funciones de animación y gobierno. Esto es considerado como palestra y prueba de algunas cualidades: la aptitud para valorar correctamente acontecimientos y personas, la capacidad de establecer relaciones adecuadas con un abanico amplio de «tipos», la constancia frente a las dificultades, la fortaleza para mantener claras las finalidades respecto de la evangelización y de la educación y de concebir iniciativas nuevas en relación con ellas.

El Señor, pues, «llamándoos» a aceptar responsabilidades, más que pedir os un «sacrificio», os ofrece una gracia.

En este punto, alguno podría presentar una dificultad: no soy capaz, me duele no sentirme preparado. Es un sentimiento pertinente. El tipo de trabajo es tal que nadie puede considerarse totalmente a la altura. Nos sentimos seguros cuando modelamos el hierro, contamos o cambiamos divisas, o cuando trabajamos en el ordenador. Cuando se trata de personas, de sus opciones y de su orientación a Dios, todo se juega sobre lo imprevisible y sobre las reacciones libres.

La declaración de incapacidad está, por otra parte, codificada en todas las narraciones de «llamada» a responsabilidades por parte de Dios. Lo dijeron Moisés, Gedeón, Jeremías, María Santísima y Pablo... por recordar sólo a algunos. Quien es movido a profetizar se siente pequeño y débil; quien es llamado a hablar se reconoce

balbuciente y confundido; quien es llamado a obrar por las personas y por Dios se declara pobre e inexperto.

Pero hay siempre una respuesta del Señor. Él asegura que concederá una ayuda no general, sino personal, proporcionada a lo que Él nos pide, a lo que nosotros somos y a las situaciones en que se encuentran los destinatarios de nuestro servicio. En la terminología teológica tradicional y para nuestro caso se llama *gracia de estado*. Ésta obra en nosotros despertando energías y posibilidades potenciales que antes estaban ocultas. Como superiores nos arriesgamos muchas veces, y estamos obligados a arriesgarnos, por encima de nuestras capacidades; debemos tratar con un hermano, o llevar adelante una iniciativa, aun cuando no contamos con indicaciones seguras de un buen resultado. Y vemos que Dios viene en nuestra ayuda.

La *gracia de estado* actúa también en los hermanos y destinatarios. Muchos de ellos cultivan esperanzas sobre nuestro servicio, lo valoran con espíritu de fe por encima del valor de nuestras prestaciones, nos acogen como «representantes» de Dios. De este modo, el Señor construye la comunidad a través de su fe y a través de nuestra inadecuada mediación. Es mi sentimiento y mi conclusión después de numerosos encuentros con los hermanos y las comunidades.

La *gracia de estado* obra en las comunidades como conjunto y actúa también en las instituciones, entendiendo por éstas no un conjunto de fríos instrumentos de gobierno, sino la organización y el tejido de funciones, finalidades e instrumentos que las comunidades se han dado en vistas de la genuinidad y de la continuación del carisma. Éstas dan a quien preside un primer cheque, casi en

blanco, de confianza y autoridad, que, si no se disipa, sino que se le hace fructificar, representa un seguro totalmente fiable. Cuando fui nombrado director a los treinta y tres años, me dijo un anciano: *«Muchos saben más que tú y son más virtuosos que tú. Pero está tranquilo, esto ayuda a tu autoridad y la facilita. Ellos te aceptarán precisamente porque son sabios y virtuosos y ven en tus indicaciones signos de la voluntad de Dios. Tu juventud te hace aun más aceptable, porque ven en ti el fruto de su trabajo y la realización de su esperanza»*.

Un último comentario: gracia y crecimiento, provocados por la responsabilidad de gobierno, dejan huella y permanecen toda la vida. No es necesario prolongarse en el cargo para continuar sirviendo «como inspector», es decir, como persona que ha aprendido a vivir para los demás, a discernir y valorar situaciones. Afirma un proverbio popular: *«Quien, aunque lo haya sido una sola vez, fue verdaderamente rey, no pierde nunca la majestad»*. El servicio, digamos también la función vivida integralmente, plasma. Debe, pues, superarse el sentimiento de vivir algo provisional de lo que queremos liberarnos lo más pronto posible, porque nuestra vida, nuestro gusto y nuestras posibilidades de expresión estarían en otra parte.

3. Conciencia de ser «instrumento»

Es verdad que los objetivos y los deberes de animación y de gobierno nos superan. Son muchas las cosas a las que debemos atender. Pero no es sólo la multiplicidad la que crea los problemas. Nos supera también la calidad que cada uno de esos deberes requiere: se deben acompañar personas, consagrados, en una vocación he-

cha toda de decisiones personales, de diálogo y de libertad. Se pone a prueba nuestra capacidad de convencer, de mover y conmover, de orientar hacia la santidad.

Lo decía Don Bosco: «*Sólo Dios es dueño de los corazones*». En este punto, debemos decirnos en voz alta que nadie nos ha invitado ni llamado a cumplir este trabajo solos y ni siquiera como agentes principales, como protagonistas. Se puede ser muy responsables, sin considerarse ni proponerse ser el primer actor o el personaje.

En cada persona obra el Espíritu Santo desde el momento del Bautismo. Él entabla un diálogo personal en la conciencia, en las aspiraciones y en los propósitos de cada uno. Muchas cosas los hermanos no vienen a preguntárnoslas; vienen a decírnoslas o a contárnoslas y nosotros somos como espectadores, testigos, amigos del Esposo. Estamos llamados a escuchar, a mirar, a aprender, a «recoger».

Así también el Espíritu habita en las comunidades. Siguiendo las inspectorías, me he convencido de que no pocas soluciones y arreglos no son debidos a medidas de gobierno, sino a una conversión interior acaecida después de una búsqueda, por parte de los hermanos, para superar una situación: un cambio madurado en sus conversaciones o en su empeño de oración.

El mismo Espíritu obra en los ambientes más amplios donde debemos orientar la misión: nuestra comunidad educativa o nuestro barrio, el territorio más grande donde la inspectoría desarrolla la propia acción, y el otro, más amplio aún, del mundo donde participamos en un servicio sin confines. Los signos de la presencia del Espíritu son muy visibles en la Iglesia. A partir de ella, aprenderemos a individuar también su presencia más allá de la Iglesia.

Deberemos meditar en ellos. Con el Espíritu deberemos establecer casi un diálogo y una comunicación. Nuestras valoraciones, nuestras obras, nuestra relación con personas y realidades deberán ser concebidas en el Espíritu Santo, discerniendo su voz y siguiendo sus indicaciones.

Del Espíritu Santo decimos en el Credo: «*es Señor y dador de vida*». Es la expresión que Juan Pablo II ha querido poner como título a su carta. Obra con magnanimidad, energía y en la línea de la vida, de la felicidad, del sentido, de la dignidad. No es un pobre diablo... que no lo logra; o una vaga inspiración tipo «*New age*» que hace girar a la gente alrededor de sí misma y consumirse en la pura agitación del sentimiento. No está hecho para entretener al hombre o para mero consumo.

En cambio, nos mete en un gran proyecto, más grande que nosotros, al que somos llamados a dar una colaboración. Si hablamos de las cosas salesianas, el proyecto es el carisma y la Familia Salesiana, una forma de acercamiento de Cristo y una revelación del amor del Padre a los jóvenes, a través del conjunto de personas e iniciativas que llamamos «*Misión salesiana*» y la actitud y praxis que denominamos Sistema Preventivo. Me gusta recordar en este punto una expresión del artículo 122 de las Constituciones en la que se afirma que «*los superiores, en todos los niveles de gobierno, participan de la misma y única autoridad*» y la ejercen en unidad de proyecto y articulación de deberes, solidariamente responsables del carisma salesiano no sólo en el lugar, sino en todo el mundo. Me agrada también recordar el artículo 59 de las Constituciones: «*La profesión religiosa —y la función de animación, añado yo— incorpora al salesiano en la Sociedad y lo hace partícipe de la comunión de espíritu, testimonio y servicio que ella vive en la Iglesia universal*».

Nuestra mentalidad y las orientaciones que damos no influyen sólo en los hermanos que están cerca de nosotros, sino en la salud de toda la Congregación; lo mismo sucede con nuestra fidelidad a las buenas costumbres o tradiciones salesianas y con nuestra creatividad bien orientada.

Si hablamos de la Iglesia, el gran proyecto en que nos coloca el Espíritu es la presencia cristiana en el mundo actuada por la Iglesia universal y, más allá de ella, por la experiencia religiosa. Hoy se la incluye en el movimiento de la *Nueva Evangelización*. Vosotros no actuáis sólo sobre un pequeño espacio: por el misterio de la vid y los sarmientos, cooperáis a crear aquel entramado por el que la Iglesia resulta verdaderamente instrumento de salvación universal.

Si hablamos de la historia, el proyecto es el Reino. La Iglesia es su signo, no la totalidad. El Reino es el planteamiento de la vida personal y social que se inspira en nuestro ser de hijos de Dios, llamados a su comunión.

El proyecto es más grande que nosotros. Aunque fuésemos capaces de dirigir bien nuestra pequeña barca, que es la casa o la inspección, no agotaremos las exigencias y las posibilidades del proyecto en el que participamos. Hay siempre nuevas potencialidades que sacar de él y nuevos campos que trabajar. Debemos tener el sentido de ello, convertirlo en criterio de valoración y decisión. A esto nos llama el Espíritu salesiano: a la magnanimidad de visión y de sentimientos.

Puesto que el proyecto es tan grande, nosotros no estamos llamados a trabajar solos. Lo hacemos en una amplia comunión visible e invisible que no tiene confines. No nos ayudan sólo los hermanos que tenemos cerca. Esta-

mos sostenidos por todos aquellos que están en la misma onda y nos relacionamos hasta con el cielo, es decir, hasta con los santos, los declarados y los no declarados, que se han gastado por el carisma, o por el Reino, o por el Bien. Somos, pues, muchos y formamos una buena compañía.

De todo esto, es decir, de la conciencia de quién es la cabeza, el Espíritu: de quién es el proyecto, de quién es el conjunto de colaboradores, debería brotar una visión serena de nosotros mismos y de la función que nos toca cumplir.

Tal visión se traduce en la certeza de haber recibido del Señor lo que puede ayudar a la comunidad y a la Congregación en una fase concreta de su vida. En la comunidad muchos han trabajado antes que nosotros y otros, después de nosotros, darán pasos tal vez más importantes de los que nosotros estamos llamados a dar; nosotros cubrimos una fase que ha sido precedida y que será completada por otros; por consiguiente, debería expresarse en el ofrecimiento gozoso de las propias posibilidades y en la tranquilidad de humor frente a nuestros límites de temperamento o de capacidad. No tenemos todos los conocimientos, recursos ni capacidades que una comunidad requiere para su vida en Dios y para su misión, pero tenemos lo que es suficiente en esta fase, si lo ponemos junto a lo que poseen otros hermanos que viven con nosotros.

De las mismas convicciones: Jefe, Proyecto, red de técnicos y obreros, nacerá la actitud de gratitud hacia los hermanos y de búsqueda de la colaboración. Se trata de valorar los dones de la comunidad, de la pequeña y de la grande: del grupo que trabaja con nosotros, pero también

de la Congregación, de cuanto ésta puede prestarnos de su experiencia, de estímulo, de sentido del carisma.

Los defectos que yo he visto se encuentran más en este segundo frente que en el primero. La comunidad grande es considerada muchas veces como anónima y vaga, una institución de pertenencia más bien que gran comunión de aquellos bienes que el pequeño grupo no lograría elaborar y, por tanto, reserva de energías, experiencias y orientaciones. Debemos superar todos los prejuicios y todas las razones que limitan la sinergia con la comunidad mundial si queremos entrar en una red amplia de comunión y aprovechar sus beneficios.

4. Conciencia de ser llamados a un «buen oficio»

Hay oficios pesados, ingratos, duros. En el mundo de la mala vida organizada se habla de «trabajos sucios»: los dirigentes mantienen la cara y las manos limpias, pero encargan a otros de eliminar personas y de hacer sabotajes. También en la vida civil hay trabajos nobles y otros que sólo los inmigrantes aceptan.

¿Qué tipo de trabajo es el de un superior?

Es un trabajo de alta calidad. Se ve en los destinatarios del propio servicio. No son sólo personas, sino personas en las que el Espíritu ha hecho ya todo un trabajo de santificación desde el momento de la primera respuesta a la vocación y sigue haciéndolo. Nosotros decimos que la formación es permanente y que el primer agente es el Espíritu. Tenemos, pues, en nuestras manos un material precioso. Esto aparece tanto más evidente

cuando se calculan las posibilidades humanas y espirituales abiertas a ellas. Hemos constatado estas posibilidades viendo a los hermanos crecer bajo nuestros ojos, sobre todo si hemos estado en comunidades formativas.

Me viene a la mente una escena que se repite en casi todos los films sobre los santos: superiores o superior que los tienen en sus comunidades y no se dan cuenta de ello. Relativamente ya «santificados» y en camino de serlo cada vez más por la consagración, por la Eucaristía, por la presencia del Espíritu, son todos los hermanos y las hermanas y a ellos se refiere nuestra función de superiores.

El oficio es precioso no sólo por los destinatarios, sino por el trabajo que estamos llamados a hacer y por los resultados que se pretenden. Hace algunos años, participaba en un curso de formación permanente para directores. La casa donde habitábamos estaba frente a un cuartel. Muy temprano, mientras íbamos a la Eucaristía, se oía el sonido militar de la diana y poco después las órdenes de los suboficiales que mandaban: ¡Descanso!, ¡firmes!, ¡en marcha! Podíamos ver a los mismos soldados que, en el patio, se esforzaban por ejecutar tales órdenes.

Tener bien una tropa es también un trabajo útil a la sociedad. Pero comentábamos con los directores: «¡Qué diferencia de contenido y de finalidades con lo que nosotros hacemos!». En la animación nosotros obramos sobre el alma y sobre el corazón, sobre los sentimientos y sobre las convicciones.

Todo esto nos debe llevar a obrar con confianza, también en condiciones no ideales, iniciales, precarias. Se trata de echar semillas. De trabajar la parte del campo que se puede. A veces se trata de cavar. Hay personas preocupadísimas de su éxito en términos de realizaciones controlables y aparen-

tes: les faltan siempre personal, tiempo y medios; pero quien tiende demasiado a las realizaciones acaba por sacrificar a las personas; mientras que nuestras realizaciones más deseadas deben ser poder ofrecer a Dios las personas, nuestros hermanos, como «hostias puras e inmaculadas».

Para obrar así es necesaria la capacidad de descubrir los signos de salvación, las riquezas de las personas, las oportunidades que se presentan de improviso o, como lo formula el artículo 95 de las Constituciones, «*descubrir los frutos del Espíritu en la vida de los hombres*».

Impresiona siempre aquella página del Evangelio en que Jesús, entre la mucha gente que podía atraer su atención por la vistosidad de la oferta, descubre entre los personajes a la viuda que ofrece unos céntimos¹⁹⁶. A veces nos perdemos buscando los grandes talentos y las grandes oportunidades y no descubrimos el valor de lo que se nos ha puesto a disposición.

Hay una ascesis que practicar: es la del optimismo, que consiste en apostar que las semillas de bien se multiplicarán y producirán nuevos recursos, recordando que el Reino, no sólo en el tiempo de Jesús, sino también hoy es como una pequeña semilla que se convertirá en árbol, como un fermento que hará fermentar la masa.

Estamos llamados a organizar ámbitos de esperanza: donde ésta sea sentida no en solas palabras, sino porque hay realidades que atraen, convencen y hacen soñar.

Leemos en el Evangelio: «*El Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por todos*»¹⁹⁷.

¹⁹⁶ Cf. Lc 21,2.

¹⁹⁷ Mc 10,45.

La palabra «servicio» es una de las palabras ricas de significado, fuertes y orientadoras del Evangelio, porque la ha referido Jesús a su propia vida y muerte casi como la principal definición. Por desgracia, corre el peligro de desgastarse y quedarse en genérica, porque se usa para todo: servicio del país, dicen los políticos; servicio de los clientes, dicen los vendedores; servicio del altar...

La autoridad recibe el nombre de «un servicio» precisamente en el sentido evangélico más fuerte, cercano a la vida y a la muerte de Jesús.

De un período de «servicio» «debemos llevarnos para la vida todo lo que está incluido en estas palabras.

Primero: que servir es una dimensión de la entera existencia («*He venido para...*»), no un fragmento de nuestro tiempo y de nuestro obrar. Toca no sólo a los deberes, sino al pensar y al razonar. Servir es un modo de existir. Hasta ahí debemos interrogarnos siempre.

Segundo: el estilo de servicio se opone netamente a la lógica del hacerse servir («*Sino...*»). Es inútil querer unir ambas lógicas. No se pueden vivir algunos esfuerzos como servicio y otros como búsqueda de sí mismo. Para el Evangelio quien es egoísta lo es siempre, en la vida privada y en la pública: está centrado en sí mismo.

Tercero: servir significa sentirse responsable de los demás: «*Rescate*» alude a solidaridad entre los parientes próximos. Cuando un hermano está en necesidad, no se puede simular nada: nos afecta y es así como estamos llamados a vivir.

Cuarto: el servicio no se reduce sólo a las necesidades, sino que acoge a las personas. El «*todos*» por quienes Jesús se ofrece no son ni «*problemas*», ni «*funciones*»; son personas, rostros.

XII. ICONOS EVANGÉLICOS MARIANOS DE LA ESPIRITUALIDAD SALESIANA

1. La Anunciación: llamada y respuesta: un diálogo que vivir durante toda la vida

El relato de la Anunciación a María¹⁹⁸ es de los más bellos del Evangelio de San Lucas. Refiere un hecho real y, al mismo tiempo, nos propone lo que significa para nosotros y para la historia de la humanidad.

No se refiere sólo al pasado, sino que es una clave para leer el presente. El Evangelio, en efecto, no es sólo historia, es siempre anuncio.

La narración está construida con alusiones de la Biblia que recuerdan antiguas esperanzas; expresan esperanzas actuales y anticipan los sueños de salvación del hombre. María, que personifica la humanidad, siente en sí todo esto y está llamada a ponerse a disposición de Dios para realizarlo.

«**Alégrate**»: es un saludo usado por los profetas cuando se dirigen a la Hija de Sión. No es un cumplido para introducirse, como nuestro ordinario «Buenos días. Ho-

¹⁹⁸ Lc 1,26-38.

la». Asegura, en cambio, la atención particular, la mirada de amor, la voluntad benévola de Dios hacia una persona y ofrece una prueba que se podrá luego comprobar. Anuncia una elección que constituye una felicidad sin igual. «¡Alégrate! Te ha tocado una gran fortuna».

«**El Señor está contigo**»¹⁹⁹, aparece con frecuencia cuando Dios llama a una misión; se repite en las narraciones de las vocaciones que tendrán una misión importante para la salvación. Indica que la atención y la mirada de Dios se traducen en presencia, asistencia, compañía y alianza.

«**Para Dios nada hay imposible**»²⁰⁰, es la expresión dicha a Sara, la mujer de Abrahán, en el momento desesperanzado de su esterilidad, al comienzo de la generación de los creyentes. Expresa la decisión de Dios de intervenir en la historia humana en favor del hombre, superando cualquier límite de naturaleza o de libertad humana. Y de hacerlo a través de algunas personas que Él ha escogido. Dios puede salvar, decía Bonhoffer, con la Sagrada Escritura o con un perro muerto. Los instrumentos son secundarios.

Estamos ante el anuncio de un acontecimiento de particular importancia para la humanidad. Estamos ante una «vocación», una «llamada», y ante la respuesta de aquella que debía ser instrumento y mediación humana de tal acontecimiento.

Se le pedía, pues, en primer lugar, que creyera que el acontecimiento era posible y que creyera también en sí misma (¡y es la cosa más difícil!); luego, que aceptara

¹⁹⁹ Lc 1,28.

²⁰⁰ Lc 1,37.

comprometerse e, incluso, que se mantuviera fiel en la colaboración durante su vida.

Pero todo esto como un acto de confianza y entrega incondicional a Dios.

Hay, en la Anunciación, **una imagen de Dios**. Un discutido film ha tratado de explorarla. Es un Dios «personal» que sigue las vicisitudes del hombre y lo salva con su amor a través de intervenciones reconocibles. Es interesante ver si tenemos alguna imagen de Dios también nosotros, formada a través del diálogo vocacional y si coincide con la de la Anunciación. ¡O si no tenemos ninguna siquiera!

Dios manda a un ángel: es decir, se comunica con nosotros y nos da a conocer sus designios, no sólo, ni tal vez principalmente, en momentos solemnes o con modalidades aparatosas, sino en la vida ordinaria: la Anunciación sucede en Nazaret, en una casa privada, a una joven novia, que está haciendo la experiencia humana del amor, de la familia y de la responsabilidad.

Sentiremos a Dios en nosotros mismos a lo largo de la vida y en el curso de nuestros deberes. Viendo alrededor de nosotros a muchachos y muchachas, deberemos pensar que una comunicación con Dios se está dando en su corazón. No sólo Dios se comunica, sino que espera nuestra escucha y nuestra respuesta.

Dios tiene el misterioso poder de hacer fecundo lo que, a simple vista humana, es estéril, limitado o perdido. Y se trata de una fecundidad no común, sino preciosa, de la que brotan los hijos de Dios.

Es ésta una invitación a revisar nuestra fe en la acción y en la energía del Espíritu. Precisamente como una vir-

gen puede concebir un hijo, así nuestro mundo aparentemente estéril, puede engendrar, por el Espíritu, posibilidades que no osaríamos soñar.

Los artistas, sobre todo los pintores, pero no sólo ellos, han mostrado una preferencia por esta escena de la Anunciación. La incluyen siempre cuando presentan la historia de la salvación. Muchos nos la han dejado incluso ampliada y separada. Delante de sus obras maestras, como frente a esta página, nosotros quedamos estáticos y pensativos.

Nos gustaría escrutar el alma de María a través de aquel porte y de aquellos rasgos del rostro, tan delicadamente elaborados, para descubrir algo más allá de las palabras y de la escena exterior: comprendemos que lo más importante y misterioso acontece en el corazón y en la mente de María, una joven, en edad núbil, que en aquella época oscilaba entre los trece y los quince años.

Su conversación con el Ángel, tratése de una revelación, visión, audición o sólo inspiración interna, es privada y oculta. Es ciertamente atención a la propia vida, escucha atenta en forma de discernimiento; es diálogo confiado con Dios acerca de su destino; es disponibilidad a la propuesta de Dios; es entregarse a Él para la realización de lo que ahora le pide, por las etapas intermedias y por el resultado final.

En toda vida hay una anunciación; es más, diversas y relacionadas entre sí: proponen una novedad, dan una luz para comprender e invitan a abrirse a una esperanza.

Anunciación ha sido nuestra vocación. Anunciación fue la inspiración para hacer la profesión. Anunciación han sido las llamadas a responsabilidades en las que hay

que entregarse a Dios y esperar con confianza el futuro. El principio, la condición y el criterio de todo camino espiritual es: acoger, entregarse, marchar.

La Anunciación nos recuerda que nuestra respuesta a Dios, dócil, confiada y continua, es personal. Ni el hombre ni la mujer producen nada que no haya sido concebido y madurado interiormente. Pensamientos, sentimientos, deseos, proyectos, acontecimientos, son elaborados en nuestro corazón. Allí está el santuario de Dios. Desde ese santuario, María confiesa su propósito de virginidad, su disponibilidad, su entrega.

Allí obran la gracia y el Espíritu, que hacen a María interiormente Madre del Verbo. Éste es concebido en el alma antes que en el seno. Es hermosa la representación de la Anunciación que presenta a María con la Escritura sobre sus rodillas como en atenta lectura. Ella, serenamente concentrada, absorbe la palabra. Se ve en el rostro que la acoge y goza con ella.

Nuestra vida activa, consagrada o laical, contiene una tensión: relación personal con Dios, es decir, atención, diálogo, acogida afectuosa y grata del Señor; y, por otra parte, preocupación por los resultados de nuestra actividad. Esta última nos reta y muchas veces nos tienta. Queremos hacer cada vez más; y, poco a poco, ponemos de tal manera nuestra confianza en los medios y en las actividades, que éstas acaban por vaciarnos, a menos que los mantengamos continuamente unidos al punto del cual reciben energía y significado: la invitación de Dios a colaborar con Él.

María concibe por el Espíritu Santo. Da a Jesús no sólo el cuerpo, sino la naturaleza humana. Si la Encarnación debía ser real, era inevitable que Jesús heredase de

su Madre los rasgos físicos, los gestos, tal vez el tono de la voz y la cadencia en el hablar; pero también la forma de pensar y el modo de reaccionar frente a las personas, a los problemas y a las cosas. «Se te parece en todo», debían de decirle sus compañeras, madres jóvenes, observando a Jesús.

Se sabe que Jesús luego creció en edad, sabiduría y gracia. Cuando proclamó su misión afirmó su libertad de expresión y de acción incluso frente a normas, tradiciones y familia.

Para que María pudiese transmitir una naturaleza humana capaz de acoger y expresar la persona divina, el Espíritu tuvo que trabajar en su pensamiento, en su voluntad, en sus sentimientos, en sus propósitos, en sus relaciones, y hacerlos totalmente abiertos a Dios y casi llenos de Dios.

No sólo: el Espíritu hizo humanamente apreciables los rasgos y las actitudes de María, es decir, capaces de manifestar lo mejor de la humanidad en rectitud, bondad, energía, justicia, belleza de palabras y de gestos, sinceridad. En efecto, los discípulos y la gente llegaban a reconocer y confesar la divinidad de Cristo a través de su humanidad.

Así María se hizo Madre de Jesús como se la entendía ayer y se la entiende hoy: no una incubadora, o un seno prestado, sino propiamente la Madre, la que concibe y da a luz comunicando la naturaleza como ella la posee.

El Espíritu no obra por fuerza ni mecánicamente; sino por sugerencia, diálogo interior, inspiración: se toma todo el tiempo necesario para hacer con calma, a ritmo humano, una obra completa y bien combinada.

Es también nuestro recorrido y nuestra historia: sentir interiormente la llamada, dejarnos antes fecundar interiormente por el Espíritu y luego plasmar durante la vida y producir frutos apostólicos.

2. La Visitación: un servicio generoso para llevar al Salvador

La visita de María a Isabel²⁰¹ parece una instantánea de vida cotidiana: el gesto de solidaridad y finura femenina de todos los tiempos. María se pone en camino para ofrecer los servicios que una mujer joven puede prestar a una parienta anciana que espera un hijo.

La partida rápida, el largo viaje, la asistencia solícita y afectuosa, son gestos que la Iglesia ha conservado en la memoria y ha ofrecido como modelo. San Francisco de Sales puso la Visitación como icono de su fundación: una caridad que va al encuentro, entra en casa y asiste con apremiante solicitud.

Era y es común que en estos encuentros las futuras madres hablen de sus esperanzas, de sus temores y de sus secretos. ¡María e Isabel tenían mucho que contarse! La una por la experiencia singular de su concepción, la otra por la larga espera de un hijo.

Es un cuadro delicado de intensa humanidad que escritores y pintores nos han hecho gustar, completándolo, para nuestra satisfacción, con detalles pintorescos del ambiente doméstico.

²⁰¹ Cf. Lc 1,39-56.

Todo esto no es marginal en la experiencia de María y en nuestra espiritualidad. Estos rasgos domésticos y populares liberan la imagen de la Madre de Jesús de los atributos extrahumanos y portentosos con que la concibe la fantasía, pero que están lejos de la narración evangélica.

También para nosotros es una indicación: la llamada nos inserta en la vida de la gente según sus necesidades y demandas, aun elementales y naturales, leídas en una nueva clave: el amor, el servicio, la compasión.

Pero si nos limitáramos a estos relieves, no alcanzaríamos el significado central de este episodio. La visita es descrita como una revelación, una intervención de Dios que difunde la noticia de su presencia entre los hombres y cumple su promesa de alianza a través de la concepción del Salvador en el seno de María.

Lo que era un secreto de María se revela a aquellos que esperan este secreto, personificados en Isabel, en el sacerdote Zacarías y en el precursor Juan. La noticia se difundirá en la región y será proclamada por todo el mundo a través del mensaje de los ángeles y la revelación a los magos. Todo comienza y sucede con y por la presencia de María, siempre y en cada pasaje, imagen de la Iglesia.

La caridad y el servicio llevan siempre al hombre una buena noticia, vaya o no acompañada de un discurso «religioso».

Los hechos y personajes del Antiguo Testamento que se entrevén en el episodio guían esta lectura. María queda representada como el Arca de la Alianza, cuando David la toma de la tierra de los filisteos para llevarla solemnemente a Jerusalén. La expresión que Isabel dirige a María reproduce la de David: *«¿Cómo voy a llevar a mi*

*casa el Arca del Señor?»*²⁰². La alegría de la casa de Zacarías recuerda la alegría del rey que bailó, casi fuera de sí, delante del Arca, y la fiesta del pueblo a la llegada del Señor.

Ahora la presencia de Dios no es a través de signos, sino en persona. Él se ha hecho hombre. Quien lo contiene y lo transporta no es un tabernáculo, una tienda o un templo material: es la humanidad, en particular la que cree, la Iglesia, en la persona de María. Desde ahora en adelante ya no será con el oro, con la madera o con las piedras, como se edificará la habitación de Dios en la tierra, sino con la fe, la caridad y la esperanza. La maternidad que se alaba no es la maternidad física, sino la que viene de la fe: *«¡Dichosa tú, que has creído!»*²⁰³.

Alrededor de este punto central de atención, que es la venida de Dios salvador entre los hombres, se construyen los otros elementos del cuadro. La humanidad exulta en aquel que será el testigo más próximo de la manifestación de Cristo, Juan el Bautista. Cuando un niño se agita en el seno, decían las comadres, quiere decir que sueña, prevé, presagia. Esta alegría de Juan en el seno de su madre es anterior a la manifestación de su inteligencia. Es, pues, la voz del Espíritu en las entrañas de la humanidad que ansía la presencia de Dios.

Isabel anciana representa el final de una época en consumación: pero que no se concluye con la muerte. Le es dado ver la aurora del tiempo nuevo.

El Evangelio nos conduce aún a una tercera perspectiva: cómo transformará la vida del hombre este aconte-

²⁰² 2 Sam 6,9.

²⁰³ Lc 1,45.

cimiento. El «*Magnificat*» es el cántico con que María recoge la experiencia vivida por ella y la relanza hacia todas las generaciones. No tiene nada que ver con una poesía, como cornisa para coronar el episodio. Al contrario, es un «credo», la profesión personal de fe de María que asume en sí al entero pueblo mesiánico; de este pueblo María se hace voz y corazón. Es el himno de la humanidad creyente de todos los tiempos.

No da una explicación racional sobre Dios, pero contempla sus obras salvíficas en la historia de los hombres, a comenzar por su concepción virginal y por el anuncio de la venida del Salvador: «*Ha hecho grandes cosas en mí*».

Él interviene hoy de forma inesperadamente eficaz y hace surgir un mundo nuevo, donde quedan trastornados los esquemas ordinarios de la historia del mundo: los que cuentan para Dios, los que llevan adelante el proyecto de justicia no son los orgullosos y los poderosos, sino los humildes, los hambrientos, que coinciden con cuantos sienten necesidad de Dios y de los demás.

Éste es el misterio gozoso de la Visitación.

La Iglesia lo revive como un hecho que se actualiza hoy en la comunidad eclesial y en todos los que esperan, buscan o han acogido a Cristo.

María parte, desconocedora del acontecimiento que habría de prorrumpir en la casa de Isabel. En aquella partida, aparentemente espontánea, había la inspiración de Dios que preparaba su manifestación. La caridad predispone a la manifestación de Dios, la expresa y la ilumina: es preparación, camino, signo y efecto del anuncio. Está difundida en nuestro corazón por el Espíritu Santo y se pone a disposición de los demás según sus urgencias

humanas: como beneficencia, asistencia, educación, acompañamiento hacia Dios.

Por la caridad tiene lugar un hecho misterioso, además de nuestros gestos de cercanía y de servicio: revelamos al Señor, somos como el Arca y como María portadores de Dios, que es amor. Conscientes de esto, asumimos personalmente la caridad educativa y pastoral como forma de contacto y de presencia. La caridad atiende a todas las urgencias humanas.

Con ella tratamos de formar a las comunidades, el lugar donde expresamos cotidianamente el amor fraterno. La aspiración de toda comunidad religiosa es poder convertirse en acontecimiento cristiano, en una realidad capaz de anunciar la presencia del Señor, de ser palabra y mensaje.

Una imagen referida por San Pablo a la comunidad cristiana la quiere como una «carta de Dios». *«Vosotros sois nuestra carta, conocida y leída por todos los hombres. Sois una carta de Cristo, redactada por nuestro ministerio, escrita no con tinta, sino con el espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en las tablas de carne del corazón»*²⁰⁴

3. El nacimiento de Jesús: interioridad

Estamos acostumbrados a escuchar el relato del nacimiento²⁰⁵ en el clima de Navidad. San Lucas lo escribió cuando aún no existían los belenes. Y no habría imaginado que las ovejitas, las casitas, las luces, las estrellas pudieran disminuir la atención hacia los tres personajes

²⁰⁴ 2 Cor 3,3.

²⁰⁵ Cf. Lc 2,1-20.

—Jesús, María, los pastores— alrededor de los cuales él construye su meditación.

María en el Evangelio, además de ser la Madre de Jesús, representa siempre también a la Hija de Sión, es decir, al pueblo elegido que engendra al Mesías en la historia humana. Es también figura de la Iglesia que lleva a Jesús en su propio seno, lo hace nacer en los pueblos y logra que crezca hasta hacerlo visible a través de la vida y del testimonio de las comunidades. Es el modelo del ser cristiano propuesto a los discípulos de Jesús.

El texto presenta el momento de la Encarnación. Lucas quiere dar la idea de que se trata de un nacimiento real de un hombre verdadero: por esto registra la fecha, la época histórica, el lugar, las circunstancias del parto, los cuidados de la Madre.

Es un acontecimiento, en apariencia insignificante, que sucede en una nación pequeña, ni siquiera dentro sino en los alrededores de una aldea desconocida, fuera de los ámbitos donde acontecen las cosas que cuentan y donde se toman las decisiones que influyen en la gente. Belén es lo opuesto de Roma, Jerusalén o Babilonia. La gruta es la antítesis de un alcázar, un templo o un palacio.

Y así el hecho habría quedado para siempre: escondido e insignificante. El anuncio de los ángeles, en cambio, lo hace ser «noticia» para los pastores que escuchan no sólo el relato de lo sucedido, sino su interpretación salvífica: el Niño nacido no es un hombre cualquiera; es el esperado, el Salvador.

Los pastores, representación de todos los que esperan y están interiormente movidos por Dios, van a la gruta y allí quedan asegurados del anuncio recibido de los ángeles. Luego difunden la noticia.

Lucas reproduce así la naturaleza de la evangelización. Ésta no es una teoría sobre Dios y sobre el mundo, ni enseña sólo verdades religiosas o éticas, sino que refiere acontecimientos verdaderamente sucedidos, evidenciando el significado que tienen para el hombre y el mensaje que contienen. La luz que emana del anuncio viene de Dios, pero está contenida y revelada en los hechos de la historia humana.

Y aquí Lucas subraya el diverso conocimiento que los varios personajes tienen de la Encarnación y de su significado, que son como la clave para vivir en la fe todos los demás acontecimientos de la vida personal y social.

Los *pastores* deben ir al lugar donde la Encarnación se realiza y donde se puede tener un testimonio directo de ella. Se detienen un poco de tiempo y escuchan a María. Luego regresan y refieren cuanto se les ha dicho del Niño. Ellos no tienen experiencia personal de hechos precedentes, como la Anunciación y el nacimiento virginal, y ni siquiera han asistido al aparecer de Jesús.

La *gente* que escucha a los pastores se admira de lo que ellos cuentan. No expresa todavía la fe, sino sólo se deja llevar de aquel interés inicial, de aquella curiosidad por lo maravilloso en lo que la fe puede tener comienzo.

«*María, por su parte, conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón*»²⁰⁶. María no debe ir, como los pastores, al lugar donde se verifica la Encarnación. Ella ya está allí, es parte del acontecimiento. No debe oír a otros cómo han sucedido tales cosas y qué significado tienen. Ella conserva memoria de todas las promesas hechas a la humanidad, como demuestra el *Magnificat*, y es

²⁰⁶ Lc 2,51.

consciente de que quien ha crecido en su seno viene del Espíritu Santo.

María no se aleja, una vez visto el Niño, como los pastores, del lugar del suceso. Permanece allí. No puede alejarse. Donde Jesús se encarna, Ella es indispensable. Todavía no comprende todos los significados que contiene la Encarnación, ni puede enumerar todas las energías que brotan de ella.

Significados y energías se revelarán a lo largo de la vida de Cristo y a lo largo de todos los siglos. Pero María conserva en el corazón el recuerdo del acontecimiento, lo estima, lo medita, está atenta a él y, cuando llega la ocasión, lo sabe repensar para sacar de él nuevas consecuencias.

Es la figura de la Iglesia y de su relación con el nacimiento y el crecimiento de Cristo en el mundo y en cada pueblo. También ella, la Iglesia, es parte del acontecimiento de la Encarnación y vive donde Cristo es introducido y se convierte en buena noticia. Tampoco ella sabe todavía todo lo que sobre Cristo revelarán los tiempos. Pero tiene en el corazón y en la memoria un acontecimiento que la ilumina: Jesús, Palabra de Dios que se ha hecho hombre. De esto algo ve y algo entrevé apenas, algo comprende y algo le sigue siendo oscuro, porque se debe todavía revelar. Esto le sirve para alegrarse internamente, para permanecer serena, para trabajar, para orientarse. Mientras tanto, no se aleja de Cristo, habla de Él, lo testimonia, lo anuncia.

Ésta es la meditación de Lucas. Y también a nosotros nos puede sugerir algunos puntos de meditación sobre nuestra espiritualidad pastoral.

Nosotros no podemos ser sólo visitantes, turistas de la palabra y del misterio de Cristo. San Agustín, comparan-

do las tres actitudes de que hemos hablado, pregunta al cristiano: *¿A quién te pareces?: ¿a los que oyen el anuncio y sólo se maravillan?, ¿a los pastores que van a la gruta, reciben alguna noticia y se marchan para anunciarla?, o ¿a María que capta toda la verdad de Cristo, la conserva en su mente y la medita continuamente? La admiración de los primeros se diluye pronto; la información de los pastores, aun dictada por la fe, es imperfecta y germinal. Sólo quien contempla e interioriza el misterio de Cristo puede sacar nueva luz y significados para los tiempos y para los pueblos.*

La historia de la Iglesia cuenta con muchas figuras de evangelizadores de primer plano. Todos somos «meditadores» pacientes de la Palabra. Lo que han profundizado en la oración y en el estudio lo expresan en la predicación, en los escritos, en la guía de la comunidad cristiana, en la orientación de las almas.

Comunicar el acontecimiento de Cristo es nuestra profesión y la finalidad de nuestra vocación. Debemos ser especialistas no sólo por el uso de los medios técnicos, sino porque nos acercamos a Él con calma y tiempo, sacamos de Él luz para nuestra vida personal, lo confrontamos comunitariamente con lo que observamos en nuestro ambiente: esto se llama interioridad.

La Encarnación, es decir, la presencia salvífica de Dios en la vida de los hombres a través de Jesús, además de ser objeto de meditación, será para nosotros también criterio pastoral.

Esto comporta tres cosas: nuestra disponibilidad para asumir con prontitud la realidad que debemos evangelizar, insertándonos en el pueblo al que somos enviados y comprendiendo en la fe su cultura; comporta la convicción de que en todo lo que crece desde el punto de vista

humano hay una misteriosa presencia y acción de Dios y que toda revelación de Dios produce un crecimiento en humanidad; comporta el esfuerzo por individualizar las esperanzas y las demandas de las personas y de los pueblos, para nosotros, sobre todo, de los jóvenes, que suspiran por la llegada del Redentor.

4. Las bodas de Caná: Cristo, clave de la vida, nuestra y de los demás

«Jesús manifestó su gloria y creció la fe de sus discípulos en Él»²⁰⁷. Así se concluye el relato de las bodas de Caná²⁰⁸. Tanto San Juan como la liturgia colocan estas bodas entre las principales *manifestaciones* de Jesús: antes a los magos, luego en el bautismo, ahora en las bodas de Caná.

Pero esta manifestación tiene una *particularidad* respecto de las precedentes. No sucede en un contexto milagroso, o en una circunstancia religiosa, como el nacimiento o el bautismo. No hay testimonios celestiales: ángeles, estrellas, cánticos misteriosos o voces del cielo. No hay siquiera predicadores ni profetas.

Sucede en una fiesta de familia, en el contexto de una celebración popular, en el corazón de un acontecimiento gozoso: el amor entre dos jóvenes, su deseo de felicidad, su promesa de fidelidad, su voluntad o instinto de prolongarse a través de los hijos, la participación feliz de sus parientes y paisanos: una mesa en la que se han hecho todos los esfuerzos para satisfacer a los comensales.

²⁰⁷ Jn 2,11.

²⁰⁸ Cf. Jn 2,1-11.

Esto nos *sugiere ya un pensamiento*: Jesús, Dios, se manifiesta ciertamente en los momentos de culto y de oración, pero no sólo: está presente en toda nuestra esperanza auténtica de vida, gozosa o dolorosa. Al lado de las bodas de Caná podemos poner la experiencia de la amistad, del trabajo, del esfuerzo por realizar algo.

Y esto porque el *Verbo se ha hecho carne*: ha entrado en el corazón de nuestras experiencias, asumiéndolas y haciéndose partícipe y solidario. Jesús está en nuestras fiestas y en nuestras tristezas. El amor que se manifiesta en Caná es la principal de las experiencias humanas y como el prototipo de todas las demás.

Tenemos ahí una indicación para la Iglesia y para cada uno de los cristianos: ser solidarios y partícipes de las alegrías y esperanzas de los propios semejantes; no separarse, sino asumir sus preocupaciones y sus angustias; y no como «curiosos» o investigadores; sino «compadeciendo» y «compartiendo las alegrías».

Pero en la fiesta *sucede un hecho*: llega a faltar el vino. La alegría está a punto de acabarse; la compañía está a punto de deshacerse. Lo que los encargados de la fiesta han preparado, según todos los cálculos y previsiones que el caso requería, no ha resultado exacto.

También este pasaje del relato tiene su *correspondiente en nuestra experiencia*. Toda alegría o empresa humana mantenida sólo en su dinamismo natural, en el cálculo y en las fuerzas humanas, está expuesta al agotamiento y, con frecuencia también, a la corrupción. En un determinado momento parece que llega al final de su trayecto y no logra dar más de sí: sucede con el amor. Pensad en los ardientes enamoramientos que se vacían y en las parejas que, aun habiendo comenzado la relación con sinceridad

y buena voluntad, acaban por no encontrar ya ni motivo ni gusto para estar juntos.

Sucede también con los propósitos generosos y con la solidaridad. A menudo ponemos en guardia a los jóvenes sobre este peligro cuando los vemos espontáneamente generosos, pero desconociendo cuáles son las fuentes perennes de la generosidad.

Hay en el relato *un detalle interesante*: Jesús está, con sus discípulos, pero «mezclado», casi «inmerso», «ignorado», «anónimo».

No sobresale: no ha sido presentado como el invitado famoso y no aparece siquiera como el animador de la fiesta o el centro de las relaciones.

Es, pues, uno de tantos: nadie piensa en Él como el hombre-clave, ni se le pediría la solución del problema. Hace falta que alguien, que ya lo conoce, lo saque del anonimato, lo señale como el que puede resolver el fastidioso incidente de una fiesta que se está echando a perder.

En este punto entra en escena la *dulcísima figura de María*, imagen de la Iglesia y, por lo mismo, de todos nosotros. Y que lo sea lo indica el detalle, no sólo narrativo, sino simbólico y alusivo, de que Jesús estaba allí «*con sus discípulos*».

Ella es *la primera en notar* la situación, aun antes que Jesús. Ella siente las situaciones humanas casi por instinto. No las ha debido asumir: ha nacido y vivido dentro de la condición humana como nosotros. Ella no es un ser divino encarnado; es una criatura humana, que ha nacido y vivido en las condiciones comunes.

María no hace críticas, ni siquiera maternas, a los que han equivocado el cálculo; no hace comentarios como

«experta» en banquetes y fiestas familiares y no indica soluciones técnicas sobre cómo y dónde en los alrededores se pueda encontrar una solución.

Ella *indica y acude a Jesús*. A la respuesta de Jesús, que demuestra no querer depender de los lazos de parentela, ella juega otra carta: su fe: «*Haced lo que Él os diga*»²⁰⁹.

También en este caso hay una indicación de lo que la Iglesia y nosotros cristianos, en particular los consagrados, aportamos de específico y de resolutivo a la fiesta de la vida: el sentido de la presencia de Dios, la experiencia de Cristo, la confianza en su corazón y en su poder.

Y es también una indicación para nuestro modo de obrar: no como críticos de la triste condición humana, ni principalmente como «expertos» que demuestran tener una lista de soluciones, sino como personas solidarias, dispuestas a compartir lo que tenemos de fe y de conocimiento de Jesús.

No se nos pasará por alto ciertamente que el relato es un *entrelazado de símbolos*: está la boda, que una larga e ininterrumpida tradición bíblica ve como la imagen del amor de Dios hacia la humanidad y de la alianza histórica con el pueblo elegido; están las *tinajas* para la purificación según las costumbres de los judíos, símbolo del judaísmo superado: son de piedra como las tablas de la ley y pesadas, inamovibles; están también vacías, no contienen nada; hay una *abundancia fabulosa de vino*: 600 litros y no del común, sino excelente, para expertos exigentes. Para subrayar la abundancia, Juan nos dirá que los siervos llenaron las tinajas «*hasta el borde*». Hay, pues, un aire de

²⁰⁹ Jn 2,5.

fiesta, de alegría, de abundancia sin límites. Y están las palabras de Jesús: «*Mi hora*».

Juan ha querido mostrarnos el agotamiento de la experiencia religiosa hebrea y de todas las demás experiencias semejantes, por lo que se refiere al sentido de la vida humana y la relación de Dios y con Dios. En Cristo, en cambio, aparece una posibilidad riquísima de comunicación y de gracia, mayor de lo que el hombre pudiera esperar.

En Él se han iniciado las bodas de Dios con la humanidad y estas bodas tienen a la Iglesia como su Caná, el lugar de su fiesta: la comunidad que se reúne alrededor de Jesús, donde están María y los discípulos. Como María, la Iglesia desvela el misterio de su presencia, porque tiene experiencia directa de ella; los discípulos creen, es decir, logran comprender el significado del «*signo*», porque ya han encontrado al Señor y forman con Él una familia; los demás, aunque no son conscientes del milagro, reciben sus beneficios: beben el vino y siguen la celebración del amor y de la solidaridad.

Al comienzo y en todo momento de nuestro camino, en el centro de nuestra atención está siempre Jesús. Lo conocemos, lo frecuentamos, lo tomamos como clave de la alegría, lo mostramos a los jóvenes como salvación, lo anunciamos como el que puede dar la solución a las preguntas humanas y más aún.

5. Al pie de la Cruz: la fecundidad en el Espíritu

María, al pie de la Cruz²¹⁰, es un icono pascual. La representación «lacrimosa» ha prevalecido sólo en los últi-

²¹⁰ Jn 19,25-27.

mos siglos. En el Evangelio, en cambio, no se alude a sus lágrimas o a su tristeza. Simplemente «*estaba junto a la cruz*»²¹¹, tomando parte conscientemente en este acontecimiento supremo de la humanidad.

La cruz, para San Juan, coincide con la glorificación de Jesús; es el momento culminante de su revelación, su ir hacia el Padre: «*Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí*»²¹². Y también el momento del don del Espíritu.

De la cruz nace la comunidad de los creyentes, representada por el pequeño grupo fiel que se ha reunido alrededor de ella y simbolizada por el agua del Bautismo y de la sangre de la Eucaristía que manan de Cristo. Sobre la cruz y sobre este grupo se funda la nueva unidad del género humano, que Cristo debe realizar según la promesa mesiánica.

En esta escena, que representa a la Iglesia naciente, se encuentran engastadas las palabras dirigidas a María, que sugieren más un símbolo que descifrar y un misterio que desvelar, que el simple relato de un gesto filial.

El gesto está en el centro de los actos últimos y supremos que la memoria cristiana de la muerte de Jesús se ha preocupado de transmitir. Lo precede la alusión a la túnica «*sin costuras, tejida toda de una sola pieza de arriba abajo*»²¹³, que los soldados no dividen en partes, que es el símbolo de la humanidad recompuesta, del pueblo de Dios definitivamente reunido por la gracia de Cristo. Y va seguida de la expresión con la que Jesús declara el

²¹¹ Jn 19,25.

²¹² Jn 12,32.

²¹³ Jn 19,23.

cumplimiento del designio del Padre. «Dijo: *'Todo está cumplido'*. E inclinando la cabeza, entregó el espíritu»²¹⁴.

Bajo esta luz, Juan coloca el diálogo entre Jesús, María y el discípulo.

Jesús se dirige en primer lugar a **María**. Tenemos la impresión, y así es ciertamente, que María no es confiada a Juan, sino que éste es dado a ella como hijo.

María no es llamada por su nombre, sino siempre con el apelativo de «*su madre*». Esto recuerda de cerca el episodio de Caná, del que el mismo Juan dice que en él «*Jesús manifestó su gloria y los discípulos creyeron en Él*»²¹⁵. Caná era la revelación inicial de la gloria del Mesías, que tiene su punto culminante en la muerte.

También hace pensar el apelativo de «*mujer*», que nos traslada al mismo episodio, símbolo de las nuevas bodas de Dios con la humanidad. Y, más atrás en la historia, hace pensar en la mujer de la creación, de la tentación y de la sentencia de Dios: Eva. Estamos en un nuevo comienzo de la humanidad.

Del **discípulo**, por otra parte, nunca se dice el nombre. Representa a todo seguidor de Jesús, al conjunto de los discípulos, a la comunidad de sus fieles, que se caracterizan porque son amigos de Cristo, amados por Él, fieles a Él.

Estamos, pues, en el momento no de una disposición de tipo familiar, sino de una entrega solemne y sagrada, de un testamento, de un punto de partida.

Jesús llama a María a una nueva maternidad que tiene origen en la cruz y se hace fecunda por la cruz. Es una

²¹⁴ Jn 19,30.

²¹⁵ Jn 2,11.

nueva capacidad de hacer nacer hombres del Espíritu. María será Madre de Cristo, no sólo por haberlo acogido en su seno, sino porque, identificándose por todas partes y totalmente con la comunidad que nace de la cruz, lo concebirá continuamente en la historia en millones de personas a lo largo de los siglos. Es otra Anunciación; para nosotros una representación de la Auxiliadora.

María es figura de la Iglesia universal y también de cada comunidad local. Todas nacen al pie de la cruz, son llamadas a gozar de las riquezas significadas por el agua y por la sangre y a dar testimonio con la ardiente fidelidad de aquel núcleo primero.

Por esto, la comunidad de los discípulos toma a María consigo. Desde entonces, está presente donde esté la comunidad cristiana: visiblemente por la veneración y los signos de devoción de los creyentes; más profundamente por su intercesión que da siempre signos nuevos e imprevisibles. Es la compañía que también nosotros sentimos en nuestras comunidades y en nuestras empresas.

Ella nos recuerda el valor del ofrecimiento de sí a Dios en la caridad pastoral. Las actitudes y los gestos de Cristo, que con frecuencia recordamos como ejemplares (acogida, escucha, apoyo, iluminación, misericordia), tienen en la cruz su coronación, su explicación, su precio.

El Pastor, que Juan presenta en el capítulo 10, es el que da la vida. Si esto se ignorase, la caridad pastoral sería técnica de acercamiento, relaciones públicas, forma de beneficencia más que de salvación.

María, incorporada interiormente por las palabras de Jesús a este ofrecimiento, nos educa en el sentido de la misteriosa fecundidad del amor.

También para ella todo tiene cumplimiento y todo se revela en este momento. Su preocupación por hacer crecer al Hijo de Dios toma otra dimensión respecto de la que tenía en Nazaret y durante la vida terrestre de su Hijo: pasa de Jesús a la Iglesia, la histórica y concreta, hecha de hombres y vicisitudes: de la fecundidad humana a la de la gracia. Aceptarlo fue una prueba para su fe, casi un salto de calidad. Lo es también para nosotros.

María, al pie de la cruz, nos recuerda la salvación de la que queremos ser signos y portadores: es la que proviene de la Redención de Cristo, que abre a Dios para recibir de Él el cumplimiento de la propia existencia. Muchas iniciativas ponemos en acto en favor de los jóvenes y de los adultos. Todas ellas orientadas hacia aquella única y principal, todas fermentadas por aquella única expresada en nuestro lema «*Da mihi animas*»: la salvación en Dios, la que está en el centro de la obra de Jesús.

Con María, al lado de la cruz, descubrimos cuáles son las energías para la transformación que Dios quiere operar en nosotros y en nuestras comunidades: el agua y la sangre; la Reconciliación y la Eucaristía. La liturgia que vivimos está toda orientada a la pedagogía sacramental. Las páginas evangélicas y los itinerarios litúrgicos proponen de mil modos esta pedagogía.

María, a los pies de la cruz, nos revela el valor de la comunidad, en la que se realizará nuestro servicio, de la comunidad que está presente en el sacrificio de Cristo de forma singular y diversa de los otros espectadores. Es portadora de la memoria y ella sola comprende su sentido. Es más que un «grupo». Es el espacio donde Dios revela la salvación.

Lo pensamos de las comunidades educativas que animamos, de la Familia, del Movimiento Salesiano, de las iglesias. Cuidamos su referencia a Cristo, la unidad en el amor y en la acción.

Con ellas invocamos y esperamos al Espíritu, y estamos atentos a sus signos y «partimos» hacia el más allá.

6. En el Cenáculo: la comunidad con la fuerza del Espíritu

El grupito que representaba a la Iglesia junto a la Cruz es presentado en los Hechos, capítulo 1, al regreso del lugar de la Ascensión en Jerusalén²¹⁶.

Jerusalén es el lugar de los acontecimientos de la salvación, el lugar donde tiene su cumplimiento la misión terrena de Jesús²¹⁷, el punto de partida de la misión universal de los Apóstoles²¹⁸.

La comunidad del Resucitado se reúne al completo en el *Cenáculo*, el lugar donde ha sido proclamada y sellada la Nueva Alianza, donde la antigua Cena Pascual ha sido colmada de su significado definitivo, donde ha sido instituida la Eucaristía, donde Jesús se ha aparecido varias veces a los doce juntos. ¡Es toda una imagen de la Iglesia!

Hay en el texto una sucesión apretada y rápida de alusiones a los acontecimientos principales de la vida de Jesús: la pasión, las apariciones, los discursos sobre el

²¹⁶ Hch 1,14.

²¹⁷ Cf. Lc 24,33.

²¹⁸ Cf. Hch 1,8-12.

Reino, la promesa del Espíritu, la ascensión, el anuncio de la última venida: recordados por los discípulos, pero todavía no comprendidos totalmente en su importancia histórica.

En este contexto, de una comunidad reunida al completo, con un patrimonio de verdades y con el encargo de una misión, Lucas anota: «*Todos ellos se dedicaban a la oración en común, junto con algunas mujeres, entre ellas María, la madre de Jesús, y con sus hermanos*»²¹⁹.

Es la única vez que María es nombrada en el «período postpascual». Y es también la última de todo el Nuevo Testamento. Se trata de una alusión brevísima y fugaz.

¡María no parece protagonista de la escena! Antes de ella están citadas «*algunas mujeres*». Son las mismas que Lucas ha nombrado en el relato de la crucifixión, la sepultura, el descubrimiento del sepulcro vacío y las apariciones.

Pero, entre estas mujeres, María la Madre de Jesús, no está nunca incluida ni nombrada. Impresiona que ahora, presentando ordinariamente y de forma completa la comunidad del Resucitado, coloque en la lista singularmente con el nombre y el título a la Madre de Jesús.

Tenemos aquí uno de esos pasajes que sirven para hacer un rápido resumen sobre la vida de la comunidad. En efecto, hay aquí, como en los otros trozos semejantes, la alusión a la concordia, al reunirse, a la oración. No se trata, pues, sólo de una insignificante noticia histórica, en sintonía con la narración, sino de una reflexión teológica.

²¹⁹ Hch 1,14.

Las *mujeres* junto con los Apóstoles en el Cenáculo son el signo de una novedad inaudita en el contexto judío y representan el vuelco que el paso de Jesús ya había obrado: una comunidad sin discriminaciones ni separaciones por sexos, condición o raza. Lo que sustancialmente cuenta y une es el haber sido objeto de la predilección de Jesús y testigos valientes de su vida.

La mención de las mujeres subraya el hecho y la importancia de la presencia en la comunidad de testigos directos y apasionados de la muerte, sepultura y Resurrección de Jesús, de los que precisamente estas mujeres habían sido las primeras mensajeras.

Concentremos ahora la mirada en **María**, que está colocada después de las mujeres, como en una categoría diversa, toda suya. El texto expresa en primer lugar una convicción de fe: donde está la Iglesia, la comunidad de Cristo, está siempre María y viceversa, como en la concepción y en el nacimiento del Mesías, como en las primeras revelaciones (a los pastores y a los magos, a Zacarías y Simeón, en el templo y en Caná), como en el momento del ofrecimiento total.

Es una indicación para nuestra vida personal, que tiene influjo determinante sobre nuestro hacer pastoral. En las iglesias y comunidades que nosotros formamos y animamos debe estar Ella, en puesto distinguido, como compañía, memoria, espejo e inspiración.

La mención de María está colocada en la línea del testimonio directo. Ella conoce, ha sido parte activa en los hechos ocultos y misteriosos, menos conocidos, que están en la raíz histórica de otros más visibles y maravillosos que el grupo ha visto: la Encarnación, el Nacimiento, el crecimiento en Nazaret, el comienzo de la vi-

da pública. Ella ha estado con Jesús durante «*todo el tiempo en el que Él convivió con nosotros*»²²⁰, como se exigirá de Matías, escogido como sustituto de Judas.

La imagen de María que Lucas desarrolla aquí es la misma que había trazado en su Evangelio. Ella no formaba parte visible del grupo que se había formado alrededor del Mesías, ni siquiera estaba entre las mujeres que lo seguían. Y, sin embargo, era la perfecta discípula espiritual, única en su categoría, en la que sobresalen la disponibilidad total a la voluntad de Dios y la confianza en las intervenciones de Dios para cumplir lo que ha prometido.

En este sentido, María es como una roca, un anclaje de esperanza en el tiempo de espera. Los discípulos se sienten huérfanos de la presencia visible de Jesús. Son enviados a una misión en el mundo de la que tienen una vaga idea: no saben en qué va a consistir, cuáles van a ser los caminos más adecuados; no tienen experiencia de su fuerza oculta.

Ésta no es la condición sólo de la primera comunidad cristiana. Todas las comunidades, hasta las nuestras y la misma Iglesia universal, experimentan estas impresiones y vacilaciones. La presencia de María da sentido a la espera, la colma de confianza, hace de ella una serena experiencia espiritual que ha sido precisamente la suya: esperar el tiempo de la maduración sin decaimientos ni flaquezas.

Pero, mientras tanto, en la espera, la comunidad de los discípulos, guiada por la autoridad que Jesús había designado, se completa y se dispone para la misión, esco-

²²⁰ Hch 1,21.

giendo el miembro que falta, a la luz de la voluntad de Dios. Hace su discernimiento, se purifica de intereses personales y de espíritu de parte. Se abre sinceramente a los signos.

Además, persevera en la oración común. Las dos palabras son importantes: *oración, en común*. Esta última expresa el propósito de mantener la unión, espiritual y visible, de la comunidad en momentos de espera, de duda, de incertidumbre. Si nuestros tiempos de espera fueran como éstos, serían siempre fecundos. ¡Y nosotros estamos permanentemente en espera!

Por último, la comunidad con María se dispone a recibir al Espíritu y de hecho lo recibe. Se hace así fecunda y capaz de engendrar a Jesús en los pueblos. María tenía la experiencia del Espíritu y de su fecundidad porque había sido la primera en verse llena de Él y en dar a la luz al Hijo de Dios en la historia humana. Ella es garantía y salvaguarda para reconocer e interpretar auténticamente la acción del Espíritu en la humanidad. Con la fuerza del Espíritu, la Iglesia está llamada a continuar la Encarnación de Cristo, a hacer concreto su amor por el hombre de mil formas, a renovar su capacidad de servicio.

El sentido femenino y materno de María no consentirá que las verdades de la fe se reduzcan a formulaciones abstractas, sino que las traducirá en gestos concretos de salvación, de transformación de las condiciones de vida, de amor a Dios, de reforma de las costumbres.

Así también Ella, sin *status* particular, recuerda a los apóstoles que el «privilegio» de recibir al Espíritu no es para colocarse «sobre» los demás o «fuera» de la condición común, sino para mezclarse, compartir, fermentar y servir.

Don Bosco nos ha enseñado a sentir esta presencia. La ha advertido antes él mismo y la ha confesado en su vida y en su obra. Pero la dio también como recuerdo a los misioneros: «*Confiad a Jesús Sacramentado y a María Auxiliadora todo lo vuestro y veréis qué son los milagros*»²²¹. Es la consigna también para nosotros, en nuestro camino espiritual, en nuestro compromiso pastoral, en nuestra función de animación comunitaria.

²²¹ Cf. *MBe* XI, 336.

XIII. UNA ORACIÓN: UNA SÍNTESIS

Introducción

En la oración conclusiva, que decimos todos los días después de la meditación, invocamos a María con dos títulos: *Inmaculada* y *Auxiliadora*. Los mismos títulos aparecen en las Constituciones con un brevísimo comentario para cada uno: *Inmaculada*, modelo de nuestra consagración total al Señor y de nuestro deseo de santidad; *Auxiliadora*, signo e inspiradora de nuestro compromiso pastoral en el pueblo de Dios, particularmente entre los jóvenes²²².

Los dos títulos no han sido escogidos y yuxtapuestos por casualidad y ni siquiera por pura simpatía o devoción. Reflejan, en cambio, la historia salesiana y sintetizan las características de la espiritualidad de nuestras Congregaciones. Otros muchos apelativos de la Virgen aparecen en la biografía de los fundadores: Dolorosa, Virgen del Rosario, Consolación, Virgen de las Gracias. Es verdad que, por encima de las diversas representaciones, estos títulos se refirieron siempre a la persona de María, Madre de Jesús, de la Iglesia, de cada uno de nosotros.

Pero es igualmente verdad que las dos imágenes que más recurren y que dieron la fisonomía a nuestra Virgen

²²² Cf. *Const. SDB* 92 y *Const. FMA* 44.

son, sin comparación, Inmaculada y Auxiliadora. De hecho la experiencia espiritual y apostólica de Don Bosco y de Madre Mazzarello tiene como tres etapas.

1. La experiencia oratoriana

La primera es la experiencia oratoriana. Don Bosco la lleva adelante con los muchachos de Turín; María Mazzarello, con las muchachas de su pueblo. La preocupación dominante es educar a los jóvenes del propio contexto. Todo el esfuerzo está dirigido a darles dignidad humana y abrirlos a la fe. Hay pocas estructuras y medios y, en compensación, mucha entrega y creatividad. El muchacho/a toma conciencia de sí y de la vida de gracia. El educador-educadora tiene para él/ella un cuidado paterno-materno. Es el momento en el que nace y se plasma el Sistema Preventivo.

En este ambiente hay un hecho evidente: María es sentida por educadores y jóvenes como una presencia viva, materna, poderosa. Los títulos que se le dan es algo de segunda importancia. Pero es verdad que, en la época oratoriana domina sobre todo la figura de la Inmaculada.

La preferencia de Don Bosco por esta imagen proviene de su período juvenil. En Chieri era venerada la Inmaculada: la capilla del seminario, donde él había estudiado, tenía una imagen de la Inmaculada en el altar mayor, ante el cual rezaba todos los días. El culto al Inmaculado Corazón de María se había extendido desde Francia al Piamonte. Se reforzará con la declaración del dogma de la Inmaculada Concepción en 1854 y con las apariciones de Lourdes en 1858.

Algunas coincidencias providenciales llevaron luego a Don Bosco a atribuir a la Inmaculada una intercesión particular en los comienzos de su obra: «*Todas nuestras grandes cosas tuvieron su comienzo en el día de la Inmaculada*»²²³. El paradigma era el Oratorio, 8 de diciembre de 1841.

La imagen, además, representa a María como vencedora del mal, con la serpiente bajo sus pies. Esto le recordaba el triunfo de la gracia sobre las pasiones de la persona y la victoria de la fe sobre la impiedad y la herejía en la historia del mundo.

Madre Mazzarello hizo un camino semejante con las Hijas de la Inmaculada, expresado más en devoción vivida que en formulaciones explícitas.

Esta presencia tan sentida dejó señales en la pedagogía del Oratorio. La celebración de la solemnidad de la Inmaculada, con la correspondiente preparación espiritual, ocupó un lugar central ²²⁴. Y sigue siéndolo todavía en nuestros días, donde existen oratorios-centros juveniles.

En el Oratorio, después, nació la *Compañía de la Inmaculada*, que corresponde a lo que hoy llamamos el grupo de jóvenes colaboradores. Fue la semilla y la prueba de la futura Congregación salesiana. Nueve de dieciséis miembros de la Congregación salesiana que el 18 de diciembre de 1860 se reunieron con Don Bosco y Don Alasonatti (18 en total) eran miembros de la Compañía de la Inmaculada²²⁵.

En esta atmósfera mariana maduraron los temas más importantes de la educación de los jóvenes: la gracia, la

²²³ Cf. *MBe* XVII, 439.

²²⁴ Cf. *MBe* VII, 288.

²²⁵ Cf. *MBe* VI, 475 y 670.

pureza, la familiaridad con lo sobrenatural, el amor a Jesús; mientras para los salesianos y las salesianas se configuró el Sistema Preventivo, como asistencia materna y camino hacia la santidad, con una exigencia de generosa entrega a Dios y a los jóvenes. El fruto de este ambiente es Domingo Savio.

Se desarrolló también un conjunto de intuiciones sobre el valor pedagógico de la devoción a María. Debemos contar con la presencia materna e invisible de María en nuestro trabajo. Ella ama a cada uno, pero especialmente a los jóvenes, porque los ayuda a crecer como hizo con Jesús. Es una verdad de fe cristiana, pero vivida en un modo no común y trasladada a la experiencia educativa.

La presencia materna de María, por otro lado, sentida interiormente por los jóvenes, infunde en ellos seguridad y esperanzas para construirse como personas en un momento difícil y delicado de su vida, a causa de la inestabilidad, del desarrollo corporal, de la discusión de la fe. María Inmaculada como ideal de pureza ejerce una atracción sobre los jóvenes y les da el gusto y la voluntad de comprometerse en proyectos nobles. La pedagogía de Don Bosco tiene un cierto componente estético. Desde el principio, él habló de la belleza de la virtud, de la religión y de la fealdad del pecado. *«Al joven sediento de luz, de inocencia, de bondad, Don Bosco le presenta a María como un ideal de humanidad, no manchada por el pecado, como la concretización de sus sueños más audaces. Un ideal luminoso, no frío ni abstracto, sino encarnado en una persona que lo ama intensamente porque es su madre»*²²⁶. Es el aspecto psico-pe-

²²⁶ C. COLLI, *Patto della nostra alleanza con Dio* Istituto FMA, Roma 1984, p. 438.

dagógico. Además, la devoción a María ayuda a familiarizarse con las realidades sobrenaturales y a sentir a Dios un poco más cerca y encarnado. Se le piensa en relación con una mujer que es presentada siempre como Madre y como Ayuda nuestra. Es el estímulo espiritual.

La catequesis oratoriana tendía, pues, a hacer acoger e interiorizar esta imagen hasta penetrar en la vida de los jóvenes como una garantía para la perseverancia futura. A esto tendían triduos, novenas, florecillas, adornos, peregrinaciones, paseos a lugares marianos. La etapa «oratoriana» para Don Bosco se extiende hasta la organización de Valdocco; para Madre Mazzarello, a todo el tiempo de las Hijas de la Inmaculada hasta la fundación del Instituto de vida consagrada.

2. El santuario de María Auxiliadora

Hacia el 1862 Don Bosco siente la necesidad de disponer de una iglesia más grande. La de San Francisco de Sales se ha quedado demasiado pequeña para los jóvenes y salesianos, que ya se han multiplicado en Valdocco. *«Un sábado del mes de diciembre —refiere Don Albera— quizás el día 6, terminó Don Bosco de confesar a los muchachos hacia las once de la noche y bajó a cenar al comedor próximo a la cocina. Estaba pensativo. Sólo el clérigo Albera se encontraba con él. Súbitamente Don Bosco comenzó a decirle: 'He confesado tanto que, la verdad, casi no sé lo que he dicho o hecho. Tanto me preocupa una idea que me distraía y me sacaba de quicio. Yo pensaba: nuestra iglesia es demasiado pequeña: no caben en ella todos los muchachos y están apiñados unos sobre otros. Por consiguiente, haremos*

otra más bonita y más amplia, que sea magnífica. Le daremos el título de Iglesia de María Auxiliadora'»²²⁷.

Ve, además, la conveniencia de dar un lugar de culto a la gente de los alrededores, porque Valdocco se ha ido convirtiendo de periferia casi rural en un barrio urbano. Es el mismo año del encuentro de Don Bosco con María Mazzarello, el lejano inicio del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora.

Al mismo tiempo, Don Bosco intuye, aunque todavía vagamente, algo que va más lejos. Es el momento de la consolidación de la obra de Valdocco. La Congregación, fundada cuatro años antes, tiene ya un primer núcleo y Don Bosco comienza a verla como una realidad en expansión. Piensa, pues, en un «centro» real y simbólico de esta nueva Congregación. *«¿Sabes otra razón para hacer una nueva iglesia? —pregunta a otro de sus clérigos, a Don Cagliero. —Creo, respondió éste, que será la iglesia madre de nuestra futura Congregación y el centro de donde surgirán todas nuestras obras en favor de la juventud. —Lo has adivinado, me dijo. María Santísima es la fundadora y será la sostenedora de nuestras obras»²²⁸.*

Mientras tanto en Italia se comentan las apariciones que tuvieron lugar en Spoleto (una ciudad pequeña de la Umbría), en un momento particularmente delicado para la Iglesia y el Papa. Se difunde la idea de construir un templo en el lugar de las apariciones y se recogen aportaciones por todas partes, también en Turín.

Bajo estas tres impresiones: la presencia manifiesta de María en el pueblo cristiano, los peligros de la Iglesia

²²⁷ MBe VII, 287-288.

²²⁸ MBe VII, 288.

y las dificultades de los tiempos, Don Bosco escoge el título para su iglesia y da las razones: «Hasta ahora hemos celebrado con solemnidad y pompa la fiesta de la Inmaculada y en este día han comenzado nuestras primeras obras de los oratorios festivos. Pero la Virgen quiere que la veneremos bajo el título de María Auxiliadora. Los tiempos que corren son tan tristes que tenemos verdadera necesidad de que la Virgen Santísima nos ayude a defender la fe cristiana... La necesidad hoy, sentida universalmente, de invocar a María no es particular, sino general; no se trata de enervar a los más tibios, de convertir a los pecadores, de conservar a los inocentes... Es la misma Iglesia católica la que es asaltada. Es asaltada en sus funciones, en sus sagradas instituciones, en su cabeza, en su doctrina, en su disciplina... Es asaltada como centro de la verdad, como maestra de los fieles»²²⁹.

«Así Don Bosco, que había coordinado la edición de la *Historia de la Archicofradía del Corazón Santísimo e Inmaculado de María*, que en 1854 había divulgado las apariciones de la Salette y que en 1844-47 había publicado una corona de los Siete Dolores de María, después de 1860, sin renunciar a ninguna de las otras devociones, se convierte resueltamente en el apóstol de la devoción a *María Auxilium Christianorum*»²³⁰.

La construcción del templo es más que un trabajo técnico y que una preocupación por los planos, los materiales y el financiamiento. Representa para Don Bosco una experiencia espiritual y una maduración de su mentalidad

²²⁹ GIOVANNI BOSCO, *Meraviglie della Madre di Dio Invocata sotto il titolo di Maria Ausiliatrice*, Turín 1868, pp. 5-7.

²³⁰ Cf. P. STELLA, *Don Bosco nella storia della religiosità cattolica*, Vol. II, PAS-VERLAG, Zürich 1969, p. 169.

pastoral. Don Bosco se encuentra entre los 45 y los 50 años de edad, los años de su madurez sacerdotal y de su consolidada proyección social, con algunas obras ya organizadas y otras apenas comenzadas. Al final de la construcción, algo había cambiado en él. ¿Por qué razones?

En primer lugar, porque la realización supera la idea inicial: de una iglesia para su casa, su barrio y su Congregación, se está perfilando la idea de un santuario, meta de peregrinaciones, centro de culto y punto de referencia para una familia espiritual. La realidad le creció entre sus manos.

Los problemas económicos se resolvieron con gracias y milagros que estimularon una generosidad del pueblo no imaginada siquiera. Todo esto arraigó en Don Bosco la convicción de que «María se había edificado su casa»²³¹, «que no había un solo ladrillo que no estuviese señalado con una gracia»²³². La construcción se concluyó en tres años y los gastos se acumularon sobre los ya necesarios para mantener a tantos muchachos.

En el origen del santuario de Valdocco no hay, como en otros lugares marianos, una aparición o un milagro. Pero el templo mismo acaba por ser un lugar y un complejo «taumatúrgico»²³³. Afirmó un sacerdote de aquel tiempo, un cierto teólogo Margotti: «Dicen que Don Bosco hace milagros, y yo no lo discuto. Pero hay un milagro que desafío a todos a negarlo; y es esta iglesia de María Auxiliadora, construida en tres años y sin medios: ¡una iglesia que cuesta un millón!»²³⁴.

²³¹ MBe IX, 238.

²³² MBe XVIII, 296.

²³³ Cf. P. STELLA, *Don Bosco nella storia della religiosità cattolica*, vol. II, PAS-VERLAG, Zúrich 1969, p. 174.

²³⁴ MBe IX, 200.

Durante la construcción, nace y crece la fama de Don Bosco como hacedor de milagros y su nombre comienza a divulgarse más allá del Piamonte: de simple sacerdote conocido sólo en su tierra, pasa a ser un personaje símbolo de la novedad pastoral en la Iglesia. Él siente la responsabilidad de esta fama de «hacedor de milagros» y consulta a un teólogo, mons. Bertagna, si debe continuar dando la bendición de María Auxiliadora. La respuesta es afirmativa.

La construcción coincide y es seguida por la fundación del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora. Éstas representan la ampliación del carisma al mundo femenino, con el consiguiente enriquecimiento; así como también otra fundación, la Archicofradía de María Auxiliadora es, junto con los Cooperadores, la extensión hacia el mundo seglar. Comienza entonces la expansión de las Congregaciones. Tendrá su manifestación vistosa en las expediciones misioneras, que hasta hace pocos años partían todas del santuario.

Todo esto tuvo como consecuencia una gran apertura apostólica: de la institución educativa a una pastoral popular con elementos típicos: la predicación, los sacramentos, la práctica de la caridad a través de ofertas materiales y participación en las actividades caritativas. Siguió también el esfuerzo sistemático por las vocaciones adultas llamado «*Obra de María Auxiliadora*».

Sin absolutizar la afirmación, se puede decir que Don Bosco comenzó la construcción como director de una obra y la acabó como jefe carismático de un gran movimiento aún en germen, pero ya definido en sus finalidades y rasgos distintivos: la comenzó como sacerdote original de Turín y la terminó como apóstol de la Iglesia: pasó de la ciudad al mundo.

Si la experiencia del Oratorio había dado como resultado positivo la praxis pedagógica, la Obra del Santuario puso de relieve en el trabajo salesiano una visión de Iglesia, como pueblo de Dios esparcido por toda la tierra, en lucha contra las potencias del mal: una perspectiva que presentará de otra forma en el sueño de las dos columnas (1862), representado hoy en un cuadro sobre la pared de fondo del Santuario²³⁵. Forjó un estilo pastoral, hecho de audacia y confianza: saber comenzar con poco, osar mucho cuando se trata del bien, ir adelante fiándose del Señor. Grabó una convicción en el corazón de la Congregación: «*Propagad la devoción a María Auxiliadora y veréis lo que son los milagros*»... en todos los campos, económicos, sociales, pastorales, educativos.

3. La fundación de las Congregaciones

Contemporáneamente con estos acontecimientos nacen, crecen y toman cuerpo las dos Congregaciones. Ha sido la fatiga más grande de Don Bosco. A Madre Mazzarello le tocaron las dificultades domésticas. Don Bosco, además de éstas, tuvo que hacer frente a prácticas administrativas y a obtener beneplácitos de obispos y de la Santa Sede. «*Si hubiera sabido de antemano cuántos sufrimientos, trabajos, oposiciones y contradicciones cuesta fundar una Congregación religiosa, quizás no habría tenido el valor de poner manos a la obra*»²³⁶.

Las Hijas de la Inmaculada pasan a ser Hijas de María Auxiliadora, no sin alguna pequeña resistencia y alguna

²³⁵ Cf. MBe VII, 153-155.

²³⁶ MBe X, 384, 603; XVII, 129.

pérdida, como refiere la Cronohistoria²³⁷. Lo demuestra el solo cambio de imagen. En el altar mayor de la iglesia de la casa de Mornese estaba el cuadro de la Dolorosa. La primera efigie de la Auxiliadora se colocó algunos años después de la fundación, pero sobre un pedestal al lado del comulgatorio (1875). Al año siguiente, se colocó en el jardín y se celebró la fiesta de María Auxiliadora. Pero la primera expedición misionera llevó sólo una imagen de María Auxiliadora, comprada por Don Cagliero.

El cambio no se debió a entusiasmo del momento. Fue una toma de posición sobre el estilo espiritual y apostólico del Instituto. No era lo mismo ser Hijas de la Dolorosa que de María Auxiliadora. Don Bosco, y después de él sus sucesores y las superiores, hablaron de «un templo vivo y espiritual», de un «monumento de gratitud» a María Auxiliadora. Es interesante ver qué querían decir. «*Es la denominación de una Congregación educativa, catequista y misionera*», dijo Madre Ángela Vespa²³⁸. «*Es la denominación de un Instituto que tiene como finalidad formar en la piedad y en la virtud a las jóvenes y difundir la devoción a María en todo el mundo*» (P. Albera)²³⁹, «*la denominación de un Instituto en el que María debe revivir en sus Hijas de modo que la hagan presente en todo el mundo*» (F. Rinaldi)²⁴⁰ y que cada una de ellas sea una copia viva de María (M. Luisa Vaschetti)²⁴¹.

²³⁷ Cronohistoria Instituto FMA, vol. I, EDB, Barcelona 1974, pp. 265-266.- C. COLLI, *Patto della nostra alleanza con Dio*, Istituto FMA, Roma 1984, p. 446.

²³⁸ C. COLLI, *Patto della nostra alleanza con Dio*, Istituto FMA, Roma 1984, p. 455.

²³⁹ C. COLLI, o.c., p. 453.

²⁴⁰ C. COLLI, o.c., pp. 454-455. Cf. E. CERIA, *Vita del Servo di Dio sac. Filippo Rinaldi*, SEI, Turín 1946, pp. 294-295.

²⁴¹ C. COLLI, o.c., p. 455.

Por lo tanto, también en la rama femenina el nombre de María Auxiliadora subraya el rasgo apostólico, la salida de la «aldea» y el servicio a la Iglesia y al mundo.

La fundación de las Congregaciones dejó como resultado en Don Bosco el sentimiento de ser instrumento de un proyecto inspirado y realizado con una particular mediación de María: «*La Virgen quiere que comencemos una sociedad... nos llamaremos salesianos*», dice el 26 de enero de 1854. Lo repetirá con frecuencia. Por ejemplo, cuando, de vuelta de España, comenta en el tren: «*Todo es obra de la Virgen. Todo comenzó con aquella avemaría recitada junto con el joven, con fe y esperanza*». O, más aún, cuando durante la misa en la iglesia del Sagrado Corazón en Roma, interrumpida quince veces por el llanto, recordaba su historia y las palabras del primer sueño: «*A su tiempo lo comprenderás todo*»²⁴².

Unida a esto va la convicción de una especial asistencia y relación entre María y la Familia Salesiana más allá de cualquier título: «*Os aseguro delante de Dios que basta que un joven entre en una Casa salesiana, para que la Virgen Santísima lo tome en seguida bajo su especial protección*»²⁴³.

De Madre Mazzarello, por otra parte, hemos oído repetir que el Instituto no es otra cosa que la familia de la Virgen, el «hogar» que Ella se ha formado. Que Ella es la superiora y tiene una vicaria que cada noche deja las llaves de la casa a sus pies. Se puede, pues, aceptar el juicio de Don Colli: «*Don Bosco ha experimentado en una forma del todo singular la intervención de María en la guía de toda su vida y en la realización de su obra. No sé si en la*

²⁴² MBe XVIII, 299.

²⁴³ Carta de 1884; cf. también MBe XVII, 105.

historia de la hagiografía cristiana habrá un santo que la haya experimentado en la misma medida. En el ocaso de su existencia terrena, después de la enésima intervención de la Madre celeste, Don Bosco condensa en esta expresión la convicción que ha madurado durante todo el curso de su vida: 'Hasta ahora hemos caminado sobre seguro. No podemos equivocarnos. Es María quien nos guía'»²⁴⁴.

4. Icono y texto de nuestra espiritualidad

De esta experiencia carismática nos viene un texto de vida espiritual y de estilo pastoral que aparece abundantemente en nuestras Constituciones. Tiene cuatro capítulos.

Releyendo en la fe la historia de nuestros Institutos y de la Familia Salesiana, vemos que *María ha sido la inspiradora* de la iniciativa y también la Madre de nuestra vocación comunitaria y la Maestra de nuestra espiritualidad²⁴⁵.

Nuestra vocación personal y nuestra formación tiene en Ella un modelo, un guía y una educadora. «*En Ella descubrimos una presencia viva y la ayuda para orientar con decisión nuestra vida a Cristo y para hacer cada vez más auténtica nuestra relación personal con Él*»²⁴⁶.

Por eso le reservamos un lugar privilegiado en nuestra oración: «*Acudiremos a Ella con confianza y sencillez, celebrando sus fiestas litúrgicas y honrándola con las formas de oración propias de la Iglesia y de la tradición salesiana*»²⁴⁷.

²⁴⁴ C. COLLI, o.c., p. 434.

²⁴⁵ Cf. *Const. FMA* 4 y *Const. SDB* 1.

²⁴⁶ *Const. FMA* 79 y cf. *Const. SDB* 98.

²⁴⁷ *Const. FMA* 44 y cf. *Const. SDB* 92.

Todo esto nos lleva a *hacerla sentir presente en la educación* de los jóvenes y en la pastoral en medio del pueblo. «*Les ayudaremos a conocer a María, Madre que acoge y comprende, y Auxiliadora que infunde confianza, para que aprendan a amarla e imitarla en su disponibilidad para con Dios y los hermanos*»²⁴⁸.

La misma fisonomía espiritual ha sido representada en el cuadro del altar mayor de la Basílica.

Su historia es conocida. Don Bosco quería una representación artística completa de su pensamiento sobre la Iglesia, sobre María como Madre de la Iglesia y de la Congregación al servicio de la Iglesia. Propone su idea al pintor Tomás Lorenzone. Quiere representar a María, Asunta al cielo y coronada como Reina. A su alrededor, los ángeles...; pero luego, en otros círculos y grupos, los grandes personajes y los momentos importantes del camino de la Iglesia: los apóstoles, los mártires, los profetas, las vírgenes, los confesores. Se debían reproducir también los acontecimientos en los que la intervención de María había aparecido evidente... y aun los pueblos que la invocan.

La respuesta del pintor fue: «*para hacer una obra semejante haría falta una superficie tan grande como la Plaza del Castillo*». El cuadro acabó por ser un lienzo de siete metros de altura por cuatro de anchura. En ese espacio el pintor trata de poner lo esencial de la idea de Don Bosco. Mientras lo pintaba, decía: «*No es obra mía, no soy yo quien pinta, hay otra mano que guía la mía*». Y cuando lo acabó, «*cayó de rodillas derramando abundantes lágrimas*»²⁴⁹.

²⁴⁸ *Const.* FMA 71 y cf. *Const.* SDB 34.

²⁴⁹ *MBe* VIII, 17 y 18.

La composición comprende tres planos. La figura de María en el cielo con el Niño Jesús en brazos ocupa el eje vertical y la mitad superior del plano horizontal. Está retratada como Madre de Jesús (Encarnación) y de la Iglesia. El cetro y la corona, más que signos de poder, son símbolos de intercesión eficaz y de victoria sobre el mal, antes en sí misma y luego en la historia humana.

En el plano superior se ve al Padre representado por un ojo y al Espíritu Santo en forma de paloma: del Padre a través del Espíritu se derrama sobre María un haz de luz: es la elección de Dios y la acción del Espíritu Santo que la hacen Madre de Cristo y de la Iglesia. El coro de los ángeles recuerda el cielo: la Asunción, su pascua, el comienzo de su misión de Auxiliadora. Todo ello indica también el origen de la Iglesia y su relación con el misterio de Dios Trino: del Padre, por el Hijo encarnado, en el Espíritu Santo.

El plano medio muestra la Iglesia en la historia: los doce apóstoles, más los dos evangelistas que no son apóstoles, más San Pablo. Es el fundamento de la Iglesia (los apóstoles), su dinamismo en la evangelización (San Pablo), el guía de la Iglesia (Pedro con las llaves) y la maternidad de María. Todos llevan el símbolo de su martirio, signo de donación completa. Es el «humus» en que nace el carisma salesiano: la Iglesia, la misión apostólica, el ardor espiritual.

El tercer plano se desarrolla abajo y sobre el fondo. Alude al mundo de hoy, a la basílica y a aquello que ha sucedido alrededor de ella como centro de un movimiento de evangelización y de un servicio a la Iglesia, que se inspira en la maternidad de María y se confía a su poderosa intercesión.

De nuestra espiritualidad el cuadro muestra muy bien la unidad entre el sentido de la iniciativa de Dios y nuestra iniciativa pastoral. Nuestra vocación viene del Padre y por Él nosotros nos dedicamos al trabajo educativo. Evidencia también perfectamente el sentido eclesial, de servicio: participamos en la misión de la Iglesia y trabajamos en ella, atentos a sus urgencias y orientaciones. Y también las modalidades de nuestra presencia educativa: materna, protectora y preventiva.